
REDENCIÓN
ENZO
YOLANDA REVUELTA

YR

REDENCIÓN
ENZO



YOLANDA REVUELTA

REDENCIÓN ENZO

Copyright © 2026 YOLANDA REVUELTA

Corrección: @romanticascorreccion
Portadas: Yolanda Revuelta
Maquetación: Valerie Miller

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión, copiado o almacenado, utilizando cualquier medio o forma, incluyendo gráfico, electrónico o mecánico, sin la autorización expresa y por escrito de la autora, excepto en el caso de pequeñas citas utilizadas en artículos y comentarios escritos acerca del libro. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del Código Penal).
Esta es una obra de ficción. Los nombres, situaciones, lugares y caracteres son producto de la imaginación de la autora, o son utilizadas ficticiamente. Cualquier similitud con personas, establecimientos comerciales, hechos o situaciones es pura coincidencia.
Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright.

All Rights reserved

1ª Edición: Mayo 2026

Sello: Independently published

A María Giménez:

Para ti, que haces de la distancia

un mapa de estrellas y del tiempo,

un abrazo eterno.

PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
ACORDE DEL ALMA
_Toc226893265
NAVIDAD EN WINTER HOLLOW
_Toc226893267
OTOÑO EN WINTER HOLLOW
YOLANDA REVUELTA
OTROS TÍTULOS DE LA AUTORA

PRÓLOGO

Nueva York
Ocho años antes

El cuarto de interrogatorios del FBI huele a café rancio y a miedo. Las paredes son de un gris institucional y frío. Fasoli está allí, con las manos esposadas a la mesa de metal, tiene los nudillos blancos por la tensión. Lleva tres días sin dormir, sin comer nada que no sea un sándwich frío y agua. Sus ojos, antes fríos y calculadores, ahora están inyectados en sangre, con ojeras que delatan el agotamiento. Sabe que está al borde del abismo. Y el abismo, en su mundo, no perdona.

El agente Carlson, un tipo alto con corbata desaliñada y una carpeta gruesa sobre la mesa, se sienta frente a él. No sonríe. No hace falta. Fasoli ya sabe que está jodido.

—Tienes dos opciones, Fasoli —dice Carlson, abriendo la carpeta con calma. Dentro hay fotos: su hija, su casa. Fotos que podrían ser un recordatorio o una amenaza, dependiendo de cómo se mire—: O te pudres en una celda hasta que te maten, porque sabes que lo harán, o colaboras con nosotros.

Fasoli traga saliva. No es la primera vez que oye esto, pero esta vez es diferente. Esta vez, sabe que no hay escapatoria.

—Me matarán de igual modo.

—Eso no lo sabes.

Carlson desliza una imagen más sobre la mesa. Es Marena, su hija. No dice nada. No hace falta.

—¿Y qué obtengo yo a cambio? —pregunta con la voz tan ronca que apenas parece la suya.

—Protección para tu familia. Lo más probable, una nueva identidad. Dinero suficiente para empezar de cero. Y, lo más importante, Fasoli… —hace una pausa, dejando que el silencio hable por él—, vivirás.

Fasoli cierra los ojos. Ve a Marena riendo en la cocina de su casa, con las manos llenas de harina y la música de fondo. Ve a su perro, un viejo pastor alemán, jugando con su pelota preferida en el jardín. Y luego ve los rostros de los hombres con los que ha trabajado durante años. Hombres que lo matarían sin pensarlo dos veces si supieran que está aquí.

Y en ese momento Fasoli entiende que no hay vuelta atrás. Que, al elegir salvar a su hija, está firmando su propia sentencia.

Respira hondo.

—Quiero un acuerdo por escrito —dice al fin, con una seguridad en sí mismo que no siente—. Y quiero que mi familia esté a salvo antes de hablar.

Carlson asiente, como si supiera que este momento llegaría. Saca un documento de la carpeta y lo desliza hacia él, junto con un bolígrafo.

—Firma aquí y empezamos.

Fasoli mira el papel. El sudor le resbala por la sien, frío como el acero de las esposas que le aprisionan las muñecas. Sabe que, al firmar, no solo está sellando su destino, sino traicionando un juramento escrito con sangre. No habrá vuelta atrás. No habrá perdón —ni de las Familias ni de los suyos, y mucho menos de los DeLuca—, pero Marena vivirá. Y eso, en el infierno en el que se ha convertido su vida, es lo único que aún vale la pena.

Apretando los dientes, toma el bolígrafo. La punta rasca el papel con un sonido que le taladra los oídos. Es el eco de su honor rompiéndose en mil pedazos.

Y entonces Fasoli confiesa.

Nombres. Fechas. Lugares. Operaciones. Todo.

Esa misma noche, mientras Fasoli es trasladado a un lugar seguro, Leonardo DeLuca recibe un sobre anónimo. Dentro, una sola foto: Fasoli entrando al edificio del FBI. Y un mensaje escrito a mano:

«La serpiente está suelta».

La venganza ya ha comenzado.

***

Nueva York
Días más tarde

ENZO

Siento un nudo en la garganta, pero sé que es miedo.

Estoy entre sombras y noto el aliento de mi hermano, Bruno, sobre la nuca. El resto de los hombres, al igual que yo, esperan en silencio las órdenes de mi padre. Levanto la vista y tropiezo con la puerta, la misma que llevo observando desde hace minutos.

Detrás, alguien celebra un cumpleaños.

Lo sé porque una voz repite una y otra vez:

—Felicidades, *principessa*.

Y después, estalla una algarabía de risas y aplausos.

Me humedezco los labios, intento tragar, pero la garganta me arde, seca como una lija.

—¿Estás bien? —susurra Bruno.

Asiento. No confío en mi voz.

Aprieto la culata del arma entre los dedos y murmuro, sin darme cuenta, la plegaria que me enseñó mi abuela.

No es la primera vez que empuño una pistola.

Y sé que no será la última.

Pero eso no lo hace más fácil.

Un chasquido.

Es la señal.

Mi padre abre la puerta y, en un segundo, el ruido de la fiesta se convierte en un silencio seco, casi violento.

El olor a vino y perfume dulce me golpea antes de que mis ojos se acostumbren a la luz.

Los globos.

Las velas.

Las risas congeladas.

Gente que no entiende lo que está pasando.

Nadie habla. Nadie se mueve.

Y entonces, antes de que alguien pronuncie una palabra, mi padre levanta el arma y dispara.

El tiro retumba como un trueno. Vittorio Fasoli, sentado a la cabecera, cae hacia atrás, el cuerpo es sacudido por el impacto. La sangre salpica el mantel blanco, el vino, los platos… y cuanto lo rodea.

Las sillas se vuelcan, los invitados gritan. Algunos corren, otros se agachan. Las balas cortan el aire, se incrustan en las paredes, destrozan cristales, zarandean cuerpos y arrebatan vidas.

Disparo también, aunque apenas pienso. Solo oigo mi respiración, el latido de mi corazón y el rugido metálico de las armas en torno a mí.

En medio del caos, mi padre no se mueve.

Ni siquiera parpadea.

—¡La chica no! —grita—. Dejadla que viva. Que recuerde quién manda aquí: la familia DeLuca.

Me hace una señal y echo a correr hacia ella. Le zafo la mano con fuerza, apartándola de la línea de fuego. No se resiste, apenas deja escapar un murmullo tembloroso. Tiene los ojos muy abiertos, fijos en su padre, que yace ensangrentado en el suelo.

La empujo detrás de mí, cubriéndola con mi cuerpo mientras el estruendo continúa. Disparo, me agacho, oigo los casquillos chocar contra el suelo.

Hasta que, de pronto, el ruido cesa.

Un silencio sepulcral se adueña de la casa.

Solo quedan los gemidos de los heridos, del perro, un jarrón que se desliza por el suelo… y el eco de la muerte.

Entre los cuerpos y los cristales rotos distingo una tarta cubierta de glaseado blanco, con las velas todavía encendidas.

Diecisiete.

Algunas gotean cera sobre la nata, otras se inclinan, temblorosas, como si no entendieran lo que acaba de pasar.

Me giro y la veo.

Tiene la mirada perdida, el vestido claro manchado de rojo.

En ese instante el tiempo se detiene.

Está de pie, inmóvil, como si su mirada no supiera dónde detenerse. Antes de que pueda decir nada, sus ojos se quedan en

blanco, se tambalea y empieza a caer. La recojo antes de que toque el suelo.

Su cuerpo tiembla entre mis brazos. Es ligera, demasiado frágil para este infierno. Tiene el rostro empapado en lágrimas y un mechón de cabello pegado a la mejilla. Es hermosa, aunque apenas me detengo en eso; hay algo más profundo que me atrapa, algo que no consigo descifrar.

—Vámonos —brama mi padre—. Ya hemos hecho nuestro trabajo. La traición se paga con la muerte.

Levanto la vista. Él me observa con esa mirada. La de alguien que lleva toda la vida dando órdenes a los demás.

—Déjala.

—¿Dejarla? —pregunto sin poder creer lo que me está pidiendo.

—¿Estás sordo? —ruge—. Suéltala.

Dudo. No debería hacerlo, pero lo hago.

Y ese segundo basta para enfurecerlo.

—¡Es una orden!

Bruno se acerca y me sujeta por el hombro.

—Vamos, Enzo. No le cabrees —me susurra al oído, como si eso bastara para apagar el rugido de nuestro padre.

Obedezco.

La dejo con cuidado en el suelo, como si fuera de cristal. Pero, antes de soltarla, arranco de mi cuello la medalla de san Miguel, la misma que mi abuela me dio el día que cumplí trece años. La deslizo dentro de su blusa desabotonada, justo donde asoma el encaje de su ropa interior.

—Que te proteja mejor que a mí —susurro.

—¡Vamos! —me apremia Bruno.

Me giro. Mi padre me observa con furia contenida. Sé que no ha pasado por alto mi gesto y teme que le haya avergonzado ante sus hombres.

Y sé también que no volveré a ser el mismo después de esto.

CAPÍTULO 1

ENZO

Nueva York
En la actualidad
Noviembre

La veo a través del escaparate de la librería y el corazón me da un vuelco.

Cada viernes repite el mismo ritual: va con Bria a la librería y charlan junto al mostrador mientras afuera cae la tarde.

Es preciosa. En ocho años apenas ha cambiado.

Su mirada sigue teniendo esa luz que no se apaga, esa que parece atravesar la oscuridad y encontrarme siempre. Sus ojos, verdes como la esmeralda, vuelven a mirarme como si el tiempo no hubiera pasado. El cabello suelto le cae en ondas, rozándole los hombros con la misma suavidad que guardo en la memoria. La observo mover las manos deprisa, gesticulando mientras intenta explicar algo que su amiga parece no entender. Y, cuando sonríe, esa curva en sus labios me desarma.

Soy un idiota, lo sé. Quedarme aquí, al otro lado del cristal, como un ladrón de instantes que no me pertenecen. Pero no puedo evitarlo.

Desde hace ocho años sé cada paso que da, cada lugar que frecuenta.

Ella no lo sabe, pero siempre ha estado protegida. Si no era yo, era Dante o Fabio —*i miei fratelli*—, mis hermanos de no sangre.

Nunca ha estado sola.

Ni siquiera aquel día en que la dejé en el suelo, con la mirada rota y mis manos temblando incapaces de cambiar lo que ya estaba hecho. Su padre nos había vendido al FBI y, eso es imperdonable en nuestro mundo. La venganza tiene memoria. Va vestida de sangre.

En ese instante ella se gira.

Nuestras miradas se cruzan.

Una pequeña arruga se forma entre sus cejas. No sonríe.

Yo tampoco debería hacerlo, pero lo hago. Un gesto involuntario, casi una provocación. Supongo que no entiende qué hago aquí… o tal vez crea que soy otro degenerado, uno de esos que babean cuando ven a una chica joven y bonita. Me da igual. Nunca lo sabré.

Se acerca al cristal, deteniéndose a escasos centímetros. La veo cruzarse de brazos, estudiar mi rostro, como si intentara reconocer algo familiar en él. Suspira, y por un momento tengo la absurda sensación de que puede oír mis pensamientos.

Escucho pasos a mi espalda. De forma automática, mis hombros se tensan.

Es un reflejo aprendido. Cuando tu apellido pesa más que tu vida, nunca bajas la guardia.

Mi padre es el capo más poderoso de Nueva York; los enemigos esperan su turno para saldar cuentas.

Deslizo la mano bajo la axila, hasta el arma. El metal frío me ancla a la realidad.

Pero no aparto la vista de ella.

Sé que no puede leer nada en mi expresión. Nadie puede.

Aprendí hace tiempo a no gesticular, a dejar mi rostro pétreo.

Y, aun así, cada vez que la miro, algo dentro de mí recuerda lo que hice aquel día…

Y nunca podré resarcirme.

—Debemos volver a casa.

La voz de Dante me saca de mis pensamientos. Siempre tiene ese efecto: sereno, imperturbable, como si nada pudiera quebrarlo.

—¿Qué ocurre? —pregunto sin apartar del todo la vista del escaparate.

—Es tu abuelo.

Sus palabras me obligan a girarme. Lo miro.

—¿Ha llegado la hora?

Dante asiente despacio, con los ojos fijos en la librería.

—Eso parece —responde y, tras una breve pausa, añade—: ¿Cuándo vas a dejar de lado esta obsesión?

Obsesión.

No es la definición correcta.

Culpabilidad.

—Fuimos nosotros quienes le arrebatamos a su familia.

—Esas cosas pasan cuando traicionas a los tuyos.

Su voz es tranquila, pero conozco a Dante. Esa calma es solo una máscara. Una calma férrea.

—Aún no entiendo por qué mi padre la dejó con vida.

Escucho a Dante chasquear la lengua. Ese gesto tan suyo, mezcla de fastidio y resignación.

—Creo que nunca lo sabremos.

Lo dice sin mirarme, pero sé que recuerda aquel día igual que yo.

El disparo.

El cuerpo de Vittorio Fasoli cayendo hacia atrás.

El silencio posterior.

—Puede ser —murmuro, aunque no lo creo. Mi padre nunca hace nada que no tenga un propósito.

Veo cómo Marena se toca el cuello y juega con una cadena de la que cuelga un colgante. Desde aquí no distingo si es la medalla de San Miguel, la que me regaló mi abuela y que yo dejé sobre ella.

—Tenemos que irnos —insiste Dante.

—¿Bruno está en casa?

—Sí.

Entonces, entiendo que no puedo demorarme más.

—Si vienes conmigo, ¿quién cuidará de ella?

—Fabio —responde Dante con un deje de fastidio.

—Está bien, vamos.

Me doy la vuelta, aunque no puedo evitar mirarla una última vez. Marena se lleva el colgante a los labios. El gesto en sí me excita más de lo que pueda imaginar.

Solo deseo que sea mi medalla.

Llevarla consigo es como portar un escudo contra todo mal.

MARENA

Bria me mira y sonríe.

—Me encanta esta foto. Es preciosa.

Le devuelvo la sonrisa. Es una de mis favoritas. La tomé en el muelle y capta el atardecer de una manera muy evocadora, cuando el cielo se incendia en tonos ámbar y malva.

—Gracias. Mira esta… —Atrapo con los dedos el ratón y lo muevo sobre la superficie lisa y encerada del mostrador.

La imagen cambia.

Es ella bailando, suspendida en mitad de un giro. El vestido se abre como las alas de una mariposa; los brazos trazan una línea perfecta en el aire y el rostro conserva esa serenidad que solo tienen quienes aman el baile. No posa: flota.

La librería pertenece a la tía de Bria y cada viernes nos vemos allí. Es una costumbre que convertimos en ley desde el *Pratt Institute*, donde los pasillos olían a pintura y las noches se llenaban de ideas y sueños sin realizar.

Allí estudiábamos las dos: yo siempre rodeada de bocetos y proyectos; y ella, en cambio, viviendo a contrarreloj entre clases y ensayos. El Pratt era el nexo que nos unía, el lugar donde todo empezó, aunque Bria nunca dejó de lado su verdadera pasión: el *ballet* clásico. Durante el día seguía un programa centrado en la danza y el movimiento, y cuando terminaban las clases cruzaba la ciudad para entrenar en una academia de *ballet*. Volvía agotada, con las piernas temblorosas y los músculos doloridos, pero con esa luz en los ojos que solo tienen quienes persiguen un sueño.

Aún me cuesta creer que yo consiguiera una beca para estudiar en Brooklyn, en un campus tan prestigioso, artístico y bohemio, lleno de esculturas y árboles.

Le intento explicar a Bria la composición de la imagen: su textura, sus tonos… y para eso utilizo mis manos, como si así pudiera darle mayor dramatismo a mi obra.

Bria sonríe. Me conoce demasiado bien y sabe que adoro mi profesión. Nos conocimos el primer día de universidad y, desde entonces, hemos sido inseparables.

Ella, al igual que yo, también es huérfana. Sus padres murieron en un accidente de tráfico cuando ella tenía ocho años y su

tía Greta se hizo cargo de ella desde ese mismo instante.

Greta es la dueña de la librería. Un refugio de olor a papel nuevo y café recién hecho, el único lugar que se siente como un hogar desde que el mío se desvaneció.

En mi caso, no hay parientes. Mi madre murió de cáncer cuando yo era una niña, y apenas la recuerdo. Y mi padre…, trago saliva cuando vuelve a mí aquella dantesca imagen: su cuerpo en el suelo de nuestra nueva casa, la sangre extendiéndose como una mancha oscura sobre el mármol frío. Nunca supe por qué nos mudamos con tanta prisa. Nunca tuve la oportunidad de preguntárselo.

La policía lo llamó *un ajuste de cuentas* entre los Fasoli —mi familia— y los DeLuca. Aunque eso nunca se demostró.

Se cerró el caso y no se volvió a reabrir.

Durante unos segundos, el silencio se cuela entre nosotras. Bria me observa sin decir nada, como si presintiera que he viajado al pasado. Su mirada no es de curiosidad sino de comprensión.

—¿Estás bien? —pregunta con voz suave.

Asiento, aunque no del todo convencida.

—Sí…, solo estaba recordando.

Ella no insiste. Nunca lo hace. Tal vez por eso la quiero tanto.

El ruido de la puerta al abrirse rompe el hilo invisible que nos unía. Un grupo de estudiantes entra riendo y el olor a café recién hecho inunda la librería. Me aferro a ese aroma cálido, cotidiano, como si pudiera devolverme al presente.

Me giro hacia el escaparate y allí está él, detrás del cristal.

Mi corazón empieza a latir deprisa, tan fuerte que temo que se me salga del pecho en cualquier momento.

No sé quién es, ni qué hace ahí, al otro lado de la acera, pero cada viernes lo veo.

Al principio, me preocupaba. Supuse que podía ser uno de esos tipos que solo miran. Aunque, con el tiempo, me di cuenta de que no era el caso.

Su mirada no tiene la lascivia ni el descaro de quien espía. Es más profunda, más silenciosa. A veces parece que busca algo… o a alguien.

Hoy lleva un abrigo oscuro y el cuello levantado. No se mueve. Solo está ahí, quieto, como si el mundo a su alrededor no existiera.

Siento un escalofrío recorrerme la espalda. No sé si por miedo o por la inquietante familiaridad que me provoca. Hay algo en su postura, en la forma en que inclina la cabeza, que me resulta… conocido.

—¿Otra vez está ahí? —Bria alza la vista del portátil.

—Sí.

Ella suspira, se levanta y se acerca a mi lado.

—Marena, quizá deberías hablar con la policía. No es normal que ese tipo te siga.

—No me sigue —respondo, más para convencerme a mí misma que a ella—. Solo… aparece.

Bria se cruza de brazos.

—¿Y eso te parece mejor?

No contesto. No podría explicar lo que siento sin sonar absurda. Es como si una parte de mí lo esperara. Como si, en el fondo, su presencia formara parte del ritual de los viernes: las fotos, el café, la librería… y él, detrás del cristal.

Bria me toca el brazo con suavidad.

—Prométeme que, si vuelve a aparecer, irás a la policía.

—Está bien —miento.

Con los dedos busco la cadena que cuelga de mi cuello hasta alcanzar la medalla. La sujeto con fuerza, hasta sentir cómo el borde frío se clava en mi piel.

No sé de dónde ha salido. Una enfermera me dijo que, al desnudarme, la encontró dentro de mi vestido, pegada a mi pecho como si hubiera estado ahí desde siempre.

A veces pienso que la he llevado toda la vida, aunque no recuerde haberla visto antes. Es pequeña, de plata envejecida, y tiene grabada la figura de un arcángel con las alas desplegadas. Hay algo en ella que me calma, una sensación difícil de explicar, como si contuviera la última chispa de algo que fui y que perdí.

La acaricio con el pulgar, dejando que el metal se temple con el calor de mi piel. Me la llevo a los labios y la beso, sin saber muy

bien por qué. Tal vez por costumbre. O quizá por necesidad.

Al alzar la vista, él ya no está solo.

Un hombre ha aparecido junto a él, como surgido de la nada. Intercambian unas palabras y enseguida se marchan.

Desaparecen entre la multitud, como dos fantasmas que el viento se lleva consigo.

De repente, me invade una sensación extraña.

Un vacío.

Como si una parte de mí —una energía que no sabía que tenía— se escapara tras ellos.

—¿Quiénes sois? —susurro, apenas consciente de haberlo dicho en voz alta.

Bria vuelve a levantar la vista del ordenador y me observa con el ceño fruncido.

—¿Has dicho algo?

Parpadeo, desconcertada, y niego con la cabeza.

—Nada —respondo enseguida, soltando la cadena y dejando que la medalla caiga de nuevo contra mi pecho.

El sonido leve del metal al rozar mi piel me resulta familiar. Demasiado.

Como si esa pequeña medalla guardara un secreto que todavía no estoy preparada para escuchar.

Vuelvo a mirar hacia el escaparate.

El cristal solo refleja mi propio rostro.

CAPÍTULO 2

ENZO

El coche se abre paso por el camino estrecho y serpenteante que conduce a la mansión. La grava cruje bajo las ruedas y el sonido resuena como un eco entre los árboles. A ambos lados, los robles y los pinos se alzan como guardianes silenciosos, ocultando la casa a los ojos de cualquiera que se atreva a acercarse.

La verja de forja aparece entre la niebla, alta, solemne, coronada por dos leones de piedra ennegrecida. Dante baja la ventanilla y el guarda se asoma sin decir palabra. Nos reconoce al instante y acciona el mecanismo. El hierro chirría, arrastrándose con lentitud, como si le pesaran los años.

A medida que avanzamos, la casa se va revelando entre los árboles: una mole de piedra gris, de tejados inclinados y ventanas arqueadas que parecen mirarte desde la oscuridad. No importa cuántas veces traspase la propiedad, la sensación siempre es la misma: una mezcla de respeto y rechazo.

—Nunca cambiará —murmura Dante mirando hacia la fachada.

—No —respondo observando las luces del porche—. Este lugar no cambia. Solo envejece.

Es exilio, santuario y prisión.

El coche se detiene frente a las escaleras de piedra. Dos hombres armados nos observan desde la entrada con el rostro tenso. No necesito preguntarles qué ocurre. Lo sé.

Al bajar, el aire me golpea con ese olor a tierra húmeda y madera vieja que siempre me recuerda a mi infancia. Miro hacia el piso superior, a la ventana del despacho de mi padre, donde una lámpara permanece encendida.

—¿Está dentro? —pregunto.

—Sí. Con Bruno —indica Dante, apagando el motor.

Asiento en silencio y me ajusto el abrigo antes de subir los escalones. Cada peldaño parece más pesado que el anterior.

Los hombres se hacen a un lado y uno de ellos me abre la puerta.

Al cruzar el umbral, seguido por Dante, el silencio me envuelve. Las paredes altas, los retratos familiares, el suelo pulido… todo es tan familiar y, al mismo tiempo, tan ajeno. Es como si la casa cambiara conmigo, envejeciendo a mi ritmo.

No me gusta vivir aquí, pero he llegado a una conclusión: todo lo que intento destruir es también todo lo que empiezo a necesitar.

No me dirijo al despacho de mi padre, sino que avanzo a la habitación de mi abuelo. La puerta está entreabierta y por la rendija se escapa un hilo de luz que corta la penumbra del pasillo.

Oigo su tos: áspera, profunda, como si cada respiración le desgarrara un poco más los pulmones.

Me detengo un instante antes de entrar. Cojo aire, intentando retenerlo, como si pudiera detener el tiempo. Sé que esta será la última vez que lo vea con vida. Mañana todo cambiará, y tengo la certeza de que no será para bien.

Mi padre ocupará su lugar. Se convertirá en el nuevo Don.

Y eso enfadará a muchas Familias.

Me giro y veo a Dante a un par de pasos de mí.

—Espera aquí.

—¿Estás seguro?

—Sí. Que no entre nadie hasta que yo te lo diga.

Dante no cuestiona mi orden, nunca lo hace. Quizá sea porque nos conocemos desde niños y entre nosotros nada ha cambiado.

—Está bien —acepta con esa coraza silenciosa que siempre lo ha caracterizado.

Sé que nadie franqueará esa puerta. Ni siquiera mi padre. Confío plenamente en Dante.

Empujo la pesada puerta. Un chirrido leve, metálico, resuena en la penumbra del pasillo antes de que el olor me golpee: una mezcla densa de medicamentos, sudor y algo más, ese inconfundible aroma agrio que anuncia el final. De forma instintiva, llevo mi dedo índice a la nariz, intentando disipar la sensación de repulsa.

La luz de una lámpara vacilante proyecta sombras alargadas sobre las paredes.

Mi abuelo está tendido en la cama, con los ojos cerrados y la respiración entrecortada, como si cada exhalación le costara un pedazo de alma. La piel, antes firme, parece ahora una hoja fina, casi transparente.

Me acerco despacio. El suelo cruje bajo mis pasos, y por un instante temo que el sonido lo despierte.

Pero no lo hace.

Solo cuando estoy a su lado comprendo que no queda mucho tiempo.

Apoyo una mano en el respaldo de la cama y lo observo en silencio.

—*Nonno*… —susurro, sin saber si puede oírme.

Sus párpados apenas se mueven, un temblor leve, y su respiración parece detenerse un segundo, antes de volver a soltar un gemido tenue.

—Estoy aquí, *nonno*…

Mi abuelo abre los ojos, apenas una rendija, pero suficiente para fijar en mí esa mirada que siempre impone respeto.

—Enzo…, has venido —murmura, con una voz tan débil que apenas logra vencer el silencio de la habitación.

Verlo así me destroza el alma. El hombre que una vez dominó el mundo con su presencia, ahora parece reducido a un cuerpo frágil, casi etéreo. La piel se le ha vuelto fina, traslúcida, como el papel viejo; los pómulos sobresalen, y su respiración es un jadeo irregular que me hiela por dentro.

Intenta levantar la mano, pero el esfuerzo le roba la poca fuerza que le queda. Antes de que los dedos caigan de nuevo sobre la colcha, acerco mi mano y la entrelazo con la suya.

—Sí, *nonno*, estoy aquí.

Su piel está helada, los huesos sobresalen bajo la carne, y por un instante tengo la sensación de sostener algo que se va a romper de un momento a otro.

—No te esfuerces —le digo en voz baja, intentando que no perciba el temblor de mi voz.

—Tu padre… —logra decir con dificultad—, no entiende… lo que significa proteger. Tú… sí lo entenderás algún día. Pero prométeme que defenderás nuestro apellido de las Familias. *La famiglia è tutto.*

«La familia lo es todo».

Siento que las palabras se clavan en mi pecho con el peso de una herencia que no deseo, pero de la que no puedo escapar.

Algunas promesas brillan más que la sangre.

—Te lo prometo, *nonno*.

—El casino… —murmura con un hilo de voz.

Lo miro sin comprender. Su respiración se vuelve entrecortada, el pecho sube y baja con esfuerzo.

—¿Qué pasa con el casino? —pregunto inclinándome un poco más hacia él.

—Es para ti —responde siendo apenas audible. Su mirada se nubla, pero todavía guarda un destello de lucidez—. Está todo en mi testamento.

Sus labios se curvan en una mueca que parece una sonrisa, y luego se apagan. Su respiración se va debilitando hasta que solo queda el silencio.

Y, en ese silencio, me doy cuenta de que la casa entera ha dejado de respirar con él.

La puerta se abre en ese momento y Dante cruza el umbral.

—Lo siento, Enzo.

Mi padre entra detrás, seguido por Bruno. Su gesto lo dice todo. Sabe lo del casino, y no lo aprueba.

Mi hermano arruga el entrecejo consciente —como yo— de que el poder no se comparte: se defiende.

Me aparto de la cama y me acerco a mi padre. Le beso en la mejilla.

—Lo siento mucho.

Mi padre asiente despacio, con una sonrisa ladeada en la que se mezclan el orgullo y la amenaza.

—Eres un cabrón con suerte, Enzo.

No hace falta que diga más. Esa sonrisa contiene todo lo que vendrá después: desconfianza, advertencia y poder.

Sé que los pecados también se heredan.

MARENA

Me dejo caer en el sillón, exhausta. Por fin huele a fin de semana, y eso me encanta. El sábado y el domingo rompen la rutina y te permiten hacer esas cosas que siempre dejas para otra ocasión.

Vivo con Bria en una buhardilla en Bushwick, en el último piso de un edificio de ladrillo que parece sostenerse a duras penas. Las escaleras crujen bajo los pies y, cuando llueve, el techo deja escapar un goteo insistente que Bria recoge con una taza azul descascarillada. Dice que el sonido le relaja. A mí, no tanto.

La vivienda es pequeña, pero tiene luz. Una claraboya inclinada deja entrar los rayos del sol al atardecer y tiñe las paredes de un tono dorado que me recuerda a las tardes de verano en el campo. A veces pienso que sin esa luz no podría vivir aquí.

Mi cámara descansa sobre una pila de libros junto a la ventana; frente a ella, nuestros portátiles abiertos muestran los bocetos de mis diseños y la lista de Spotify de Bria. Todo está siempre un poco desordenado: pinceles, tazas de café, zapatillas de *ballet*. Pero ese caos tiene algo de hogar, y a mí me encanta. Además, es lo único que podemos permitirnos por el momento.

Pagamos el alquiler como podemos: Bria vive entre clases de *ballet*, audiciones y colaboraciones en compañías locales; yo vendo mis fotografías y, cuando hay suerte, consigo encargos para revistas digitales.

En este instante el tren pasa cerca de nuestra ventana. Ya me he acostumbrado al sonido metálico, ese chirrido rasgado que se mezcla con la música que sube desde la calle. Y no me desagrada. Todo parece encajar. Aunque estamos solas, formamos parte de algo, y eso es lo que nos permite seguir adelante.

Mientras mis pensamientos toman forma, la puerta se abre.

Es Bria; lleva una caja de *pizza* en la mano.

—Está claro que alguien debe trabajar para pagar el alquiler —murmura dejando la caja sobre la encimera, si es que puede llamarse así al estrecho espacio entre el fregadero y la vitrocerámica.

Sonrío, porque sé que no lo dice en serio.

Abre un cajón, saca un cuchillo y empieza a cortar la *pizza* con movimientos precisos, como si su brazo actuara de forma mecánica y su mente siguiera en otro lugar.

—¿No habías quedado con Greg? —pregunto mientras me inclino hacia delante en el sillón.

Bria resopla, una de esas exhalaciones que una amiga reconoce al instante.

—Cambio de planes.

—¿Qué ha pasado? Cuéntamelo.

—No es mi tipo.

—¿No es tu tipo? —repito en voz baja, sin poder evitar la sorpresa—. La semana pasada era el hombre de tu vida.

—Una mujer puede cambiar de parecer, ¿no?

—Un momento… ¡Rebobina! ¡Rebobina! —exclamo algo aturdida, levantándome del sillón y quitándole el cuchillo de la mano —. Ve directa al grano, sin rodeos.

—No era el hombre que pensaba. —Habla sin mirarme, como si evitar el contacto visual le facilitara contarme la verdad. Y debe de funcionar, porque suspira antes de continuar—: Me ha propuesto que abramos nuestra relación.

Abro la boca y la cierro de golpe, incapaz de asimilar lo que acabo de oír.

El silencio que sigue se hace denso. El tren vuelve a pasar fuera, un rugido metálico que llena el aire por un momento.

—¿Quiere que…?

No termino la pregunta, porque Bria me interrumpe:

—Ya sabes en lo que consiste una relación abierta, Marena. Me enfadé, y él también.

—¡¿Qué?! —chillo cruzando los brazos—. ¿Por qué se enfadó él?

—Porque le tiré el gin-tonic a la cara en el bar. Luego me levanté con la barbilla bien alta y me largué de allí.

Sofoco una carcajada, imaginando la escena.

—Hiciste bien. Es un gilipollas. —Respiro hondo y repito con énfasis—: ¡Un gilipollas arrogante!

—Quizá no lo sea —dice Bria inmediatamente—. Bueno… un poco sí.

—Fue muy irrespetuoso por su parte proponerte algo así —digo, descruzando los brazos sin poder resistirme a una oliva negra de la *pizza*—. No quiero que mi amiga pase por una ruptura caótica.

—No quiero que le odies.

—Nunca me gustó, Bria.

Sacude la cabeza y me mira con los ojos muy abiertos.

—¿Y por qué nunca me lo dijiste?

Me encojo de hombros.

Su expresión cambia: del ceño fruncido a una sonrisa suave, casi divertida.

—No era amor.

—Eso también lo sé —respondo convencida.

—Solo ha sido sexo.

Me acerco y le rodeo los hombros con un brazo; durante unos segundos no decimos nada. Al cabo de un momento, sonrío, porque sé que mi amiga está bien. Le ha dado su merecido al idiota de Greg.

—Me hubiera encantado verle empapado en gin-tonic —afirmo entre risas.

—Fue lo mejor de la velada. Algunas chicas del *pub* me aplaudieron.

—Yo también lo habría hecho.

Bria me da un pequeño empujón amistoso, sabiendo que, de alguna manera, también estoy aplaudiendo.

Me encanta su melena corta, al ras del cuello, rebelde y brillante bajo la luz del flexo. Su piel tiene un tono cálido, dorado como el caramelo, y sus ojos —grandes, de un marrón claro que a veces cambia a ámbar— tienen la costumbre de observarlo todo, incluso aquello que yo intento ocultar. Siempre huele a champú de jazmín y a gomina. Una mezcla extraña, lo sé.

Tiene ese aire despreocupado que a veces envidio: parece vivir sin miedo al qué dirán, como si la vida fuera una sucesión de momentos que se deben exprimir sin remordimientos.

A su lado, el mundo parece menos duro.

—¿Mañana vas a ir al cementerio? —pregunta.

—Sí, como todos los sábados.

Asiente y me abraza de nuevo.

—Recuerda comprar rosas. A tu madre le encantaban.

Sonrío, sintiendo un nudo en la garganta.

—Sí, lo haré.

CAPÍTULO 3

ENZO

Han venido.

Todas las Familias que forman parte de mi mundo están aquí, reunidas en el cementerio. Sus rostros serios se mezclan con el vaho del frío y el murmullo contenido de las oraciones. Escuchan en un silencio casi solemne cómo el sacerdote recita la *Oración por los difuntos* frente al ataúd de mi abuelo.

Pero no es solo respeto lo que se percibe. Nos observan en silencio. Estudian cada uno de nuestros gestos, midiendo fuerzas incluso en un entierro.

Mi padre, con las manos embutidas en los bolsillos del abrigo y la cabeza inclinada, repite el final de la oración:

—Concédele, Señor, el descanso eterno, y brille para él la luz que no tiene fin.

El aire huele a tierra húmeda y a flores marchitas. Las ramas de los cipreses se balancean contra un cielo encapotado. Una fina llovizna empieza a caer, primero apenas perceptible, luego más constante, dibujando surcos sobre el ataúd barnizado.

Dante está a mi derecha; Fabio, a mi izquierda. Bruno se mantiene junto a mi padre, rígido, con el ceño fruncido. De vez en cuando me lanza una mirada de reojo.

No ha encajado bien la noticia de la herencia. Supongo que esperaba que el casino fuera para él.

Mientras la lluvia arrecia, siento que las palabras del cura se pierden en el aire, igual que las promesas de lealtad que hoy todos fingen recordar.

El golpeteo del agua se vuelve más intenso y el murmullo de los paraguas abriéndose acompaña las últimas palabras del sacerdote, que se persigna lentamente.

Yo no me muevo. No todavía.

Necesito asimilar lo que está ocurriendo. Mi abuelo ha pasado por alto a dos de los suyos para dejarme a mí uno de los negocios más rentables. Es el comienzo de una guerra familiar que no creo que termine pronto. Espero que el rencor no se apodere más de la situación.

Giro la cabeza y, en ese instante, la veo.

Una figura avanza por el sendero de grava mojada con una rosa roja entre las manos.

—Marena —susurro.

Camina despacio, sin reparar en la gente que la observa. Su abrigo oscuro resalta con la palidez de su rostro y el viento le revuelve un mechón de cabello que intenta apartar con la mano, sin conseguirlo.

Me desarma verla así.

Y entonces levanta la vista.

Nuestras miradas se cruzan.

Durante un segundo, el mundo deja de existir. Solo está ella, con el agua resbalando por su cara y cuello. Y esos ojos verdes que parecen preguntar algo que no se atreve a formular en voz alta.

En su rostro se dibuja la sorpresa. La confusión.

Sabe quién soy.

Soy el hombre que la observa cada viernes al otro lado del cristal.

No me muevo. No sonrío. Solo la miro.

El viento levanta una ráfaga de hojas y el eco de la lluvia se mezcla con el murmullo lejano de la gente que comienza a retirarse.

Ella parpadea, y en ese parpadeo siento cómo el pasado y el presente colisionan con la fuerza de algo que es inevitable.

Marena da un paso atrás, como si necesitara poner distancia entre nosotros, pero no aparta la mirada.

Y yo…

Yo tampoco puedo hacerlo.

Un leve golpe en el codo me hace volver a la realidad.

Vuelvo la vista al frente, intentando recomponerme, pero sigo sintiendo los ojos de Marena en mi espalda, igual que los de mi padre, aunque por motivos muy distintos.

Las Familias comienzan a dispersarse lentamente, envueltas en el rumor tenue de los paraguas y el chapoteo del agua sobre la grava. Faltan los Puccini, pero no me sorprende. Tampoco los esperaba. Nunca hubo buena relación y, en los últimos meses, nuestros desencuentros se han vuelto más violentos. Los Leonelli se acercan primero. Hombres de rostros duros, trajes oscuros y miradas que pesan más que las palabras. Luego los Girardello, con ese aire calculado de quienes nunca olvidan lo que deben ni lo que se les debe. Por último, los Lombardi.

Todos lo hacen del mismo modo, siguiendo un orden que nadie necesita recordar porque está grabado en su sangre: primero mi padre, después Bruno y, por último, yo. Es la jerarquía invisible que gobierna incluso en el duelo.

Manos frías, breves condolencias, frases vacías que se disuelven con la lluvia.

Hasta que llega Riccardo Lombardi. Su paraguas gotea entre nosotros cuando me tiende la mano. Su sonrisa es sesgada, casi cortante.

—Eres un hombre con suerte, Enzo DeLuca. Jamás pensé que el viejo tuviera corazón. Nos vemos.

Por un instante, me quedo quieto, observando cómo se aleja entre los mausoleos. Luego, aspiro hondo, tratando de contener la punzada de irritación, o tal vez de desconcierto, que me atraviesa.

Me doy la vuelta.

Ella no está.

MARENA

Como todos los sábados, vengo al cementerio a traer flores a mi madre. Es un momento que comparto con ella y que, de algún modo, me da paz.

Bria me recordó que no olvidara el paraguas, y menos mal que le hice caso: la lluvia arrecia con fuerza. Me arrebujo en el abrigo y ladeo el paraguas, aunque el viento insiste en empujar una cortina de agua hacia mí.

Lo habitual es que en el cementerio no haya nadie, pero hoy distingo un grupo de personas reunidas junto a un ataúd.

Sigo avanzando por el sendero de grava, procurando esquivar los charcos, aunque resulta imposible.

Levanto la vista, distraída, y entonces le veo.

Nuestras miradas se cruzan y el tiempo parece detenerse.

Durante un segundo, me quedo inmóvil. Siento cómo la respiración se acelera, desacompasada.

¿Qué probabilidades había de que él y yo nos encontráramos en un cementerio un sábado por la tarde?

Es evidente: una, al menos.

Aprieto la rosa contra el pecho, como si pudiera protegerme de lo que acabo de descubrir.

Me pregunto si el fallecido será un familiar suyo, pero no puedo estar segura. Hay demasiada gente, abrigos oscuros y rostros serios que se confunden con la lluvia.

El viento levanta una ráfaga de hojas y un mechón de pelo me cubre la cara, intento apartarlo, pero no lo consigo.

Doy un paso atrás, como si quisiera poner distancia, pero es imposible.

Sus ojos siguen fijos en mí. No hay duda: me reconoce.

Esa mirada, intensa y silenciosa, es la misma que siento cada viernes desde el otro lado del escaparate de la librería.

El murmullo de la gente se disuelve entre el ruido de la lluvia. Todo parece difuminarse a nuestro alrededor, como si solo existiéramos él y yo bajo el cielo gris.

Durante un instante, tengo la absurda sensación de que podría leerme los pensamientos, aunque sé que eso es imposible.

Un movimiento a su lado rompe el hechizo. Un hombre —alto, de expresión severa— le da un leve codazo en el brazo, murmurándole algo al oído. Lo reconozco al instante. Suele acompañarlo los viernes. Me pregunto si será su amigo, su hermano o quizá un primo.

Entonces, él desvía la mirada.

La conexión se rompe y el aire entre nosotros se llena del sonido de los paraguas cerrándose, de pasos que se alejan por la

grava empapada.

Solo cuando el grupo se dispersa, me atrevo a respirar de nuevo y huyo deprisa.

El ruido del mundo se apaga a medida que me acerco a la tumba de mi madre.

Me arrodillo, dejando la rosa roja sobre la lápida. Las gotas resbalan por los pétalos, tiñéndolos de un brillo húmedo.

—Hola, mamá —susurro con la voz temblorosa—. He traído tu flor favorita.

El agua del paraguas cae en pequeños hilos sobre mi abrigo, pero no me importa.

Cierro los ojos un momento y respiro despacio, intentando detener el torbellino de sentimientos que me ha dejado ese encuentro.

—Está aquí, mamá —balbuceo mirando hacia el sendero por donde se ha marchado—. Es… diferente a como lo imaginaba. Tiene esa forma de mirar que te deja sin aire.

El viento vuelve a soplar y arrastra hojas de otros ramos sobre las lápidas. Las observo alejarse, suspendidas un instante antes de perderse entre la niebla húmeda.

—No, no te rías —añado esbozando una sonrisa triste—. Sé lo que estás pensando: que debería mantenerme al margen, que las miradas que esconden tanto también pueden hacer daño. Pero hay algo en él… algo que no sé explicar. No lo entiendo —mi voz se apaga un instante—, quizás, le estaba esperando sin saberlo.

Me quedo en silencio, pensando en él, hasta que el frío me entumece las manos. Me encantaría que mi madre me respondiera, que me diera un consejo, que me abrazara… pero sé que eso nunca ocurrirá.

Me incorporo, acaricio la lápida con la punta de los dedos y murmuro:

—Hasta la próxima semana. Te quiero.

Cuando regreso por el sendero, veo la tumba de mi padre a lo lejos. Pero no me acerco.

Sigo enfadada con él. Aunque no sé muy bien por qué.

CAPÍTULO 4

ENZO

El tráfico de la mañana es escaso. Las calles de Nueva York están húmedas por la lluvia de la noche, y el reflejo del asfalto me obliga a entrecerrar los ojos. El silencio dentro del coche pesa más que el rugido del motor.

—Estaba sola, Dante —murmuro golpeando el volante con la palma de la mano.

—Todas las Familias estaban en el cementerio —responde él con calma, mirando hacia la carretera—. Nadie quiere problemas, por el momento.

El coche avanza con un zumbido grave, cortando el aire frío del sábado. En los laterales, las cafeterías comienzan a abrir; un par de repartidores pedalean entre los charcos y el vapor de las alcantarillas se eleva en columnas lentas.

—Eso no lo sabes —respondo hundiendo un poco más el pie en el acelerador.

—Ella está bien —afirma Fabio desde el asiento trasero.

Le miro por el retrovisor con la mandíbula tensa y suelto un improperio en voz alta:

—¡Claro que está bien!, pero no gracias a vosotros —gruño.

Fabio se encoge de hombros y desvía la vista hacia la ventana. Dante, en cambio, ladea la cabeza y me observa en silencio. A través del espejo retrovisor cruzan una mirada breve, incómoda.

—¿Quién está ahora con ella? —pregunto.

—Roy —responde, finalmente, Dante.

Aprieto el volante con tanta fuerza que los nudillos se me vuelven blancos. El coche se desliza por la avenida del *East River*, donde el reflejo del agua en el asfalto se confunde con el cielo pálido.

—¿Es de fiar?

—Claro.

Durante unos segundos solo se escucha el motor, el tic del intermitente y mi respiración contenida. La imagen de ella, empapada bajo la lluvia, con aquella rosa roja entre las manos, vuelve a golpearme con fuerza.

—Estaba sola —repito en voz baja, casi para mí.

Dante suspira.

—Tú estabas allí.

Guardo silencio, porque es cierto. Yo estaba allí, y no habría permitido que nadie la lastimara. Además, confío en Dante y en Fabio. Nos conocemos desde que éramos unos niños. Dante es hijo de Rosa, la cocinera, y Fabio, de Carlo, el chófer de mi abuelo. Solíamos escondernos bajo la escalera para oír cómo los adultos hablaban de negocios. Éramos inseparables, tres niños jugando entre secretos que acabarían marcándonos para siempre. Con los años, la vida nos llevó por caminos distintos, pero seguimos siendo lo mismo: una familia forjada entre lealtades y silencios.

—¿Sabes qué iban a hacer mi padre y Bruno hoy por la mañana? —me intereso.

—Van a los muelles —contesta Dante.

—Llega el nuevo cargamento de armas —añade Fabio.

Asiento en silencio. Aprieto el acelerador con un único destino en mi mente: el casino.

MARENA

El día amanece igual que ayer: gris, con el cielo cubierto de nubes plomizas que aplastan la ciudad. Pero no me importa. Hay algo en ese tono apagado que me inspira, que me empuja a salir.

Me levanto con una energía renovada. Hoy iré al muelle. Tomaré el autobús, llevaré la cámara y haré cientos de fotos en blanco y negro.

Mientras me visto, intento concentrarme en eso —en los reflejos del agua, en la niebla que se levanta sobre el río, en el

chirrido de las grúas—, pero su imagen vuelve a mí: nítida, inevitable.

Su mirada.

Esa mirada que me sigue incluso cuando cierro los ojos.

Sacudo la cabeza y me pongo la sudadera, tratando de ahuyentar su recuerdo.

—Olvídalo —musito, aunque el corazón me late tan deprisa que apenas me creo mis propias palabras.

Pero no puedo.

Es como si una corriente silenciosa me llevara hacia él, como si estuviéramos hechos para encontrarnos, pero el tiempo siempre nos negara ese instante.

Bebo el café casi sin saborearlo. El amargor me ayuda a mantener los pensamientos a raya, aunque no del todo. Cojo la cámara, me cuelgo la mochila al hombro y cierro la puerta con cuidado.

Bria sigue durmiendo; su respiración acompasada se mezcla con el leve crujido del suelo bajo mis pies. Anoche nos quedamos despiertas hasta tarde, bebiendo vino, comiendo *pizza* y riéndonos de todo, fingiendo que la vida puede ser divertida cuando una la observa con una copa en la mano.

Cuando bajo del autobús, el aire de la madrugada huele a hierro y lluvia reciente. Ajusto la correa de la cámara al cuello y me cubro la cabeza con la capucha de mi anorak.

A lo lejos, las grúas parecen esqueletos dormidos a los que el agua golpea con suavidad en sus pilares. Me detengo un instante: la naturaleza frente a frente con la ingeniería del hombre, como dos viejos enemigos que se observan en silencio. Aspiro con fuerza, mientras contemplo los almacenes de ladrillos rojos; el viento me azota el rostro y, al fondo, entre la bruma, la Estatua de la Libertad parece despertar.

Sujeto la cámara y enfoco.

El clic del obturador suena demasiado alto, rompiendo la complicidad del amanecer. Vuelvo a apretar el botón y la imagen que tengo ante mí queda inmortalizada.

Me gusta esa sensación: la de estar sola en un lugar donde pocos se atreven a venir a estas horas. Hay algo reconfortante en esa soledad elegida. Durante un instante, el mundo parece detenerse; solo existo yo, el rumor del agua y el leve temblor del viento entre las grúas.

De repente, oigo unos ladridos, seguidos de gritos entrecortados que se mezclan con el murmullo del viento. Me detengo en seco. El sonido parece venir de algún punto entre los almacenes, pero no veo nada ni a nadie, ni siquiera al perro que escucho a lo lejos.

El lugar está desierto, hasta el punto de que tengo la impresión de que la temperatura ha descendido un par de grados. Los viejos edificios de ladrillo rojo ofrecen demasiados rincones donde alguien podría esconderse.

Durante unos segundos, tengo la vaga impresión de que alguien me observa. Noto un hormigueo en la piel. Me vuelvo instintivamente, pero no veo nada que explique esa sensación. No obstante, aminoro el paso. Alzo la vista hacia el almacén y los grandes ventanales cubiertos de polvo. Nada.

La cámara pesa en mis manos. Respiro hondo, intentando contener el miedo que me oprime el pecho. Avanzo despacio, cada paso retumba en el suelo metálico del muelle, hasta que llego a la puerta entreabierta del almacén más cercano.

Las voces suenan más nítidas ahora, mezcladas con el zumbido de una lámpara vieja que parpadea en el interior. No distingo las palabras, solo el tono: autoritario, cortante, desesperado.

Empujo la puerta lo justo para asomar la cabeza.

Y entonces lo veo.

Un hombre está de rodillas, con las manos temblando sobre el suelo manchado de aceite. El sudor le cae en gotas que resbalan hasta mezclarse con la mugre. Frente a él, otro hombre le apunta a la cabeza con una pistola.

ENZO

El *Moonlight Casino* nunca cierra. No hay relojes en las paredes ni ventanas que dejen pasar la luz del amanecer. Aquí el tiempo se disuelve entre el tintinear de las fichas, el ruido de las tragaperras y las risas falsas de los que creen que la suerte puede comprarse.

El zumbido de las máquinas se mezcla con la música suave de fondo y el murmullo constante de los jugadores. Los crupieres, con rostros impasibles, barajan cartas bajo la luz dorada de las lámparas, mientras los camareros se mueven entre las mesas.

Camino con paso ligero, con Dante y Fabio a mi lado. Ellos avanzan en silencio, atentos a cada movimiento, a cada rostro. Algunos jugadores nos observan con disimulo, otros desvían la mirada. La gente se aparta para dejarme pasar. Me conocen. O, al menos, saben que no conviene cruzarse en mi camino.

Fabio se acomoda la chaqueta en el antebrazo, mientras Dante se detiene un instante frente a una mesa de ruleta, observando cómo la bola cae en el diecisiete negro.

—Mala suerte —murmura sin apartar la vista.

—La suerte no existe —respondo.

Sigo caminando hacia el fondo del salón. Subimos las escaleras que conducen al piso superior, donde el ruido se amortigua y las luces se vuelven más frías. La puerta de roble oscuro al final del pasillo sigue igual que siempre.

Entro sin dudar.

El despacho de mi abuelo.

Las paredes están forradas de madera y aún huele a su tabaco. Sobre el escritorio, el reloj de bolsillo que solía llevar siempre. La caja fuerte empotrada detrás del cuadro. Todo sigue en su lugar, como si él aún estuviera sentado en esa butaca de cuero, decidiendo el destino de medio Nueva York.

Me acerco a la ventana y miro hacia abajo, a la sala del casino. La gente sigue jugando, como si nada hubiera cambiado. Pero sí ha cambiado.

Yo.

Apoyo las manos en el alféizar y murmuro para mí, con una mezcla de vértigo y orgullo:

—Y ahora soy el dueño de todo esto.

Varios golpes suaves me sacan de mis pensamientos.

—Adelante —respondo, sin darme la vuelta.

Sé que es Victor Madsen. Entra sin hacer ruido, seguramente sosteniendo una carpeta negra entre las manos. Sus movimientos son tan medidos que apenas parece respirar.

Dante y Fabio permanecen junto a la puerta, atentos.

—Buenos días, señor DeLuca —dice Victor con esa voz neutra que nunca deja entrever emoción alguna.

—¿Qué tienes para mí? —pregunto sin apartar la vista del ventanal. Desde aquí puedo ver cómo la ruleta gira una y otra vez, devorando fortunas.

—Mi más sentido pésame.

—Gracias.

—Echaremos de menos a su abuelo.

Miente como un bellaco, pero no tiene sentido amonestarlo por ello.

Escucho a Victor abrir la carpeta y desplegar los informes.

—Los ingresos de esta semana superan los del mes pasado. Pero hay algo que debería saber —hace una pausa breve—, los Lombardi han empezado a mover dinero a través del *Golden Club*. No en grandes cantidades, pero bastantes como para despertar sospechas.

Me giro despacio.

Victor sigue teniendo ese aire de empollón de la clase: pelo rizado, gafas demasiado grandes para una nariz tan pequeña y una altura mediana que lo hace pasar desapercibido allá donde vaya. Sé que es de confianza. Si no lo fuera, mi abuelo ya lo habría despachado hace tiempo.

—¿Están lavando dinero usando nuestra licencia?

Victor asiente, casi con resignación.

—Sí, señor. Compran fichas en efectivo, apenas juegan un par de manos y luego cobran los cheques del casino. Todo parece legal sobre el papel. Y no solo ellos. Los Girardello también han desviado parte de su efectivo a cuentas vinculadas a las mesas de póker. Es un patrón que se repite.

—¿Y la comisión de juego?

—Si alguien revisa los registros y ve que los nombres coinciden con jugadores habituales, nadie sospecha.

Fabio da un paso al frente, con una evidente tensión marcada en sus hombros.

—¿Quieres que intervengamos?

—No, todavía —respondo pensativo—. Si nos precipitamos, los asustaremos y desaparecerán con el dinero antes de poder seguir la pista.

Dante, más sereno, pregunta:

—¿Y qué dice tu padre de todo esto?

—Al parecer, prefiere mirar hacia otro lado. No me ha comentado nada —indico con una sonrisa helada—. Pero yo no.

Victor cierra la carpeta.

—Señor DeLuca, si me permite el consejo… —Se detiene, eligiendo las palabras—: Su padre habría hecho un trato con ellos. Usted no parece de ese tipo.

—Tienes razón —afirmo mirándole a los ojos—. Yo no negocio con traidores.

El silencio que sigue pesa más que el murmullo del casino.

—Estoy a sus órdenes, señor DeLuca.

—No esperaba menos de usted.

Victor asiente y se retira. Dante cierra la puerta tras él.

Fabio me observa.

—¿Qué vas a hacer?

—Esperar. Si mi abuelo quiso que yo entrara en este juego, entraré —digo llevando la mirada al ventanal—. Los ratones siempre vuelven al queso. Solo hay que dejarlo en el lugar correcto.

Escucho la voz de Dante al teléfono, baja, tensa. Luego, silencio. Ese silencio que precede siempre a las malas noticias.

—No la pierdas de vista —ordena al fin, con el ceño fruncido.

Me enderezo de golpe con la mandíbula tensa.

—¿Qué ocurre? —pregunto dándome la vuelta.

Dante alza la mirada.

—Es Marena. Está en el muelle.

—¿En el muelle? —inquiero sin dar crédito—. ¿Qué cojones hace allí?

Dante niega con la cabeza, guarda el móvil en el bolsillo y me abre la puerta.

—¡Joder! —murmuro entre dientes antes de echar a correr.

El pasillo se convierte en un eco de pasos frenéticos.

—Mierda…, corred más deprisa.

Dante acelera el paso y se coloca a mi lado; Fabio se adelanta, despejando el camino. El motor del coche ruge segundos después. Y mientras salimos del casino solo pienso en una cosa: *¡Dios, no permitas que le pase nada!*

CAPÍTULO 5

MARENA

Mi respiración se detiene.

Quiero moverme, correr, gritar… pero no puedo.

El dedo se curva sobre el gatillo con una calma inhumana.

El disparo retumba como un trueno en el almacén. La cabeza del hombre estalla. El cuerpo cae de bruces, dejando tras el impacto sangre y lo que parecen sesos esparcidos en el suelo.

Doy un respingo y me cubro la boca, ahogando un gemido.

De pronto, la imagen de mi padre irrumpe en mi mente. Las lágrimas nublan lo que tengo delante. Me obligo a fijar la vista en el ejecutor. Es de mediana estatura y corpulento. Sus gestos son de una frialdad animal, llenos de brutalidad y violencia.

Su rostro me resulta familiar, pero no logro ubicarlo.

El tiempo se detiene. El suelo parece desvanecerse bajo mis pies y un grito mudo se me queda atascado en la garganta. Siento el mismo miedo que aquella noche, como si los años no hubieran pasado.

Me quedo paralizada. No respiro. Intento retroceder sin hacer ruido, pero mi corazón late tan fuerte que temo que cualquier latido me delate. Los dedos se me ciñen alrededor de la cámara; están húmedos, resbaladizos.

No puedo quedarme aquí. Si me ve, me matará a mí también.

Doy un paso atrás.

Tropiezo con algo y el sonido seco del impacto me hiela la sangre. Cierro los ojos, contengo la respiración. El ruido es mínimo, casi imperceptible, pero suficiente para que el hombre levante la cabeza.

Su mirada se clava en la oscuridad donde me escondo, como si el aire mismo delatara mi presencia. No se mueve. Solo gira lentamente el rostro, buscando el origen del ruido con esa calma espantosa que solo tienen los depredadores.

Intento respirar. La lámpara del techo parpadea una vez más, proyectando sombras alargadas que reptan por las paredes de ladrillo.

Retrocedo otro paso, más rápido esta vez. El borde de la cámara golpea una columna metálica. El sonido del impacto retumba como un trueno.

El hombre reacciona.

Oigo pasos y voces. De entre las sombras comienzan a surgir más hombres.

—¿Quién está ahí? —gruñe una voz grave, ronca.

El miedo me oprime el pecho.

Tengo que salir de aquí, ya.

Me giro y echo a correr. El eco de mis pasos se mezcla con los gritos que se escuchan detrás de mí, y la certeza de que, si me alcanzan, no saldré viva de este lugar.

—¡Eh, tú! ¡Detente!

No lo hago.

El corazón me estalla en el pecho mientras corro, con la cámara golpeándome una y otra vez contra las costillas. El aire gélido me corta la garganta y me sabe a óxido, a hierro, a miedo.

Doblo una esquina entre contenedores y el muelle se abre ante mí, una extensión de sombras húmedas y farolas parpadeantes.

Me detengo solo un segundo, jadeando.

Escucho.

Solo es el viento del amanecer que ha desmigajado y alejado las nubes, dejando rastros diseminados a través de una media luna brillante que aún no se ha ocultado.

Miro a mi alrededor. Las luces de un camión parpadean en la distancia, pero el resto del muelle está sumido en sombras.

Aprieto la cámara contra el pecho, temblando.

Entonces, algo se mueve.

Una sombra.

Un roce en el aire, apenas perceptible.

De pronto, una mano surge de la oscuridad y se cierra alrededor de mi brazo con determinación. El grito que brota de mi garganta se ahoga antes de salir.

—¡No grites! —susurra una voz ronca, baja, apremiante—. Shhh… ven conmigo. Salgamos de aquí.

La presión en mi brazo es firme pero no violenta. Mi instinto me ordena forcejear, escapar, pero mis ojos, que aún se están adaptando a la penumbra y la niebla espesa, no logran distinguir más que siluetas difusas. La mano que me sujeta no me permite moverme.

—¡Suéltame!

—Marena, soy yo. Tranquila.

Mi pecho sube y baja con dificultad. No reconozco esa voz masculina, pero algo me dice que puedo confiar en él. Siento su mano en mi espalda —segura, protectora—, como si, sin palabras, me advirtiera: «*No te muevas. Confía en mí».*

Me quedo observando durante un rato, movimientos bajo la luz difusa de hombres que van y vienen armados.

—No te muevas —musita.

Su aliento roza mi cabello, tibio, próximo, y me recorre un escalofrío que no sé si es de miedo o alivio.

Obedezco.

Levanto la mirada con cautela, como si el más mínimo movimiento pudiera delatarme… y entonces lo veo.

Es él.

El mismo hombre que observé ayer en el cementerio. El que cada viernes se detiene frente al escaparate de la librería sin atreverse a cruzar el umbral. Su rostro —pómulos marcados, una cicatriz cerca de la sien— emerge ahora entre la penumbra, iluminado por el destello metálico del amanecer que se filtra entre los hierros oxidados del muelle.

Aprieto los labios, el corazón me golpea las costillas con tal fuerza que su ritmo me retumba en los oídos.

No sé qué pensar.

El miedo sigue ahí, agazapado, pero algo dentro de mí —una voz diminuta y obstinada— me susurra: *No corras. No esta vez.*

—No te muevas —repite, sus ojos oscuros no me miran a mí, sino que escudriñan la oscuridad que nos rodea, como si pudiera descifrar cada sombra antes de que se convierta en amenaza.

Respiro hondo y, por algún motivo que no logro —o no quiero — entender, decido confiar en él.

Un chasquido metálico rompe el silencio.

Voces. Pasos que se acercan.

Él me mira un instante, lo justo para calcular la distancia hasta la salida más cercana, un hueco entre dos contenedores. Sus dedos se cierran alrededor de los míos con una presión que no admite réplica. La piel me arde bajo su contacto, pero no es dolor: es el latido de su pulso, rápido y cálido, transmitiéndome una urgencia casi desesperada.

—Sígueme. Y no hagas ruido.

No espera confirmación. Me aferra la mano con fuerza y comienza a tirar de mí entre las sombras. El suelo del muelle está cubierto de una película viscosa; cada paso es un riesgo o un posible resbalón. El aire huele a hierro viejo y a algo más —algo dulce y podrido— que no alcanzo a identificar.

Nos movemos entre contenedores y pilares de metal. Un haz de luz barre el pasillo frente a nosotros, lento, implacable. Él me empuja contra el acero frío. Siento su respiración en mi cuello, rápida y controlada, mientras contengo la mía.

—He oído algo —gruñe una voz en la distancia.

Un disparo corta el aire.

El sonido es tan brutal que me obliga a encogerme sobre mí misma. El eco rebota entre los contenedores, multiplicándose, cercándome.

—¡Dios mío! —grito sin pensarlo.

Él se vuelve con una mueca de dolor. La luz mortecina de un foco le ilumina el hombro. Toco la tela con dedos temblorosos y descubro que está manchada de sangre.

—Estoy bien —murmura, aunque la rigidez de su voz lo contradice.

Otro disparo. Esta vez más cerca. La bala impacta contra el metal, haciendo saltar chispas.

Me empuja detrás de un contenedor. Su cuerpo se interpone entre el mío y la dirección del fuego. Siento el latido de su corazón contra mi espalda, desbocado.

—¡Corre cuando te lo diga! —ordena.

—¡No puedo! —exclamo temblando de miedo.

—Hazlo. No hay tiempo.

La rabia y el miedo me asfixian. Él respira con dificultad, mientras la sangre sigue goteando sobre el suelo, muy cerca de mis Converse.

—¡Ahora! —grita.

Echo a correr, sus pasos resuenan tras los míos. No sé cómo puede hacerlo, pero lo hace.

La niebla nos traga. Detrás de nosotros, los hombres siguen disparando.

Cuando por fin alcanzamos la verja lateral del muelle, él se derrumba sobre ella, solo un segundo. Sus labios están pálidos, sus ojos fijos en los míos con una intensidad que me paraliza.

Intento ayudarle, pero él me aparta con un movimiento brusco. Luego, fuerza el cerrojo con un gesto seco, casi violento, sin conseguir abrirlo.

—Déjame ayudarte…

—No —me interrumpe. Su voz áspera corta el aire gélido del amanecer.

De la niebla emerge una figura. Alta, corpulenta. Su silueta se recorta contra la luz mortecina de las farolas. Sin decir una palabra,

golpea el cerrojo con la culata de su arma. El metal cede al segundo impacto. Sus ojos se cruzan con los míos, fríos, calculadores.

De pronto, un motor ruge al arrancar, un sonido gutural rompe el silencio del muelle. Las luces delanteras se encienden de golpe. Me arrastran hacia el coche; los dos hombres forman un muro con sus cuerpos, tensos y en alerta.

No hay tiempo para preguntas.

ENZO

Me llevo la mano al hombro. El dolor es insoportable, un ardor que late bajo la piel, pero no dejo escapar una sola queja. Ella está viva. Eso es lo único que importa.

La lluvia arrecia de golpe. Fabio aprieta el volante con la mirada fija en la carretera. Dante se vuelve hacia nosotros y nos observa: primero a mí, luego a ella.

—¿Estás bien?

Asiento, aunque el dolor me atraviesa como un puto rayo. Aprieto la mandíbula hasta que cede lo suficiente para dejarme respirar. La vista se me nubla y noto la sangre caliente empapándome la camisa. Solo espero que la bala no se haya quedado dentro. Ojalá haya sido un tiro limpio, de entrada y salida.

—Lo mejor que puedo estar, dadas las circunstancias —murmuro cogiendo aire de nuevo.

Vuelvo la mirada hacia Marena. Está hecha un ovillo a mi lado, con los brazos rodeando sus rodillas. Los rayos del amanecer acarician su rostro pálido con destellos temblorosos. Aún lleva la cámara colgada al cuello.

—¿Has hecho fotos?

—Sí —responde cabizbaja.

—Siento que hayas tenido que pasar por esto —digo en voz baja.

Ella alza la vista. Sus ojos, empañados por las lágrimas, me buscan con cierto nerviosismo.

—Quiero irme a casa.

—Eso no va a ser posible.

Durante un instante, se hace un silencio denso. Solo se oye el rugido constante del motor y el golpeteo de las ruedas sobre el asfalto. Marena deja de abrazarse a sí misma. Su mirada ha cambiado: relampaguea cargada de rabia y miedo.

De repente, se mueve.

Sus dedos, temblorosos, buscan a ciegas el tirador de la puerta.

—No —gruño lanzándome hacia ella.

Pero ya es tarde.

El pestillo cede con un chasquido metálico. La puerta se entreabre y el aire gélido de la mañana irrumpe de golpe. Reacciono por instinto: la agarro del brazo, con más fuerza de lo que pretendía, y un dolor agudo, como un cuchillo incandescente, me atraviesa el hombro.

—¡Maldita sea!

—¡Suéltame! —chilla forcejeando. Sus uñas se hunden en mi piel, pero no la suelto.

—¡Cierra la puta puerta! —rujo con los dientes apretados para ahogar el dolor—. ¡Vamos a ochenta, joder! ¡¿Quieres matarnos?!

Sus ojos, desorbitados, se clavan en los míos. Por un segundo, veo el miedo en ellos. Pero también veo algo más: la determinación de alguien que ya no tiene nada que perder.

De pronto, el chirrido de los frenos resuena agudo y cortante. Fabio da un volantazo y el coche derrapa sobre el asfalto mojado. Nos movemos bruscamente dentro, como si el vehículo fuera a salirse de la carretera en cualquier momento.

Oigo gritar a Dante mi nombre desde el asiento delantero:

—¡Enzo!

El dolor me arranca un jadeo, pero no la suelto.

Fabio ha conseguido estabilizar el coche. Gracias a Dios.

Ella lucha unos segundos más, desesperada. Su respiración es rápida, entrecortada. Tiene los ojos abiertos de par en par. En ellos veo reflejado el miedo y algo más que no consigo descifrar.

—Déjame ir, por favor… Solo quiero volver a casa.

—No puedes —respondo, esta vez más suave, sin soltarla—. Si lo haces, te matarán.

Se queda inmóvil.

La veo dudar, sus dedos tiemblan sobre el tirador de la puerta y, por un instante, —breve, frágil— siento que la tensión entre nosotros comienza a desvanecerse.

Entonces, cierra la puerta.

Un suspiro escapa de mis labios, pero el alivio dura poco. Me llevo la mano al hombro con un gruñido, sintiendo cómo el dolor punzante me recorre el brazo.

El aire dentro del coche se espesa, como si el mundo entero se hubiera detenido a contener la respiración.

El silencio vuelve a caer sobre nosotros, roto solo por el ronroneo del motor, el golpeteo furioso de la lluvia contra el parabrisas y mi respiración entrecortada y agitada.

Dejo caer la cabeza contra el respaldo del asiento y siento el calor de la sangre tibia y pegajosa, deslizándose por mi brazo hasta la muñeca.

Ella tiembla.

Yo también.

Y en medio de ese caos contenido, de esa tensión que aún vibra en el aire, solo hay un pensamiento que se repite en mi mente, una y otra vez, como un mantra:

Sigue viva.

Sigue aquí.

Minutos después, el casino se alza frente a nosotros imponente.

—Aparca en la puerta trasera —ordeno sin apartar la mirada de los cristales empañados por la lluvia.

—De acuerdo —responde Fabio, girando el volante.

En la planta superior hay un ático; será un lugar perfecto para que, por fin, Marena descanse y podamos trazar un plan. Ha visto demasiado. Demasiado para seguir fingiendo que no necesita respuestas.

Dante se acerca para abrirme la puerta, pero lo detengo con un gesto seco.

—Ocúpate de ella. Llévala al ático.

Como de costumbre, Dante asiente sin replicar.

—¿Llamo al doctor?

—Sí —afirmo entre dientes. El dolor va en aumento y la herida no para de sangrar.

Salgo del coche intentando ocultar el malestar que me carcome. Busco a Fabio con la mirada.

—Localiza a Bria y protégela —le ordeno con una voz más áspera de lo que pretendía—. Si hace falta, llévala a un lugar seguro.

Fabio frunce el ceño.

—Va a hacer preguntas.

—Estoy seguro —murmuro avanzando tras Dante y Marena hacia la entrada—. Haz lo que tengas que hacer, pero convéncela.

CAPÍTULO 6

MARENA

La puerta se cierra tras de mí con un clic seco, como el cierre de una elegante caja de música. Instintivamente, me llevo la mano a la medalla que cuelga de mi cuello y la acaricio con los dedos, buscando en su tacto una forma de no sentirme tan insegura.

El aire huele a cera de abeja y a madera de sándalo; un aroma ajeno que me envuelve, cálido y persistente, hasta adherirse a mi piel.

El espacio roza lo obsceno. Los techos son tan altos que el eco de mis pasos se pierde antes de llegar a ellos. Los ventanales, que no se pueden abrir, abarcan toda una pared enmarcando una ciudad que bulle ahí abajo.

Dirijo mi mirada hacia una calle que hierve de actividad. Coches, voces, prisas… taxistas tocando el claxon como si fuera el fin del mundo, vagabundos que duermen en las aceras; el destello intermitente de los semáforos reflejándose en los cristales, como un código morse de una vida que ya no me pertenece.

Dejo caer la medalla contra mi pecho y apoyo la mano sobre el cristal. Está frío. Podría gritar, pero nadie me oiría.

Las paredes están tapizadas en seda color burdeos, un tono que debería ser cálido, pero aquí recuerda a la sangre seca. Los muebles parecen de diseño italiano: sofás de líneas limpias, demasiado perfectos para sentarse; butacas de cuero que crujen levemente cuando me acerco, como si protestaran por mi presencia. Las lámparas —de latón y cristal de Murano— derraman una luz ámbar que bañan toda la estancia.

En el centro de la sala hay un piano de cola. Sobre él, un marco de plata: un rostro desconocido me devuelve la mirada. En la mesa de centro, alguien ha dejado un vaso de *whisky* medio vacío; el hielo derretido marca el tiempo como si fuera un reloj.

No hay cerraduras en las puertas.

Y, aun así, sé que no puedo escapar.

No soy una ingenua. Lo que ha ocurrido esta mañana ha despertado algo en mí: destellos, fogonazos que me ciegan. Tenía diecisiete años cuando mi padre cayó a mis pies con una bala entre las cejas.

Soy una Fasoli.

Y mi padre trabajaba para los DeLuca.

He pasado los últimos años intentando dejar atrás ese pasado, enterrarlo bajo una vida nueva. Pero ha vuelto. Y lo ha hecho con una fuerza brutal.

Más nerviosa de lo que quiero admitir, busco mi móvil en los bolsillos del anorak. Suelto un bufido al comprobar que está sin batería.

—¡Maldita sea! —murmuro dejándolo caer en el bolsillo.

Busco con la mirada un teléfono fijo, pero no hay ninguno. Tampoco me sorprende.

¿Un cargador, al menos? No pido mucho.

Recorro la habitación con la vista, revisando cada enchufe, cada rincón. Nada.

Ni una maldita forma de comunicarme con el exterior.

El silencio es tan opresivo que casi puedo oír el eco de mi propia respiración, agitada.

De pronto, escucho voces al otro lado de la puerta. Me quedo paralizada, el corazón me golpea en las costillas con tanta fuerza que casi duele.

La manilla gira.

La puerta se abre.

Un hombre —desconocido, de rasgos duros— entra sin mirarme, con paso decidido. Instintivamente, me pongo tensa.

—Disculpe, ¿dónde está Enzo?

Voy a responder cuando una voz conocida, inconfundible, me corta en seco:

—Estoy aquí. Has tardado.

Hay algo peligroso en su voz, como si estuviera enfadado conmigo, pero bajo ese gesto adusto hay algo más. Aunque no

puedo definirlo bien.

Sostiene una servilleta ensangrentada sobre su hombro. La luz ámbar de la estancia se proyecta en su rostro, marcando las sombras bajo sus pómulos. Me mira. Sus labios están apretados en una línea tensa; sus ojos, dos pozos oscuros, me atraviesan hasta el alma.

—Hoy está siendo un día complicado —informa el recién llegado, dejando el maletín de cuero sobre la mesa antes de abrirlo.

Enzo no dice nada.

Enzo, repito para mí misma, como si el simple hecho de pensar su nombre pudiera calmarme.

—Marena, él es el doctor Pietro Bassi.

Mi mirada se desvía hacia el médico. Es un hombre de mediana edad y gesto concentrado, con las mangas de la camisa remangadas y las manos limpias. El tipo de persona que no inspira confianza.

Está junto a Enzo, ayudándole a quitarse la camisa. La tela se adhiere a la herida, y él contiene un gruñido al mover el brazo.

—Encantado, Marena —dice el doctor sin apartar la vista del hombro de Enzo.

No respondo. Ni una palabra, ni una sonrisa. Solo asiento.

Al doctor Bassi parece no importarle mi frialdad; toda su atención está concentrada en él, en esa herida que aún sangra. Se mueve con eficiencia, pero mis ojos no pueden evitar detenerse en el hombre que me ha rescatado.

Cuando se quita la camisa, el aire parece espesarse.

Por primera vez puedo observarlo con detenimiento. Enzo es un hombre entrado en la treintena. Su piel morena contrasta con la luz dorada que cae desde las lámparas, marcando las sombras de su rostro duro, de su nariz recta, casi romana, y de la línea firme de su mandíbula. Tiene la clase de presencia que impone incluso en silencio, como si todo en él —desde la forma en que respira hasta la tensión de sus hombros— obedeciera a una disciplina que no sé si admiro o temo.

Su espalda es un mapa de tatuajes: líneas negras que se entrecruzan con cicatrices antiguas, sombras de un pasado que no

me atrevo a imaginar. Su piel está tensa, los músculos se contraen con cada respiración irregular.

El doctor limpia la herida con una gasa empapada en antiséptico. Enzo aprieta la mandíbula, los músculos de su cuello se tensan y sus manos se aferran al reposabrazos hasta que los nudillos se vuelven blancos. No deja escapar un solo quejido, solo un leve estremecimiento lo delata.

—Puedes maldecir si quieres —afirma el doctor sin levantar la vista.

—Prefiero no darte ese gusto —responde él con la voz ronca, y me lanza una mirada fugaz.

Su sarcasmo apenas disfraza el dolor. Pero hay algo en su forma de sostener mi mirada, desafiante y vulnerable al mismo tiempo, que me deja sin aire.

—La bala ha entrado y salido —informa el doctor Bassi mientras recorre con los dedos la trayectoria del proyectil—. Es una herida limpia, aunque habrá que dar puntos.

La estancia se impregna del olor metálico de la sangre y del antiséptico.

Enzo asiente sin decir nada. Respira hondo cuando el doctor aprieta la piel a cada lado de la herida y empieza con el primer punto. Ni siquiera protesta cuando la aguja atraviesa su piel. El movimiento del hilo deslizándose me resulta perturbador, casi insoportable.

—Marena, ¿puedes acercarme las vendas que hay en el maletín? —pide el doctor sin levantar la vista, dejando la aguja sobre una bandeja plateada, muy cerca de la mano de Enzo.

Trago saliva. Solo entonces me doy cuenta de que he estado inmóvil todo este tiempo, observando cada movimiento, cada gesto. Y en algún momento, sin saber cuándo, he contenido la respiración.

—Sí, claro.

Me acerco al maletín, saco las vendas y se las tiendo.

—¿Puedes ayudarme?

Levanto la mirada, desconcertada.

—¿Yo?

El doctor Bassi sonríe ante mi reacción, con un gesto leve, casi paternal. Quizá no sea el hombre severo que me pareció al principio.

—Enzo me ha dicho que eres hija de Vittorio Fasoli —comenta mientras revisa el vendaje.

—Sí.

Sus dedos se detienen un instante, como si el nombre le hubiera recordado algo.

—Conocí a tu padre.

Siento que Enzo se tensa a mi lado, pero guarda silencio.

—Era un buen hombre —añade el doctor, con un tono que suena a sincero pesar—. Lamenté su muerte.

—Gracias —murmuro sin saber qué más decir.

Por primera vez, el doctor levanta la vista de la herida y me observa con atención.

—No tienes ni idea de qué sucedió, ¿verdad?

Trago saliva.

—No.

No pregunta más. Solo asiente.

—No importa —dice volviendo a concentrarse en la venda—. Sujeta aquí.

Obedezco.

Coloco las manos donde me indica, ayudándole a vendar el hombro de Enzo.

A pesar de mis intentos por evitarlo, mis dedos rozan su piel: está cálida, tensa… más suave de lo que imaginaba.

—Marena.

La voz del doctor me devuelve a la realidad. Me ruborizo al instante, temiendo que pueda leer mis pensamientos.

—¿Sí? —respondo demasiado rápido.

Él inclina ligeramente la cabeza, con una expresión que no logro descifrar.

—Mi abuela solía decir que la sangre nunca olvida su idioma —murmura clavando sus ojos en los míos—. Quizás algún día lo entiendas, Marena.

ENZO

El hombro me duele tanto que apenas puedo respirar, pero no he querido tomar ningún calmante. Doblo el brazo herido y lo pego contra mi pecho, esperando que el dolor ceda.

Necesito estar despierto.

Necesito estar alerta.

Porque ella sigue aquí, y no pienso fallarle.

—Quiero irme a mi casa.

—No.

Se detiene en seco, deja los labios entreabiertos. Sus ojos buscan los míos, esperando una explicación que no va a llegar.

—¿Puedo preguntarte algo? —dice al fin con un hilo de voz.

Asiento.

—¿Cuál es tu apellido?

La pregunta me pilla desprevenido, pero respondo sin pensar:

—DeLuca.

Ella repite mi nombre en voz baja:

—Enzo DeLuca.

La forma en que lo dice me eriza la piel.

Camino hacia el dormitorio y abro el armario. En silencio, doy gracias a mi abuelo por dejar siempre ropa de repuesto. Cojo una camisa de la percha, pero el simple gesto me arranca un gruñido ahogado. Cualquier movimiento es una tortura.

Siento su presencia detrás de mí. Su olor me envuelve: una mezcla de jabón y algo indescriptible que me estremece. Cierro los ojos un instante, intentando recuperar el control.

No debería afectarme así. No ahora.

—Déjame ayudarte —susurra.

Antes de que pueda negarme, se acerca. Sus dedos tiemblan al rozar la tela y, cada vez que abotona un botón, sus nudillos rozan mi pecho desnudo. Contengo la respiración, deseando que termine y, al mismo tiempo, anhelando que no lo haga.

Cuando llega al último botón, levanto la vista. Su rostro está tan cerca que siento el roce leve de su aliento. En sus ojos hay

confusión… y algo más, una chispa que me atraviesa y me enciende por dentro.

Ella retira la mano, como si el contacto la hubiera quemado.

—Ya está —murmura.

Sin pensarlo, la sujeto por la muñeca. No con fuerza, solo lo justo para detenerla.

—Marena…

Su nombre se escapa ronco de mi garganta. Ella alza la mirada y, durante un segundo, el mundo se detiene.

Si las circunstancias fueran otras, me giraría, le diría que todo irá bien. La abrazaría, dejaría que se apoyara en mi pecho y le ofrecería el calor que me está consumiendo por dentro.

Pero, en este mundo, la compasión es un lujo que no puedo permitirme.

—Quiero ver a Bria —insiste.

—Eso no es posible —respondo soltándole la mano.

—Estará preocupada.

—Fabio está con ella.

—¿Y qué le dirá?

—Lo que necesite saber, pero tú te quedarás aquí, de momento. Por cierto —añado antes de que pueda replicar—, necesito tu cámara de fotos.

Una exhalación brusca escapa de sus labios.

—¿Por qué? —pregunta llevándose instintivamente la mano a la medalla que cuelga de su cuello, como si buscara protección en ella.

El gesto me hace apartar la mirada. Pasado y presente se entremezclan durante un segundo que preferiría olvidar.

—En el coche me has dicho que has hecho fotos —le recuerdo con la voz más áspera de lo que pretendía.

Ella guarda silencio. Y entonces parece darse cuenta de la situación.

—Tengo fotos… que aún no he descargado.

Asiento, conteniendo la impaciencia.

—Seré cuidadoso —le aseguro con un tono que no deja espacio para dudas—. ¿Dónde está la cámara?

—Está sobre el sofá.

—Bien. Me la llevo.

Respira hondo, intentando mantener la compostura.

—Me están buscando, ¿verdad?

No tiene sentido mentirle.

—Saben que hay un testigo —afirmo sin rodeos—. Aunque no estoy seguro de si te vieron. Eso es lo que voy a averiguar.

—Puede que no me hayan visto —murmura, más como un deseo que una certeza.

—Dispararon, Marena.

—No hace falta que me lo recuerdes.

—¿Y tú? —pregunto despacio, observándola—. ¿Viste quién mató a ese hombre?

—No —responde tras una pausa interminable.

No la creo. Pero tampoco la presiono. Aún no.

—Entiendo —asiento—. Si recuerdas algo, me lo dirás.

—Todo pasó muy rápido.

Me sorprende su ingenuidad, o quizá sea negación. Esa calma que finge solo confirma que no comprende del todo la magnitud del peligro. Pero debo mantenerme inquebrantable. La veo bajar la cabeza, como si reuniera fuerzas para desafiarme.

—Necesito a Bria. He intentado llamarla, pero mi teléfono se ha quedado sin batería —comenta con un hilo de voz.

—Lo sé. Dante me lo ha dicho.

Su cuerpo se tensa. Da un paso atrás y apoya la espalda en la pared.

—Ya veo que lo tenéis todo bajo control.

Asiento mientras cierro la puerta del armario.

—Soy un hombre meticuloso. De ello depende mi vida… y ahora la tuya.

Me mira un instante antes de suspirar. No hace falta que diga nada; ese suspiro ya lo dice todo.

—No necesito un guardaespaldas.

—No soy tu guardaespaldas, Marena. Soy la consecuencia de lo que ha ocurrido esta mañana.

Sé que no se merece todo esto. Maldigo el día en que su vida se cruzó con la mía. Ojalá pudiera tener una bonita casa con jardín y una vida sin preocupaciones con un hombre normal. Alguien que no haya matado nunca, que no lleve el peso de la sangre en la conciencia.

Alguien que no sea yo.

Pero eso ya no es posible. Ha sido testigo de un crimen, y mi padre no se detendrá hasta encontrarla. Le perdonó la vida una vez. No lo hará una segunda.

Ella guarda silencio y, por algún motivo, eso me irrita.

—Eres una Fasoli. Sabes perfectamente a qué se dedicaba tu padre.

Su expresión confirma que no me equivoco.

—Sí.

Baja la mirada y me maldigo por traerla de vuelta a nuestro mundo. Pero le hice una promesa —aunque ella no lo sepa—: mantenerla a salvo mientras yo viva.

—A pesar de todo, quiero ver a Bria.

Suelto un bufido leve, cansado, mientras cojo una chaqueta de sastre del armario. Me dirijo hacia la puerta sin mirarla.

—No —digo con calma, aunque el tono no admite réplica—. Y esa es mi última palabra. El baño está allí y el dormitorio ya sabes dónde está.

—Ahora mismo no necesito ni una ducha ni una cama.

—Perfecto —respondo girando apenas la cabeza—. Pero, créeme, en unas horas vas a necesitar ambas cosas. Dante te traerá lo que haga falta, también algo para comer.

—¡Vete a la mierda! —grita—. Quiero mi libertad, mi vida… ver a mi amiga.

—No es posible, Marena —respondo con más brusquedad de la que pretendía. Me llevo la mano a la frente y paso los dedos por ella, intentando poner en orden mis pensamientos—. Necesito que estés a salvo. ¿Comprendes?

No contesta.

Así que me dirijo a la puerta antes de escuchar una nueva súplica. No creo que pueda soportarlo.

Recuerdo dónde me dijo que estaba la cámara de fotos. Voy hasta el sofá y la agarro al vuelo.

—Lo que necesite saber tu amiga, lo sabrá a su debido tiempo. Pero tú te quedarás aquí, de momento.

—¿Eres mi protector o mi verdugo? —pregunta con la voz rota.

Me giro despacio. La observo en silencio, valorando mi respuesta. Es preciosa. Demasiado joven. Vulnerable, aunque intenta disimularlo tras una fachada de orgullo. Con probabilidad no sabe a qué se enfrenta.

Y, aun así, algo en ella me atrae con una fuerza que roza la desesperación. Pensé que había enterrado ese sentimiento hace años, pero estaba equivocado.

—Ambas cosas —respondo con voz baja y tensa—. Porque, si no te protejo, no podré soportar lo que soy.

Ella me observa con los ojos llenos de lágrimas.

Joder…, verla así hace que rechine los dientes.

—Escucha —añado intentando mantener la calma—: en nuestro mundo los pecados se heredan. Nadie traiciona y vive para contarlo.

—¿Qué quieres decir con eso? —susurra cruzando los brazos.

Abro la puerta y la miro antes de salir.

—Eso fue lo que le pasó a tu padre.

CAPÍTULO 7

ENZO

Después de una comida tensa, el silencio de la biblioteca pesa más que la nube de humo del habano suspendida en el aire. El olor a cuero, madera vieja y tabaco impregna el ambiente como un recordatorio de quién manda aquí.

Mi padre ocupa, en su butaca favorita, el trono desde el que ha dictado órdenes y sentencias toda su vida. En una mano sostiene la copa de *whisky*; en la otra, el puro que consume con parsimonia. Cada vez que da una calada, la brasa ilumina fugazmente su rostro, revelando las arrugas de un hombre que ha visto —y provocado— demasiado sufrimiento. En ese instante, el hielo tintinea contra el cristal: un sonido seco, preciso, casi amenazante.

Bruno está de pie junto a la chimenea. Tiene la chaqueta desabrochada, la postura relajada de quien parece tranquilo, pero sus dedos no dejan de jugar con el mechero de plata que lleva siempre encima. Clic. Cierra. Clic. Cierra. Ese sonido se mezcla con el crujido de los leños ardiendo… y con la tensión que ninguno se atreve a romper.

Intento mantenerme impasible, aunque el dolor del hombro late con una fuerza abrumadora. Hago un esfuerzo titánico por permanecer quieto, pero, de forma instintiva, me llevo la mano a la herida. En cuanto noto los ojos de Bruno clavarse en mí, dejo caer el brazo y enderezo la espalda. No puedo permitirme mostrar debilidad delante de ellos.

—No hay rastro de ella —informa Bruno con voz grave.

El viejo levanta despacio la vista de su copa. Sus ojos grises, fríos como el acero, se clavan primero en mi hermano y luego en mí.

—¿Cómo que no hay rastro? —pregunta sin alterar el tono, aunque cada palabra suena como un golpe de martillo—. Esta mañana había alguien allí. Lo vi con mis propios ojos.

Intento mantenerme inmutable, inmóvil, atento al desarrollo de la conversación, como un espectador que sabe que pronto le tocará salir a escena. Saben que es una mujer, y eso me deja en desventaja. Mientras tanto, me limito a girar el vaso entre los dedos, observando cómo el licor se arremolina en el fondo.

—¿Quieres explicarme —continúa mi padre, inclinándose hacia delante— cómo es posible que la única persona que puede delatarnos a la policía haya desaparecido como por arte de magia?

—Tuvo ayuda —responde Bruno, conteniendo su furia.

Mi padre suelta una risa breve cargada de desprecio.

—Siempre hay una excusa, ¿verdad, Bruno? —dice arrastrando las palabras con una calma que resulta más peligrosa que los gritos—. Pero las excusas no entierran muertos ni hacen desaparecer testigos.

Bruno aprieta la mandíbula, como si tuviera que controlarse.

Los observo en silencio. Es curioso cómo los genes pueden ser tan traicioneros. Son casi una copia: morenos, de tez aceitunada, ojos avispados, la misma estatura media y ese aire de orgullo que parece heredarse junto con la sangre.

El silencio se espesa; el tic-tac del reloj parece marcar una cuenta atrás. Bruno deja el mechero sobre la repisa y rompe la tensión con una voz áspera:

—La encontraremos. No te volveré a fallar.

Conozco lo suficiente a Bruno para confiar en esa promesa: moverá cielo y tierra hasta dar con Marena.

—¿Pudiste verla bien? —pregunta Bruno.

Mi padre, Leonardo DeLuca, niega con la cabeza mientras se lleva el habano a los labios. Una densa nube de humo se escapa de su boca y nariz, y en la comisura se le forma un rictus amargo.

—De haberlo hecho, estaría muerta.

—¿Y los hombres tienen alguna pista? —inquiere Bruno.

—No —responde ofuscado—. Pero la encontraré.

Me siento obligado a intervenir:

—¿Se puede saber qué coño ha pasado esta mañana y a quién estamos buscando?

Bruno se adelanta antes de que mi padre responda:

—Papá ha ajustado cuentas con uno de los rusos.

—No tienes bastante con las Familias, ¿que ahora quieres líos con los rusos?

—Nadie entra en mi territorio y me roba lo que es mío. Creo que el mensaje les ha llegado alto y claro.

Endurezco la expresión.

—El muelle no está vacío por las mañanas. Pescadores, turistas, repartos… —me giro hacia Bruno—: ¿A qué hora sucedió?

—Poco después del amanecer.

Asiento despacio, como si aceptara la versión que quieren oír.

—Entonces, no es una chica cualquiera. Si estaba allí a esa hora, o trabaja cerca o vive en la zona.

Mi padre alza la vista, observándome.

—¿Y?

Me enderezo en la silla.

—Aún no ha ido a la policía, ¿no?

—Eso no lo sabemos —responde Bruno.

—Puede ser cualquiera, y no podemos, o no debemos, crear un conflicto con la policía. Estará muerta de miedo y no dirá nada.

—No habrá ningún tipo de conflicto con la policía, créeme —replica mi padre.

Respiro hondo. No hay opción: tengo que creerlo. Él no habla por hablar.

—De acuerdo. Entonces, me encargaré de revisar las cámaras del puerto, preguntar en los bares y en los *parkings* cercanos. Nadie desaparece sin dejar rastro.

Espero que el plan surta efecto.

El gesto de mi padre se suaviza.

—Hazlo.

—Gracias por la confianza —digo al fin, aunque mi voz suena más tensa de lo que pretendía.

Quizás sea eso o tal vez el modo en que lo digo, lo que hace que mi padre me sonría.

—Cambiando de tema —indica con una calma que presagia tormenta—, tengo entendido que hoy has ido al casino.

Carraspeo incómodo. Siento las miradas de ambos sobre mí, buscando algún tipo de reacción.

—Así es.

—¿Hablaste con Victor?

—Sí.

—¿Todo va bien? —pregunta Bruno.

—Estoy en ello —respondo, y noto cómo la desconfianza flota entre nosotros.

Mi padre apoya la copa en la mesa de mármol con un golpe seco.

—Espero que no hagas ninguna tontería —comenta a modo de advertencia.

—Confía en mí —replico con voz gélida.

Un mutismo incómodo llena el salón durante unos segundos. Solo se oye el crepitar del fuego en la chimenea. Entonces mi padre deja escapar un suspiro cansado.

—Tu abuelo también decía eso —murmura antes de llevarse la copa a los labios.

Bruno abre la boca, dispuesto a intervenir, pero mi padre alza una mano exigiendo silencio.

—Voy a celebrar una fiesta.

Mi hermano y yo nos miramos.

—Hay que poner orden entre las Familias. Y yo, como nuevo Don, debo hacerlo. —Aspira el habano y una voluta de humo se eleva hasta el techo antes de desvanecerse—. Quiero que vengan todos, incluso esa muchacha… ¿Cómo se llama?

Espero. Dejo que el silencio se dilate unos segundos. Puedo sentir cómo el aire se espesa, cómo mi pulso se acelera.

—¿A quién te refieres? —pregunto.

Mi padre se reclina despacio en el sillón y se acaricia el lóbulo de la oreja antes de dar otro trago.

—La vi en el cementerio.

Trago saliva. El olor del habano se mezcla con el del *whisky* y el cuero viejo, mientras lucho por mantener el rostro imperturbable.

—¿A quién viste? —inquiere Bruno, observándome de reojo.

El viejo asiente despacio.

—A la hija de Vittorio Fasoli. —Mi padre esboza una sonrisa que haría enorgullecer al mismísimo Lucifer—. Se parece a su madre. Tiene una de esas bellezas que no se olvidan fácilmente. —Clava en mí sus ojos grises—. ¿Puedes encargarte, Enzo? —pregunta aspirando una nueva bocanada de humo.

—¿Por qué yo?

—¿Por qué no? Parecías interesado en ella en el cementerio.

—No sé de qué hablas —respondo indignado.

—Da igual. Quiero que venga, y tú te encargarás de que lo haga.

Mi padre puede ser bastante imbécil cuando se lo propone, eso ha quedado demostrado.

—¿Crees que es buena idea? —indico sintiendo cómo se me tensa la mandíbula.

—Es una de los nuestros, ¿no? —Su voz es un susurro áspero, cargado de algo que no alcanzo a entender.

—Es hija de Fasoli —logro decir, conteniendo las ganas de añadir más.

Lo sabe. No hace falta que se lo recuerde.

—Lo sé —asiente con una calma que me eriza la piel—. Por eso, debe asistir.

—¿Y si no lo hace? —sugiero.

Su sonrisa se desvanece.

—Morirá, como lo hizo su padre. Si no viene, lo tomaré como una traición.

—Es inocente —insisto—. Eso no sería justo.

—Siempre será una Fasoli, hasta el día que muera —ruge mi padre—. Y tú, mejor que nadie, deberías saber que los traidores no merecen piedad. La traición corre por sus venas, Enzo.

—Ella no tuvo nada que ver con lo que hizo su padre —replico con los puños apretados.

Se ajusta el gemelo de la camisa, como si el simple gesto pudiera ordenar sus pensamientos.

—Entonces, ¿por qué no la mataste aquel día? —pregunto.

—Aunque no te lo creas, no asesino a niñas. Vendrá a la fiesta —ordena con una voz que da por finalizada cualquier discusión

—. Si no lo hace, morirá. Tú decides.

Cabrón.

Se levanta, cansado, como si el peso de sus decisiones lo aplastara.

—Os haré llegar los detalles. Estoy agotado. Será mejor que me retire. ¿Dormirás aquí?

—No, lo haré en el casino.

—Me lo imaginaba —responde, dándome una pequeña palmada en la mejilla. Su gesto es una mezcla de afecto fingido y advertencia—. No olvides que esta sigue siendo tu casa.

Los hombros de Bruno adoptan una postura defensiva, pero no dice nada.

La puerta se cierra tras él con un leve chasquido. La estela que deja resuena en la biblioteca como una sentencia.

Durante unos segundos, ninguno de los dos se mueve. No puedo evitar pensar en lo que acaba de decir mi padre. Si me llevara a Marena lejos, mi padre la encontraría. Está más segura bajo mi protección.

Y entonces lo entiendo: no es solo venganza.

Es algo peor.

Quiere exhibirla como un trofeo.

Solo se oye el tic-tac del reloj y el crepitar del fuego que agoniza en la chimenea.

Bruno coge el mechero de la repisa y lo enciende con un chasquido seco. La llama ilumina sus rasgos duros y la sombra de una sonrisa cínica en el rostro.

—Eres su favorito —afirma sin rodeos.

—No empieces.

—No lo digo por envidia —replica, dándole una calada al cigarro recién encendido—. Solo intento entender por qué sigues vivo.

Sus palabras me duelen, pero no le doy el gusto de ver mi reacción.

—Porque soy útil —respondo con la voz más fría de lo que esperaba.

Bruno suelta una breve risotada antes de dar otra calada.

—Hasta que dejes de serlo. Ya sabes cómo funciona esto, hermano.

Nos quedamos frente a frente, separados por un denso y frágil silencio. En su mirada hay rabia, frustración… y algo que se parece demasiado al odio.

—Vete a la mierda, Bruno.

La risotada de Bruno se convierte en carcajada.

—No me malinterpretes. Tú tienes el casino y yo, ahora, me haré cargo del *pub*. El viejo dice que necesita más tiempo, ahora que ese el nuevo Don.

—Enhorabuena, ya tienes lo que quieres.

El gesto de Bruno es indescifrable. Tira la colilla del cigarro al fuego de la chimenea y se acerca a mí. Me da una palmada en la espalda que hace que la herida me arda como si me hubieran clavado una barra al rojo vivo, pero no lo dejo entrever.

—Cuida tu espalda, hermano. Uno nunca sabe de dónde viene la bala.

MARENA

Suspiro, exhausta, y dejo que mi cuerpo resbale por la pared fría de la bañera.

El agua caliente me recorre las rodillas, las costillas, el cuello…, pero no logra calmar la inquietud que me recorre por dentro.

Me froto las mejillas húmedas, intentando apartar las imágenes del muelle que vuelven, una y otra vez, como un bucle interminable y doloroso.

Cierro los ojos. Las burbujas de jabón se adhieren a mi piel y su aroma dulzón flota en el aire. Esbozo una sonrisa triste. Soy una ingenua al pensar que esto pasará pronto. No va a ser así.

Entonces escucho un portazo.

El silencio que le sigue es tenso, expectante.

Chapoteo en el agua con el corazón desbocado. Aprieto los dedos contra el borde de la bañera cuando oigo pasos.

Miro alrededor, buscando el albornoz, y lo descubro en el suelo.

Maldigo en silencio. Me inclino y estiro el brazo para alcanzarlo, pero mis dedos apenas lo rozan.

Cuando escucho que hay alguien detrás de la puerta, me hundo de golpe hasta el cuello. El agua rebosa, resbala por el borde y salpica el mármol con un chapoteo sordo.

La manilla gira.

La puerta se abre.

—¡Sal y vístete! —brama Enzo, apoyado en el marco de la puerta, con los ojos brillando de ira contenida.

Lo miro, enfurruñada, incapaz de darle la contestación que se merece.

—Por si no te has dado cuenta, me estoy dando un baño —contesto con voz cortante.

—Sal ya, Marena. —Su tono no admite réplica.

—Eres un arrogante.

—Y tú tienes problemas.

Me echo hacia atrás y el agua se agita a mi alrededor, volviendo a salpicar los bordes de la bañera. La espuma se ha disipado y la superficie deja ver más de lo que me gustaría. Me cubro los pechos con los brazos y lo fulmino con la mirada, desafiante.

—¿Qué quieres decir? —pregunto, temiendo lo peor.

—Tenemos que hablar de lo que ha pasado.

—Ya hablamos de eso —alego, intentando mantener la calma.

—No con detalle. Es importante, Marena.

—No quiero hablar contigo.

Si me niego a hacerlo, tal vez los recuerdos se desvanezcan y todo vuelva a ser como antes.

—Mala suerte. —Se endereza y su expresión se endurece—. ¡Sal de bañera! Te espero afuera.

Nuestros ojos se encuentran un segundo. Está furioso. Se contiene, pero le cuesta.

Mi mente trabaja a toda velocidad, y solo me preocupa una cosa: volver a mi vida.

—No puedes hablarme así.

—¿Así cómo? —pregunta, serio, cruzándose de brazos con una parsimonia que hace que me chirríen los dientes.

—Como si fuera una adolescente.

—Pues deja de comportarte como tal.

Estoy alucinando.

—¿Sabes qué? Eres… —Me incorporo de golpe, sin pensar en mi desnudez.

Él ni se inmuta. Permanece ahí, de pie, con esa calma irritante que me enciende aún más.

Salgo de la bañera. Agarro el albornoz al vuelo, me lo pongo con movimientos torpes y me lo ato a toda prisa, intentando no resbalar sobre el mármol mojado.

—Puede que seas un tipo increíble, el héroe que salva a mujeres en apuros. Pero cuando sale tu prepotencia, eres… eres… eres…

—¿Soy qué, Marena?

—¡Eres un cabrón de cuidado! —espeto rabiosa.

Ni se inmuta.

—Te espero en el salón —dice al fin, antes de girarse y cerrar la puerta con tal serenidad que me dan ganas de romper algo.

Helada, con el pelo empapado y goteando, vuelvo a la habitación. Tropiezo con las Converse y las aparto de un puntapié. Al quitarme el albornoz, cae a mis pies. Busco mi ropa sobre la cama y me visto a toda prisa: las bragas, el pantalón, la camiseta… Pensaba que un baño me relajaría, pero solo ha servido para ponerme aún más nerviosa.

Salgo del dormitorio. La ira se torna en lágrimas y lloro en silencio. Dejo de lado a la mujer que intento ser para convertirme, una vez más, en la chica de diecisiete años que vio morir a su padre ante sus ojos.

No entiendo nada. Me vienen a la mente *flashbacks* del pasado, recuerdos de mis padres riendo, felices. De Micco, nuestro pastor alemán, que murió en aquella fatídica fiesta.

Odio mi cumpleaños.

¡Ojalá mi mente no estuviera tan confusa! ¡Ojalá pudiera recordar qué ocurrió aquel maldito día!

Necesito salir de aquí, estoy desesperada por huir de él…, de mí misma.

Sé que fui una imprudente, que he cometido muchos errores, pero ninguno tan grande como el de olvidar quién soy.

No sé en qué estaba pensando al quedarme aquí.

Vuelo hacia la puerta del ático. Paso de largo cuando Enzo me atraviesa con la mirada, pero lo ignoro. Me relajo solo un instante al tocar la manilla fría bajo mis dedos. Podría marcharme, la puerta no está cerrada con llave. Mis músculos, inmóviles, tensos, ignoran las órdenes de mi cerebro. Y todo porque una orden más poderosa me susurra que me dé la vuelta, que entre en razón, que no corra.

Apoyo la frente en la puerta y cierro los ojos. Intento luchar contra lo que deseo, contra el miedo, contra mí misma. Golpeo la pared, una y otra vez, mientras las lágrimas me nublan la vista.

No puedo marcharme.

Respiro hondo. Consigo dar la vuelta hasta que estoy de espaldas a la puerta.

Enzo está ahí. De pie. En silencio. Me observa por encima del borde de la copa, con esa calma que me desarma.

ENZO

Odio verla así. Tan vulnerable. Tan perdida.

—Puedes irte, si es eso lo que quieres —murmuro, dejando la copa sobre la mesa.

Marena niega con la cabeza. Se desliza por la puerta hasta que se queda sentada en el suelo. Se lleva las rodillas al pecho y esconde en ellas la cara. Hay algo devastador en su silencio. Se derrumba desconsolada, quizás por rabia o por el recuerdo de lo ocurrido esta mañana.

Guardo silencio.

Camino hacia ella despacio. Cuando me agacho y la recojo del suelo, noto cómo tiembla. La levanto con cuidado y, sin pensarlo,

mis labios rozan su mejilla. Ella, en respuesta, rodea mi cuello con sus brazos.

Es tan suave, tan frágil, que temo que se rompa contra mi pecho.

—No llores, por favor.

Levanta la mirada vidriosa, quizás sorprendida por mi tono de voz.

Mi súplica produce el efecto contrario y sus lágrimas empapan mi camisa cuando vuelve a estrecharse contra mí.

Susurro palabras tranquilizadoras. Funciona. Empieza a calmarse y sus sollozos se vuelven menos violentos contra mi cuerpo.

—No voy a permitir que te pase nada malo —murmullo contra su cabello.

Sigue húmedo, pero ahora eso es lo que menos me importa. La siento junto a mí, en el sofá.

Entiendo su incertidumbre, su miedo. Se creía a salvo y ahora, por una broma del destino, ha regresado a la casilla de salida. Aprieto los dientes, recordando que, si algo está destinado a ser, siempre encontrará su camino.

—Soy una estúpida.

—Para nada. Eres una mujer increíble —le contesto.

No dice nada, pero su respiración cambia, más lenta… más profunda.

—¿Por qué no te has ido?

Se tensa antes de apartarse de mi pecho. Luego se limpia las mejillas con los pulgares. Su mirada se pierde en algún lugar de la estancia. Respira hondo y, cuando creo que no va a responder, me mira y murmura:

—Tengo miedo.

—¿De mí? —pregunto casi molesto.

—No. —Baja la mirada.

Su respuesta deja demasiadas incógnitas en el aire, así que le tomo la barbilla con suavidad y la obligo a mirarme.

—Explícate.

—No sé ni por dónde empezar.

—Por el principio estaría bien —indico sin apartar los ojos de ella—. Puedes confiar en mí, sea lo que sea lo que te preocupe. Pero no sabré cómo ayudarte si no decides contármelo. Y, si prefieres no hacerlo, lo entenderé… Aunque desearía que confiaras en mí.

Me mira. Siento cómo me clava sus bonitos y grandes ojos verdes. Sus pestañas siguen húmedas, sus mejillas aún sonrosadas. La imagen de su cuerpo saliendo de la bañera me golpea con fuerza y tengo que hacer un verdadero acto de fe para no excitarme de nuevo, para mantenerme centrado en la conversación.

—Sé quién eres, Enzo DeLuca.

Todo mi cuerpo se tensa: mi mente, mi corazón también. Pasado y presente vuelven a entremezclarse, enredándose en un mismo latido. Pase lo que pase, ella marcará un antes y un después en mi vida. Respiro hondo y no le doy tiempo a que continúe:

—No soy el enemigo a batir.

Me sostiene la mirada un segundo y luego la baja.

—¿Estás seguro?

Asiento en silencio.

Me siento culpable por ocultarle la verdad. Aunque no necesito su perdón ni su compasión… Pero, si me los ofreciera, creo que los aceptaría sin dudarlo.

—¿Mi padre era un traidor?

Sopeso su pregunta un momento.

—Tu padre fue un hombre al que le pusieron entre la espada y la pared.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Estoy seguro de que cuando tomó una decisión, lo hizo pensando en ti.

Suspira despacio, como si le costara. Cojo sus mejillas con ambas manos y pego mi nariz a la suya.

—Estoy confusa, pero, sobre todo, frustrada.

—Es comprensible.

—No estoy segura de querer saber lo que ocurrió —admite—. Una parte de mí prefiere vivir en la ignorancia, y otra necesita enfrentarse a la verdad. No recuerdo bien aquella tarde —añade con

voz temblorosa—, pero sé que alguien de tu familia asesinó a mi padre. ¿Fuiste tú?

Frunzo el ceño cuando vuelve a bajar la mirada.

Me agacho para ocupar su campo de visión, apoyo una rodilla en el suelo y le levanto la cabeza con suavidad. Su bello rostro carece de emoción alguna.

—No.

Suelta el aire con una resignación silenciosa, como si intentara calmarse.

—Entonces, ¿qué haces cada viernes frente a la librería? —inquiere alzando una ceja—. Llevas tiempo haciéndolo. No puedes negarlo.

No tardo en atar cabos. Sabía que este momento llegaría, pero enfrentarse a ello es otra cosa. Necesito saber qué está pasando por esa cabeza suya, tan compleja como impredecible. Tenso la mandíbula antes de responder:

—Te protejo.

—¿De quién? —Su tono es más de reproche que de miedo.

Ella no lo sabe, pero sé que está decidida a descubrir la verdad sobre aquella tarde. Y, por más que quisiera detenerla, no puedo. Me siento más culpable que nunca, responsable de lo que pueda ocurrirle.

Guardo silencio unos segundos. Hay cosas que todavía no puedo decirle. No sin ponerla en peligro.

—De alguien peligroso —respondo al fin.

—¿Por eso estabas esta mañana en el muelle?

—Sí.

Ella me observa con los ojos muy abiertos.

—¿Sabes quién es?

Asiento con la cabeza, sin añadir más.

—Me está buscando, ¿verdad? —susurra.

No puedo mentirle.

—Estoy intentando que no te encuentre. Eres una testigo y podrías ir a la policía.

Levanta la cabeza, estupefacta.

—No lo haré. No lo delataré. Ni siquiera sé quién es.

Su voz suena apremiante, casi una súplica.

—Eso es algo que ni tú misma sabes si cumplirás —replico, sin suavizar el tono.

—Créeme, no lo haré —insiste.

Sonrió para mis adentros; es tan ingenua.

—¿Sabe que estoy aquí? —pregunta de repente, alarmada.

—No. Y, si te quedas, podré seguir protegiéndote, pero si te vas… —Dejo la frase suspendida en el aire.

—¿Qué quieres decir?

Dudo apenas un segundo, pero sé que lo nota.

—Confía en mí —añado, sin darle oportunidad a seguir preguntando—. Y, cuando sea el momento, lo sabrás.

Su respiración se agita. No sé si por miedo o por desconfianza.

—No tengo muy claro que pueda confiar en ti —murmura al fin.

Si le dijera la verdad, la pondría en peligro. No sabría disimular si llegara a tener a mi padre cara a cara.

—Tendrás que acatar mis condiciones o marcharte. Tú decides.

Su mirada se mantiene fija en mí, desafiante, pero bajo esa fachada percibo la duda. Sé que no termina de fiarse, aunque ahora eso no importa. Lo esencial es mantenerla a salvo.

—¿Qué querías decirme cuando entraste al baño? —recuerda de pronto.

La pregunta me pilla desprevenido; noto cómo contengo el aliento. Me aclaro la garganta antes de volver a sentarme a su lado, en el sofá.

—Mi padre va a celebrar una fiesta.

—¿Una fiesta? —repite incrédula.

—Sí. Lo cierto es que a mí también me ha pillado por sorpresa.

Baja la mirada un instante, pensativa, como si tratara de procesar lo que acabo de decirle.

—¿Y quiere que asista? —pregunta finalmente.

—Eso es.

—No sé si es buena idea —protesta con voz débil—. Acabas de decirme que si salgo del ático puede ser peligroso.

—Irás conmigo. Como mi acompañante. Yo te protegeré.

Asiente y respira hondo.

—Creo que haría cualquier cosa por salir de aquí. —Me devuelve la mirada, incómoda—. No tengo nada que ponerme.

—Eso no será un problema —le digo—. Yo pagaré el vestido y todo lo que necesites.

—No creo que eso esté bien.

—Deja de pensar tanto y acepta la invitación. —Sonrío y le guiño un ojo.

Ojalá entienda que solo quiero protegerla. Le he pedido que se quede, pero no estoy seguro de que lo haga. La quiero a mi lado todo el tiempo. No puedo explicarlo sino como un profundo deseo…, una necesidad de tenerla junto a mí. Pensando así me convierte en un jodido necesitado, pero no me importa.

Mis dedos rozan su hombro con suavidad. No quiero asustarla, pero necesito que sienta que estoy aquí. Que no me alejaré. Ella me mira con esos ojos suyos —preciosos, inteligentes, capaces de leerme como nadie— y, por un instante, creo ver en ellos el mismo destello de esperanza que llevo dentro.

Mi padre ha visto a Marena. Lo conozco: la usará como un peón más en su juego. Pero esta vez no. Esta vez, no lo permitiré.

Se levanta del sillón, me da la espalda sin mediar palabra, pensativa.

—¿Podrá venir Bria?

—¿Quieres que vaya?

—Me gustaría, sí —afirma volviéndose hacia mí.

—¿Estás segura? Bria no pertenece a nuestro mundo.

Se muerde el labio inferior, dubitativa, y eso me desarma.

—Quiero hablar con ella primero.

—Piénsalo, Marena. Una vez que hayas puesto a Bria al corriente de tu situación, no habrá marcha atrás —declaro con determinación.

Se encoge de hombros.

—¿Fabio está ahora con ella?

—Sí. No permitiría que le sucediera nada malo.

Veo en sus ojos un brillo que no había visto antes.

—Quiero verla, hablar con ella —insiste.

Se lleva las manos al pelo y entonces me percato de que sigue húmedo.

—Será mejor que vayas a secártelo o pillarás una neumonía.

Ha sonado más a una orden que a una sugerencia, pero no me disculpo.

—No puedes decirme lo que puedo o no puedo hacer con mi pelo, Enzo.

Me gusta cómo suena mi nombre en sus labios. Quizás por eso, sonrío.

—Ya te acostumbrarás.

CAPÍTULO 8

MARENA

La tienda es un sueño para cualquier mujer. Huele a elegancia, a un perfume que no logro identificar. El murmullo de la música clásica y el tacto suave del mármol bajo mis Converse hacen que mire a Bria y sonría.

Estar juntas en este paraíso de la moda es un sueño hecho realidad.

Las luces, tenues y cálidas, acarician cada vestido como si fueran joyas expuestas en un museo privado. No hay estridencias ni colores chillones, solo tonos que invitan a soñar.

Mis dedos rozan las perchas de madera clara. Seda, encaje, tul… texturas que parecen prometer noches inolvidables, de pieles que respiran bajo la tela. Paso los vestidos uno a uno, buscando algo que encaje conmigo.

Y entonces entre el negro azabache y el rojo granate, lo veo.

Es largo, etéreo, de un marfil que no es blanco ni beis. Es un tono imposible de describir. La seda cae en cascada y los tirantes, finos como hilos, solo acentúan su elegancia. No hay costuras que rompan su pureza, solo líneas limpias.

Lo acaricio; la seda es suave como el tacto del pétalo de una flor. Mis dedos llegan a la etiqueta y abro la boca horrorizada por el precio.

La dependienta, con un lápiz de color rojo impecable en los labios, se acerca a mí y esboza una sonrisa perfecta.

—Pruébeselo.

Suelto el vestido de inmediato, como si me quemara.

Me ruborizo.

—No, no creo que sea para mí —miento.

Bria se acerca a nosotras.

—Vayámonos cagando leches —murmura gesticulando a espaldas de la dependienta.

Levanto la mirada y me encuentro a Fabio, de pie en la puerta, observándonos con gesto impertérrito.

—Gracias. Ya volveremos en otro momento.

La dependienta me dedica una mirada cargada de lástima, consciente de que acaba de perder una gran venta. Aun así, mantiene la sonrisa —seguro que le han enseñado a hacerlo— y se aparta con elegancia para dejarme pasar.

Cuando llegamos a la puerta, Bria me agarra del brazo y salimos con paso apresurado. En cuanto estamos fuera del alcance de la dependienta estallamos en una carcajada al unísono.

—¿Has visto esos precios?

—Sí —respondo, recordando la cifra que vi en la etiqueta.

—¿Quién te recomendó esta tienda?

Pienso en Enzo y lo que dirá cuando sepa que no he comprado el vestido. Palpo el bolsillo y siento la tarjeta de crédito que me dio para ir de compras.

—Enzo.

Bria me mira con los ojos entrecerrados.

—¿Es un hombre de fiar?

Asiento, pero guardo silencio. Me observa un instante, esperando que añada algo, pero no lo hago. Necesito una inyección de realidad. Estar encerrada en el ático me ha pasado factura. Es una jaula de oro, pero sigue siendo una jaula.

—No me importa que estés con hombres y te diviertas —cuchichea caminando a mi lado con ese andar sofisticado y preciso que delata a una bailarina—, pero no entiendo por qué no me llamaste.

—Ya te lo dije, me quedé sin batería.

—Marena, estamos en la era de la tecnología. Todo el mundo tiene un móvil a mano.

Murmuro una respuesta incoherente, porque no quiero alentar los pensamientos de Bria; puede ser muy fantasiosa cuando quiere.

—¿Vamos a tomar un vino? —propongo.

—Eso estaría bien. —Mira hacia el cielo, como si buscara algo, y luego me mira—. Esta mañana casi me atraganto con los cereales cuando te vi entrar en la buhardilla.

—Lo sé, y lo siento —respondo afable—. Es largo de contar.

—Y luego me dices que nos vamos de compras a una de las *boutiques* más elegantes de Nueva York.

—Fue Enzo quien me lo sugirió.

—¿De dónde ha salido Enzo, Marena? —Levanta una mano antes de que responda—. Y te lo pregunto porque ese tipo que nos acompaña lleva dos días durmiendo en nuestro sofá. Así que ve al grano.

Enhebro mi brazo con el suyo y resoplo mientras continuamos andando por *Madison Avenue*, entre escaparates que brillan bajo las luces doradas de la tarde. Los taxis tocan el claxon, las bolsas de diseño se balancean entre los pasos apresurados y el murmullo de la ciudad, mientras el aire frío huele a café y a perfume caro.

No necesito mirar atrás para saber que Fabio nos sigue. Lo siento como una sombra. Sé que llevar escolta es una decisión de Enzo, me lo dejó muy claro antes de salir del ático.

Me armo de valor y, mientras caminamos, le cuento a Bria lo que vi en el muelle: un asesinato a sangre fría, la aparición de Enzo… y le hablo del ático del casino.

Bria se detiene en seco en mitad de la acera, obligando a la marea humana que nos rodea a esquivarnos con empujones y resoplidos. De reojo, distingo a Fabio abriéndose paso entre la gente con el ceño fruncido.

—Este lugar no es seguro. Moveos.

—Tú no me das órdenes —grita Bria por encima del bullicio.

Los ojos de Fabio se oscurecen de inmediato mientras la taladra con la mirada.

—Debéis buscar otro lugar. ¡Ahora!

Su tono no deja lugar a dudas; está siguiendo órdenes directas de Enzo. Refunfuñando, entro en la primera cafetería que encuentro y arrastro a Bria conmigo, escapando del gentío y de las miradas.

—¿Se puede saber lo que te pasa? —le pregunto, todavía con el pulso disparado.

—¿Que qué me pasa? —Se adelanta a mí, levantando las manos y dejando caer el bolso sobre una silla—. Ese tío apareció en «nuestro» apartamento diciendo que venía de tu parte y que se quedaba. «Que se quedaba», Marena. Así, como quien pide una *pizza*. Y cuando le dije que no, va y se sienta en el sofá. ¿Quieres explicarme qué demonios está pasando? —Baja la voz, pero solo un poco—. Y ahora vienes con esa historia del muelle, del asesinato, del casino… y ese tal Enzo. ¿Te escuchas?

La gente en la cafetería empieza a mirarnos. Yo solo atino a rodear su codo con mi mano.

—Bria, por favor. Siéntate.

Contra todo pronóstico, me hace caso. No porque esté calmada, sino porque está impactada. Aun así, su pierna comienza a botar bajo la mesa como si estuviera pisando un acelerador invisible. Un camarero pasa cerca, pero al ver la tensión decide girar en redondo. No le culpo.

—Empieza a hablar —exige Bria entre dientes—. Y más te vale que lo que digas tenga sentido, porque ahora mismo estoy a dos segundos de llamar a la policía, al FBI o a quien haga falta.

Trago saliva. Ojalá pudiera decirle que exagera. Ojalá exagerara yo.

—Bria, no sabía que Fabio —pronuncio el nombre con cuidado — iba a presentarse así. Pensé que… que iría a verte y te diría dónde estaba. No que se instalaría en casa.

Ella abre las manos, incrédula.

—¿Te estás escuchando? Marena, ese hombre mide casi dos metros y parece un buldócer vestido de Armani. ¿De dónde narices sale?

—Trabaja para Enzo.

—Trabaja para Enzo —repite—. Estupendo, esto mejora a cada momento.

La culpa me aguijonea otra vez. No puedo mentirle; si lo hago nuestra amistad se irá a pique, y bastante caos tengo ya encima.

—Lo siento.

—¿Lo sientes? —murmura aturdida—. ¿Esa es tu explicación? Porque necesitaría, como mínimo, un manual, un organigrama o un psicólogo especializado en crisis existenciales para procesar todo esto.

Me gustaría huir de la cafetería sin mirar atrás. Fingir que esto no está pasando. Pero esa opción queda descartada. Ella también podría estar en peligro. Pienso en lo que me dijo Enzo sobre hablarle de «nuestro mundo», pero sé que no tengo escapatoria. Bria forma parte de mi vida, igual que yo de la suya. Cualquiera que me investigue llegaría a ella. Y, si algo caracteriza a la mafia, es que no tiene fronteras.

Bria suspira, se recuesta en la silla y me mira como quien espera que le cuenten el final de un *thriller* mal escrito.

—De acuerdo, lo sientes —dice al fin—. Y ahora, lo del muelle —prosigue—. ¿De verdad viste un asesinato? ¿De verdad sale un tipo de la nada y te salva? Joder, Marena, es que parece una serie de Netflix.

Me froto la frente. La historia suena peor cada vez que la digo en voz alta.

—¿Por qué no has ido a la policía?

—Porque no puedo.

—No lo entiendo, Marena. Lo intento, de verdad, pero esto es de locos.

Bria suspira otra vez, más hondo, como si se preparara para una verdad que no quiere escuchar.

—Necesito que confíes en mí —susurro.

—La verdad…, cuesta creerte. —Se inclina hacia delante y apoya las manos sobre la mesa—. Si me dices que te has colocado, lo entendería. ¿Lo has hecho?

—No.

—Joder…

No quiero complicar más las cosas. Bria es buena, demasiado buena. Confía en la gente y no ve el peligro hasta que lo tiene encima. Necesita saber lo esencial para cubrirse las espaldas. Si le pasara algo por mi culpa, no me lo perdonaría nunca.

—Es la mafia.

Bria se queda inmóvil. Parpadea una vez y luego frunce el ceño.

—¿De qué demonios estás hablando?

—Es largo de contar —murmuro, consciente de lo estúpido que suena incluso para mí.

—Estás de broma, ¿no?

No respondo. No puedo.

Bria inclina la cabeza, impávida, y entonces hace lo que mejor sabe hacer cuando su cerebro colapsa: toma el mando.

Levanta el brazo, llamando al camarero.

—Traiga su mejor botella de vino. La más cara. La que sirvan cuando alguien confiesa un crimen o un embarazo no deseado.

El camarero me mira, desconcertado, y yo solo me encojo de hombros.

—¿Crees que una botella de vino ayudará?

—No lo sé —afirma Bria sin perder la compostura—, pero la última vez que hice esto desperté en una cama con dos tíos desconocidos y sin bragas. Algo hará.

Trago saliva. Rehúyo su mirada y busco a Fabio, que no nos quita ojo desde la barra. Ruego mentalmente que no sepa leer los labios.

ENZO

Guardo el móvil y niego con la cabeza mientras bajo los escalones hacia el sótano. El eco de mis pisadas se mezcla con el zumbido constante de las máquinas de conteo. Al fondo, la luz blanca y fría parpadea como si también estuviera nerviosa. Dante, que está apoyado en la pared revisando unos informes, levanta la mirada en cuanto me ve.

—¿Pasa algo? —pregunta con un gesto de alerta.

—Marena y su amiga están bebiendo más de la cuenta.

Veo cómo Dante esboza una sonrisa breve, casi divertida. Yo también lo haría si pudiera permitirme ese lujo.

—No ha comprado el vestido —añado.

Sus cejas se arquean. Lo conozco lo suficiente como para saber que quiere una explicación.

—No voy a entrar en detalles. —Y doy por zanjada la conversación.

—Me parece bien —responde Dante caminando a mi lado.

—¿Has revisado las fotos de la cámara?

—No hay nada revelador.

Un resoplido escapa de mis labios.

—¿En serio?

—La muchacha es una artista, Enzo. Si es eso lo que quieres escuchar.

Aprieto la mandíbula.

La deseo. Y eso es lo que más me enfurece: que la necesite así, con una intensidad que borra toda lógica, que me haga cuestionar cada decisión, cada paso que he dado hasta ahora.

—¿Y las cámaras del muelle y los alrededores? —Intento no dejarme llevar por la impaciencia y la rabia.

Dante asiente con lentitud.

—Tal como pediste.

Me detengo.

—¿Y?

—Tengo una copia.

—¿Y los originales?

—Borrados. Como me ordenaste.

El alivio que siento es indescriptible.

Empujamos la puerta doble y el murmullo del sótano nos envuelve de inmediato. El aire huele a papel, metal y sudor. Tres mesas largas ocupan el centro de la sala; sobre ellas, fajos de billetes apilados en columnas perfectas, como pequeños edificios verdes. Dos hombres alimentan la máquina contadora, que no deja de tragar dinero a una velocidad increíble. Su ruido mecánico marca el ritmo de la habitación, casi hipnótico.

A la derecha, una mujer con guantes de látex revisa billetes bajo una lámpara ultravioleta. Sus gafas reflejan el brillo morado mientras pasa cada uno con movimientos rápidos y precisos. Otro empleado anota cifras en una *tablet* sin levantar la vista.

Cuando entramos, todos se tensan apenas un segundo: un parpadeo, un gesto que desaparece rápido. Están acostumbrados a mi presencia, pero el respeto —y el miedo— siempre se nota en el ambiente.

Dante hace una señal con la cabeza y seguimos avanzando entre las mesas. Un hombre armado en la esquina endereza la espalda.

—Tienen para rato —indica Dante observando los fajos.

—Mientras lo hagan bien —respondo—, no me importa cuánto tarden.

Me cruzo de brazos, apoyándome ligeramente contra la mesa más cercana. La máquina sigue contando, devorando billetes como si tuviera un apetito insaciable. Todo está en orden. Todo bajo control.

Excepto Marena.

Echo a andar cuando escucho a Dante llamarme. Señala una de las pantallas del panel de vigilancia. Me acerco y distingo en la sala de máquinas a un cliente al borde del colapso. Tiene un gesto dramático, las manos en la cabeza y camina de un lado a otro, mascullando palabras que los micrófonos no alcanzan a captar, pero su lenguaje corporal es claro: está perdiendo los nervios… y por experiencia sé que eso solo puede ir a peor.

Dos empleados del casino lo observan desde la distancia, indecisos. Nadie quiere ser el primero en acercarse a un hombre que huele a ruina y desesperación.

—¿Cuánto ha perdido? —pregunto sin apartar la vista de la pantalla.

Dante se lleva la muñeca a la boca, pulsando el comunicador. Murmura algo en voz baja.

—Cincuenta mil.

Asiento sin perder un solo detalle.

—¿Lo conocemos?

—No —indica Dante—, es un turista. Llegó esta tarde con un par de amigos.

El hombre, en la pantalla, se inclina sobre una máquina tragaperras y la golpea con la palma abierta. Luego, ríe: una risa

vacía, rota. De esas que anuncian problemas.

—Diles que vamos enseguida —ordeno en voz baja.

No levanto la voz, no necesito hacerlo. Dante ya está transmitiendo la orden mientras yo me dirijo hacia la salida. El ruido mecánico de las máquinas queda atrás conforme avanzo por el pasillo con paso firme, calculado.

Mientras subimos, empiezo a trazar el plan. Nada complicado. Nada espectacular. Solo lo suficiente para apagar el incendio antes de que el fuego se propague por toda la sala.

Y si el cliente no colabora…

Bueno.

Hay formas de enseñarle a alguien a no dar problemas en mi casa.

***

Las puertas del ascensor se abren con un *ding* suave, casi fuera de lugar para el tipo de situación que nos espera fuera. Dante sale primero; yo detrás, ajustándome la chaqueta mientras mis pasos se sincronizan con el murmullo creciente del casino.

En cuanto entramos en la sala de máquinas, el ambiente cambia. La gente sigue jugando, pero el foco se concentra en el hombre de la pantalla: un treintañero con traje caro, corbata torcida y sudor en la frente, que ahora golpea la máquina como si fuera una enemiga a batir.

—*Vamos, vamos… ¡No puedes hacerme esto!* —gruñe, con una voz que flaquea más por la desesperación que por el alcohol.

Algunos jugadores cercanos apartan la vista, fingiendo no ver nada. Otros observan por el rabillo del ojo. Todos saben cómo funciona esto: si te metes en líos en mi casino, tarde o temprano aparezco yo.

Dante se adelanta.

—Ahí lo tienes —murmura.

El hombre vuelve a reír, una risa jactanciosa, casi histérica, y de pronto se gira hacia los empleados.

—¡Me habéis timado! ¡Esta máquina está amañada! ¡Lo sabéis! —Señala con el dedo, tembloroso—. ¡Quiero a vuestro jefe! ¡Que salga a dar la cara!

Mis empleados retroceden, tensos. No por miedo a él, sino por respeto a mí.

Dante respira hondo.

Yo no.

Camino hacia el hombre. Mis pasos son tranquilos, medidos. No necesito elevar la voz ni flexionar los músculos. En mi mundo, el poder no se demuestra gritando: se demuestra con el silencio que obliga a los demás a callarse.

El tipo me ve acercarme y parpadea confundido.

Mi sonrisa, ladeada y tensa, no tiene nada de amable.

—El hombre que querías ver.

El silencio se hace de repente denso y amenazante. Incluso las máquinas parecen sonar más bajo.

Dante se coloca ligeramente detrás de mí, una presencia tranquila pero evidente.

El cliente traga saliva.

—He… he perdido mucho dinero.

—Lo sé —respondo.

—Mi mujer me va a matar.

—Ese no es mi problema. No quiero un espectáculo en mi establecimiento.

Él intenta recomponerse, recuperar algo de dignidad.

—Solo quiero otra oportunidad. Esa máquina está amañada.

—Las máquinas están bien —afirmo despacio—. Las personas, en cambio…, se corrompen con mucha más facilidad.

Dante da un paso al frente.

Alzo una mano, un gesto mínimo que basta para que Dante se detenga.

El cliente retrocede.

—Tranquilo. No estamos aquí para empeorar tu tarde —miento con una calma que debería ponerle los pelos de punta—. Vamos a hablar donde no tengamos público.

El tipo duda. Mira alrededor buscando apoyo, pero todo el mundo evita su mirada. Incluso sus amigos fingen no conocerle.

Como debe ser.

—Vamos —repito, con una paciencia tan velada que cualquier persona sensata reconocería como una advertencia.

Él traga saliva, asiente y nos sigue.

Mientras lo escoltamos hacia la salida de la sala, noto a mis empleados relajarse. Hago un gesto con la mano para que continúen con lo suyo. No hace falta que lo repita.

Los murmullos vuelven poco a poco. Los dados golpean el tapete, las fichas tintinean y el sonido metálico de las máquinas recupera su pulso habitual. La calma vuelve… o casi.

Por el rabillo del ojo, veo cómo se abre la puerta y siento que la mandíbula se me tensa al instante. Marena entra, escoltada por Roy. Lleva unos vaqueros ceñidos que se amoldan a sus curvas como si fueran una segunda piel y un jersey fino, verde esmeralda, de cuello alto, que deja la espalda completamente al descubierto. Su melena, suelta y oscura, cae en ondas rozando los hombros. Y entonces me llega su aroma —ese toque floral que siempre la delata —, envolviéndome antes incluso de que pueda acercarme.

Su sonrisa achispada y sus ojos brillosos la delatan. Es evidente que ha bebido más de la cuenta. Algunos hombres se giran para mirarla y eso me cabrea. Desacostumbrado al agudo pinchazo de celos que me atraviesa, me dirijo hacia ella para sacarla de allí lo antes posible.

Ella sonríe a algunos clientes de una forma que me hace hervir la sangre.

Antes de que pueda llegar, un gilipollas —joven, traje barato, sonrisa de sobrado— se adelanta, se arrima demasiado a ella y, sin vergüenza alguna, le manosea la nalga de forma lasciva.

Marena, desprevenida, da un respingo. Se gira, sobresaltada, y ve al idiota que acaba de tocarle el culo.

—¿Te gusta? —le oigo decir al muy imbécil, chuleando su osadía ante sus amigos.

—No, no le gusta —respondo sin necesidad de alzar la voz.

No pienso.

No necesito pensar.

Cruzo la distancia en dos zancadas. El chico apenas tiene tiempo de parpadear cuando mi puño le impacta de lleno en la mandíbula. Un sonido seco, contundente, resuena en mitad de la sala y silencia hasta el último murmullo.

El tipo cae al instante. Primero las rodillas, luego el resto del cuerpo. Se desploma como un saco de patatas y su cabeza rebota contra el mármol pulido. Un hilo de sangre se desliza por el labio partido; otro brota de su nariz, que ha quedado torcida en un ángulo grotesco. Respira entrecortado, jadeante, como si no le llegara el aire a los pulmones.

Intenta incorporarse, tambaleándose, pero vuelve a caer cuando Dante le apoya una mano en el hombro para mantenerlo en el suelo.

—Quieto —le advierte sin titubeos—. No te conviene moverte.

El chico gime, desorientado, y sus dedos temblorosos rozan el pequeño charco de sangre que empieza a formarse bajo su rostro. La sala parece contener el aliento.

Los ojos me arden de una ira reprimida. Todo mi cuerpo late con un instinto tan primitivo como letal.

—Si la vuelves a tocar —escupo con voz baja y amenazante —, te rompo algo más que la cara.

Ignoro el dolor que late en mis nudillos, cómo empiezan a hincharse, e ignoro también el ascenso y descenso brusco de mi pecho, intentando mantener a raya una furia que pide más sangre. El hombro me arde, una punzada aguda y dolorosa que me devuelve por un instante a la mañana del muelle… Aun así, lo aparto de mi mente. Ahora no importa. Nada de eso importa.

El chico solloza contra el suelo, tragando sangre, sin atreverse siquiera a levantar la vista.

—Sacadlo de aquí —ordeno a los vigilantes de seguridad.

Y entonces la miro a ella.

Permanece quieta, desconcertada, todavía temblando por lo que acaba de presenciar. Niega con la cabeza, como si no pudiera creer lo que ha pasado.

Y mi rabia… empeora. Se expande. Me consume.

Si pudiese partirle la cara a cada hombre que la mira con deseo, lo haría. Sin dudar. Sin remordimientos.

Sin mediar palabra, le agarro la muñeca y tiro de ella, abriéndome paso hacia el ático.

—Roy y Dante, ocupaos de todo —ordeno sin volverme.

CAPÍTULO 9

MARENA

Me lleva hasta el ático con un tirón brusco y me tambaleo contra el inmenso sillón del centro de la estancia justo cuando la puerta se cierra detrás de nosotros. De forma deliberada, Enzo pasa el cerrojo y se gira.

Me quedo quieta, todavía aturdida por lo que acabo de presenciar. Ese estallido primitivo. Ese puñetazo que ha hecho que toda la sala contuviera el aliento. Y ahora él camina hacia mí, con ese paso seguro y amenazante.

—Primero, llegas con varias copas de más. Después, con esa ropa y te dedicas a coquetear con un gilipollas que, estoy convencido, no ha terminado ni la universidad —me espeta, demasiado cerca de mí.

No puedo dar crédito a lo que estoy oyendo.

—Primero —replico clavándole la mirada—, me visto como me da la gana. Y segundo: ¡no soy ninguna puta!

Su gesto se endurece. La tensión de la mandíbula es más que evidente y los ojos se le oscurecen de golpe. Me estremezco sin querer. Trato de dar un paso atrás, pero el sofá me lo impide.

—¿¡Qué es lo que no entiendes, Marena!? —ruge—. Tu vida está en peligro y tú te paseas por ahí como si nada. Fabio me ha puesto al corriente y sé que no se lo habéis puesto fácil.

—Fabio es un engreído.

—No más que tú —vocifera.

Nunca me había alzado la voz así. Me asusto, sintiéndome intimidada y cabreada en igual medida. Lo empujo con fuerza en el pecho, pero es como si estuviera contra un maldito bloque de cemento. Apenas se inmuta.

—¡Solo me he estado divirtiendo con Bria! —vocifero crispada —. Nunca quise ser parte de toda esta mierda. —Siento cómo la

rabia comienza a disolverse por dentro y mi tono se suaviza sin que pueda evitarlo—. Quiero volver a mi apartamento. Si Fabio protege a Bria, también… puede protegerme a mí.

—Fabio solo tiene dos ojos, Marena.

De no estar tan alterada, me habría reído.

Observo cómo parte de su furia se funde en su expresión, levanto las manos y las apoyo en sus hombros.

¿A quién quiero engañar?

Donde esté él, es donde me siento segura.

La euforia y la desinhibición del vino empiezan a disiparse. Y entonces me golpea la cruda realidad.

—Fabio ha cuidado de nosotras esta tarde y estaba solo.

—No, no lo estaba. Roy estaba con él, pero ni tú ni Bria lo habéis visto.

Tiene sentido lo que dice. Al despedirme de Bria, Roy apareció de la nada.

Asiento con la cabeza, sin dejar de rodearle el cuello con mis brazos.

—¿Dónde has comprado este jersey?

Tuerzo mi media sonrisa.

—En una tienda de segunda mano —respondo.

Levanta una ceja, visiblemente sorprendido.

—En una tienda de segunda mano —repite, como si necesitara asegurarse de haber oído bien.

Mis caderas se acercan a las suyas. Mi respiración tiembla al notar su erección contra mí, pero no me sorprende. Hay algo eléctrico en nosotros, y resulta desconcertante estar enfadada y excitada al mismo tiempo.

—Es donde normalmente compro mi ropa.

—¿En serio?

Me encojo de hombros.

—No hay nada de malo en ello. Solo intento cuidar del planeta.

Sonríe, y el gesto en sí me desarma.

—Te pedí que te compraras un vestido para la fiesta.

—Era demasiado caro —me limito a decir, sin apartar la mirada de él.

Frunce el ceño, aún más confundido.

—Lo pago yo, no tú. El precio no debería importarte.

—Claro que me importa. El dinero es dinero, al fin y al cabo.

Sonrío para mis adentros al ver su expresión. Es evidente que no suele tratar con personas como yo. Los que vivimos con la cuenta bancaria tiritando a final de mes.

—¿A qué ha venido la pelea? —inquiero, exigiendo una aclaración.

Y vuelve a lanzarme esa mirada, esa mirada que me derrite por dentro.

—No quiero que nadie te toque —susurra.

—Eso es demasiado troglodita, ¿no crees?

No sonríe. Ni siquiera esperaba que lo hiciera.

—No puedo dejar de pensar en ti —admite con una sinceridad que me deja impactada—. Lo he intentado con todas mis fuerzas, pero te veo en todas partes. A todas horas.

Inspiro profundo. Le observo fijamente hasta que me siento pequeña bajo la intensa mirada de sus ojos color café.

—¿Crees que es buena idea? —murmuro.

—Seguramente no. —Alarga la mano hasta mi barbilla y tira de mí.

Nuestras bocas están tan cerca que puedo sentir su aliento acariciándome la piel.

—¿Entonces?

Estoy confundida, dolida… y, sí, asustada. Él está acostumbrado a dar órdenes, a no perder. Pero nada de eso cambia lo que empiezo a sentir por él.

Y eso me aterra. Me enfada. Porque no sé qué hacer con mis propios sentimientos… y mucho menos con los suyos.

Me envuelve en sus brazos y entierra la cabeza en mi cabello. Su aroma, tan masculino, inunda mi olfato y mis sentidos.

Se separa un poco y toma mi rostro entre sus manos. Me sujeta en esa posición para mirarme bien. Sus ojos recorren mis rasgos, como si quisiera memorizarlos. Y sin decir nada, desliza las

manos hasta mis brazos, acariciándolos con una suavidad que traspasa la fina lana del jersey. El pulso se me acelera…, y aún más cuando me toma por la cintura y me alza, sentándome sobre el respaldo del sofá sin el menor esfuerzo. Nuestros rostros quedan a pocos centímetros.

No dice nada; yo tampoco.

Nuestras respiraciones entrecortadas impactan contra nuestras bocas cerradas. No hacen falta palabras, el momento habla por sí solo. Estamos los dos a punto de estallar de deseo.

Toco su hombro.

—¿Te duele?

Niega con la cabeza. Se inclina hacia delante, pero no busca mis labios, sino mi mejilla. Respira de forma agitada y deliberada junto a mi oído. Rozo su rostro con el mío, sin querer, y siento que una presión se instala entre mis muslos.

—¿Qué voy a hacer contigo, Marena?

—No lo sé.

—Esa no es una respuesta digna de ti.

Su enorme y fuerte mano cae sobre la mía con una delicadeza que me desarma. Sus dedos envuelven mi muñeca y mi palma como si fueran alas de mariposa. Todo mi ser tiembla.

—Déjame poseerte —susurra contra mis labios.

Me ruborizo. No necesito preguntar a qué se refiere; sé perfectamente lo que significan esas palabras y lo que podrían cambiar mi vida. Un leve dolor en el estómago me lo confirma con exactitud.

—¿Una noche? —pregunto, y ese leve dolor se convierte en una punzada intensa.

—No creo que sea suficiente una sola vez —reconoce devorándome con los ojos.

Me pierdo en su mirada y deseo, con una necesidad casi dolorosa, que diga algo más… algo que no me haga sentir que estoy vendiendo mi alma al diablo. Apenas lo conozco, y, aun así, la idea de ser suya, aunque solo fuese una noche, me desgarra por dentro.

—No creo que sea buena idea. —Mi mirada y mi corazón se ensombrecen—. Para mí… acostarme contigo significaría algo más

que sexo. Mucho más. Quiero salir de este mundo, y enamorarme de ti no sería lo más acertado.

Enzo suspira hondo ante mi respuesta.

—No hay doble intención, Marena. Solo deseo.

Solo deseo. Claro. Yo creo que está jugando conmigo. Y, si tenemos que estar juntos por mi integridad física, quiero que esto pare.

—¿En serio? ¿Les dices lo mismo a todas las mujeres que conoces?

Enzo arquea ligeramente las cejas, como si mi pregunta lo hubiera sorprendido.

—Disculpa.

—Vamos, ya me has visto desnuda. Tu curiosidad ya debería haberse saciado.

Una lenta sonrisa se dibuja en sus labios y sus ojos brillan de pura excitación.

—No suelo ver a muchas mujeres desnudas.

Frustrada, niego con la cabeza.

—Ya sabes lo que quiero decir.

Tengo que aferrarme a él al notar su cálido aliento rozando mi oreja para no sobresaltarme cuando se inclina y, muy despacio, murmura:

—Me gusta la reacción que provoco en ti.

Con un profundo suspiro, dejo escapar una media sonrisa que no consigo contener. Nuestras miradas colisionan de nuevo mientras siento el calor que me sube por el brazo extendiéndose por todo mi cuerpo, hasta instalarse entre mis piernas con un cosquilleo que me roba el aliento. Un suave gemido se me escapa antes de poder evitarlo.

Solo existe Enzo.

Solo puedo verlo a él. Sentirlo a él.

En ese instante, fantaseo con que me lleve a volandas, me apriete contra la pared y me folle con fuerza.

Enzo entreabre la boca, muy cerca de la mía, y su lengua roza mi labio inferior con una lentitud que me abrasa. Un gesto breve,

tentador… como si quisiera enseñarme exactamente todo lo que estoy rechazando.

Quiero aceptar. Dios, quiero hacerlo. Pero empiezo a negar con la cabeza.

La imagen me golpea con brutalidad: mi familia… y mi padre, tendido en el suelo, con una bala incrustada entre los ojos.

La misma escena que me persigue desde que era niña. La misma que me recuerda que este mundo puede arrebatarte todo sin previo aviso.

—Lo siento, no puedo —susurro, sintiendo que algo dentro de mí se rompe—. Quiero que alguien me adore, que me quiera, que me haga perder el sentido. Pero no puedo perder el norte. No puedo volver a sentir esa devastación. No sobreviviría otra vez. —Trago saliva intentando recomponerme. Y lo peor es que creo que ya estoy empezando a sentirla… y ni siquiera me ha besado.

Enzo se aparta despacio, como si mis palabras lo hubieran alcanzado de lleno. Rompe todo contacto entre nosotros. De repente tengo frío y me siento perdida, a la deriva entre lo que deseo y lo que más temo.

Suspira.

—Respeto tu decisión.

Sé que debería sentir alivio… pero no. En el fondo de mi ser hay una incoherencia absurda y dolorosa.

Una parte de mí quiere que insista, que me demuestre que vale la pena arriesgarlo todo.

Pero este mundo es una jaula. Y, si él me encierra en ella, no saldré nunca.

—Quiero mi libertad —digo al fin.

Él asiente, como si realmente lo comprendiera.

—Si la tuvieras, ¿reconsiderarías tu decisión?

—No lo sé —respondo sin vacilar.

Y es la verdad. Pero también me aterra: estar en un momento tan vulnerable de mi vida.

—Ahí está —murmura—. No es solo por tu libertad o por tu familia. Hay algo más.

—¿Mi integridad? —pregunto más para mí que para él.

—Has estado con más hombres, lo sé.

El comentario me cabrea. No sé si estoy enfadada con él por decirlo o conmigo misma por seguir aquí, teniendo esta conversación.

Salto del sofá y tomo distancia.

—No tienes ni puñetera idea de con cuántos hombres he estado.

Él sonríe. Una sonrisa tranquila, irritante, provocadora. Y eso me desquicia aún más.

—Eso es cierto —admite, como si no le afectara en absoluto.

—Perfecto. Ya hemos hablado y dicho suficientes tonterías por hoy. Será mejor que me vaya —anuncio con la única intención de poner distancia.

Me dirijo hacia la puerta, decidida a salir…, pero no llego a dar dos pasos. Su mano atrapa la mía con firmeza y me detiene, tirando suavemente de mí hasta pegarme a su cuerpo.

—Me largo de aquí.

Su voz me roza la piel.

—¿Estás segura?

Me maldigo a mí misma por dudar. La sensación de tenerlo cerca es adictiva, demasiado maravillosa.

Todo esto es una locura, pero esta absurda e increíble sensación me impide pensar con claridad.

—Me deseas, Marena. No puedes negarlo.

Me lleva hasta la pared más cercana. Mi espalda choca con suavidad contra ella. Apoya las manos a cada lado de mi cabeza, impidiéndome el paso sin llegar a tocarme.

—Y yo te deseo a ti.

Niego con la cabeza.

—No puede ser —jadeo con un hilo de voz; intentando controlar mi agitada respiración.

—Yo creo que sí.

Desciende su boca hacia la mía con una lentitud casi tortuosa. Sus ojos, oscurecidos por el deseo, delatan su incertidumbre. No está seguro. Vacila, como si temiera cruzar una línea en la que no hay retorno. Pero entonces se aventura a mordisquearme el labio

inferior. Me besa con prudencia y susurra unas palabras que parecen infundirle valor para tomar mi boca con la lengua hasta que me relajo y me rindo a su invasión, y un gemido escapa de mi garganta sin que pueda —ni quiera— contenerlo. Mis dedos se aferran a sus hombros, buscando apoyo, pero cuidando de no rozar su herida.

Estoy en el cielo, tal y como había imaginado, aunque una parte de mí sabe que esto es un error. Aun así, confino mis dudas en un rincón oscuro de mi mente, y me entrego por completo a esa sensación devastadora que me recorre, que me quema por dentro.

Un gruñido ronco escapa de su garganta mientras pega su entrepierna contra mi vientre. Siento su erección, dura y palpitante.

—Joder, eres perfecta. Sabes de maravilla —murmura contra mi boca mientras me mordisquea el labio y sus manos se deslizan hacia mi cintura, urgentes—. Déjame llevarte a la cama. Ahora.

—No…, no puedo —jadeo, apartando la cara para interrumpir el contacto de nuestras bocas.

Es absurdo querer más cuando sé que debería huir, pero esta conexión nunca la he sentido con nadie. Y quizá por eso mismo mi instinto me dicta que ponga distancia.

Él emite un gruñido de frustración y se separa de la pared, dándome espacio.

—Lo siento —se disculpa—. No debería haber insistido.

Intento recuperar el control sobre mí misma, pero sigo pegada a la pared por miedo a derrumbarme.

—Disculpas aceptadas —consigo decir.

Me doy la vuelta y camino hacia la habitación. Cada paso es una lucha conmigo misma: tiemblo, respiro con dificultad mientras siento su mirada clavarse en mi espalda.

Cuando cierro la puerta tras de mí, mis fuerzas se desvanecen. Me dejo caer en la cama, con el corazón galopando en mi pecho. *Estoy haciendo lo correcto*, me repito una y otra vez, aferrándome a esa frase como a un salvavidas.

Necesito hablar con Bria. Necesito una voz que no sea la suya.

Me incorporo con un suspiro tembloroso y busco mi móvil. Para mi sorpresa, está sobre la mesilla de noche. Me estiro y lo

alcanzo.

Tiene batería.

Sonrío, porque tengo la impresión de que he ganado una batalla.

ENZO

Ha pasado una semana y aún me duele su rechazo. Una semana en la que he intentado olvidarla… sin éxito. La deseo con tanta fuerza que a veces roza la desesperación. Imagino que esto es lo que se siente cuando una mujer te importa. O cuando te estás enamorando, aunque no quieras admitirlo.

Mientras espero a Bruno frente a los trasteros comunitarios del bloque —un pasillo estrecho, húmedo, que huele a metal oxidado y lejía barata— me asaltan imágenes de nosotros dos contra la pared. Escenas ardientes, excitantes, que me queman la mente y me nublan el juicio. Aún siento su sabor en mi boca. Marena es mi punto débil, aunque me niegue a admitirlo.

Y eso, en mi mundo, es un problema.

Veo a Bruno acercarse por un extremo del pasillo y levanto una mano a modo de saludo.

—¿Cómo va todo, Enzo?

—Todo lo bien que puede ir.

Me mira con el ceño fruncido, como si detectara algo en mi voz, pero no dice nada. Así es mi hermano: callado, impenetrable y leal a mi padre hasta el último aliento.

No sabe nada de Marena. Y no pienso contárselo. De hacerlo, la mataría.

Bruno desvía la mirada hacia la hilera de trasteros y entrecierra los ojos. Puedo sentirlo: está alerta. Y eso me inquieta y me incomoda al mismo tiempo.

—¿Has venido con tus hombres? —pregunta en un susurro tenso.

—No, tal como me pediste, he venido solo.

Asiente sin dejar de observar la zona, como si esperara que algo emergiera de entre las sombras.

—¿Qué pasa, Bruno?

—Tengo algo que mostrarte.

Comienza a caminar y lo sigo. Sus pasos son rápidos, silenciosos. Llegamos al último trastero, donde la luz parpadea como si fuera a apagarse en cualquier momento. Bruno saca una llave de su bolsillo, la introduce en la cerradura y me lanza una mirada de advertencia.

—Lo que vas a ver aquí no puede salir de este trastero.

—Cuenta con ello —respondo sin dudar.

Bruno abre la puerta. Un olor a aceite, metal y plástico quemado me golpea de lleno. Dentro hay una mesa plegable, varias cajas metálicas y una manta cubriendo algo alargado.

Bruno levanta la manta.

Armas. Pero no armas comunes.

Armas ilegales, sin número de serie. Cada pieza ensamblada con una precisión perfecta.

—Impresas en 3D —dice Bruno—. No rastreables. Ningún número de serie. Nadie puede vincularlas con nosotros.

Trago saliva.

—¿De dónde ha salido esto?

—De un piso abandonado en los suburbios. Mis hombres lo revisaron después de recibir un chivatazo. Y no solo había armas.

Abre una de las cajas metálicas.

Un bloque compacto de paquetes envueltos en plástico aparece ante mis ojos.

Droga. Cocaína pura.

—No me jodas —susurro.

Bruno asiente, serio.

—Es de la familia Leonelli. Una parte, al menos. La han perdido y la están buscando.

—¿La han perdido? —preguntó irónico tocando con los dedos el plástico.

—Algo así —manifiesta Bruno sin inmutarse.

La respuesta en sí me hace tomar una respiración profunda.

Si alguien nos ve aquí, si nos relacionan con este alijo, se va a desatar el infierno.

—Y antes de que me preguntes —dice Bruno—, quiero que formes parte de esto.

Da un paso hacia mí. Baja la voz.

—Tómalo como una ofrenda de paz.

Mi mandíbula se tensa.

—Que yo sepa, tú y yo no estamos en guerra.

Se encoge de hombros, parco como siempre. Ese silencio suyo pesa más que cualquier explicación y me obliga a pensar. Rechazar este material sería una locura, pero aceptar algo así sin entender sus motivos sería aún peor.

—¿Por qué yo? —insisto.

Me sostiene la mirada apenas un segundo.

—Eres mi hermano.

Esbozo una media sonrisa.

—Eso no suena muy convincente viniendo de ti. La última vez que nos vimos me dijiste que cuidara mi espalda, que uno nunca sabe de dónde puede llegar la bala.

—Digamos que he tenido tiempo para meditar.

—Vaya, vaya, eso es nuevo.

—No te pases —me advierte.

Lo observo en silencio. Sé que mi padre es una sombra inmensa, una que siempre ha eclipsado todo lo que Bruno intenta construir. Y sé, también, que mi hermano necesita hacerse un sitio, un nombre propio en la ciudad. El simple hecho de que ahora me busque como aliado, de que confíe en mí para un movimiento tan arriesgado, me enorgullece más de lo que admitiré jamás.

Pero no voy a dejar que juegue conmigo. No sin una explicación. Ambos sabemos lo que podríamos perder si algo sale mal.

—¿Vas a decirme cómo lo has conseguido? —pregunto volviendo la vista al alijo.

—No.

—¿Has pensado que podrían estar tendiéndonos una trampa?

—Todo es posible —responde Bruno, tranquilo.

—¿Papá sabe algo de todo esto?

—No lo sabe.

Mi mente va a mil por hora.

Marena.

Mi padre.

La familia Leonelli.

Todo se mezcla en un pensamiento caótico.

—¿Por qué cojones no lo sabe?

Bruno frunce el ceño. Luego echa un vistazo rápido hacia el pasillo oscuro, comprobando que seguimos solos.

—Porque quiero demostrarle que tengo iniciativa.

Lo miro sorprendido.

—¿Te has vuelto loco?

Su respiración se vuelve más pesada. Apenas perceptible para cualquiera, pero no para mí. Yo lo conozco mejor que nadie.

—No quiero ser su sombra toda su vida —confiesa—. Quiero ser reconocido por algo más que ser su primogénito.

Le sostengo la mirada. Por primera vez en mucho tiempo, no veo sumisión. Veo coraje. Ambición.

Y miedo también.

—Podría destruirte —digo, más en advertencia que en reproche.

—Podría, sí —admite en voz baja—. Tenemos que irnos, Enzo. Antes de que alguien nos vea. ¿Qué dices a mi propuesta?

Cierra la tapa de la caja con brusquedad y la asegura con cinta. Luego me mira de frente, como si buscara una respuesta o tal vez un aliado.

Aprieto los puños, siento como el corazón me late a una velocidad vertiginosa y dudo unos segundos. Dudar ya no tiene sentido. Negarme, tampoco. Estoy aquí. Soy cómplice. Y este plan ya no tiene vuelta atrás.

—Dime qué necesitas que haga —expreso al fin, decidido.

Bruno me lanza una mirada enigmática. Mi hermano siempre ha sido así: duro e impenetrable. Es más bajo que yo, apenas un par de centímetros menos, de hombros anchos, con ese porte rígido que parece heredado de nuestro padre.

Pero la familia es lo primero. Y, por más enfadado que estuviera la última vez, no puedo dejarlo solo.

Nos marcan esa lealtad a fuego en el alma nada más nacer.

—Te necesito conmigo en esto. Desde el principio —dice con una rotundidad que no le había visto en años.

Sé que esta situación puede arrastrarnos a ambos. Y sé también que, quiera o no, Marena quedará en medio de todo esto. Esa certeza me hace vacilar. Pero en mi mundo, la paz entre Familias siempre cuesta sangre. Y las guerras, aún más.

—Debemos irnos —murmura Bruno.

Asiento, dispuesto a cerrar la puerta y largarnos de aquí antes de que alguien nos vea.

Pero, entonces, antes de que ninguno de los dos dé un paso, escuchamos un ruido seco en el pasillo.

Un golpe contra algo metálico.

Bruno y yo giramos la cabeza al mismo tiempo.

Otro ruido. Más fuerte.

Bruno tensa la mandíbula, mete la mano en su chaqueta y saca su arma. La adrenalina me recorre la columna. Repito su gesto y desenfundo la mía.

—No digas nada —ordena apenas moviendo los labios—. Y estate atento.

La luz del techo vuelve a parpadear, proyectando sombras largas y deformes en las paredes desconchadas del pasillo.

Silencio.

Entonces, una sombra cruza frente a la puerta del trastero.

Bruno levanta el arma y yo hago lo mismo, hombro con hombro.

No estamos solos.

La sombra vuelve a moverse. Esta vez más cerca.

Bruno levanta un dedo, pidiéndome silencio.

Asiento, conteniendo la respiración. Escucho un crujido metálico, después un susurro imperceptible y, finalmente, el sonido claro y nítido de un cerrojo moviéndose despacio.

Alguien está abriendo —o intentando abrir— un trastero a pocos metros de donde estamos nosotros.

Me desplazo apenas lo justo, un par de centímetros, para mejorar el ángulo. Sostengo la pistola firme entre mis manos.

Los pasos se detienen.

—¿Oyes algo? —murmuro sin apartar la vista.

Bruno niega mínimamente con la cabeza.

La luz parpadea de nuevo, iluminando apenas la figura que está cerca del trastero tres puertas más allá. Una silueta encorvada, con una capucha puesta, moviéndose como si buscara algo. O a alguien.

Bruno me mira de reojo.

Reconozco ese brillo en sus ojos. Va a actuar.

—Déjame hablar —susurro.

—Ni de coña —contesta, con idéntico tono, adelantándose.

El desconocido da dos pasos… y entonces se queda completamente inmóvil, como si nos hubiera escuchado. Gira la cabeza hacia nuestra dirección.

Reacciono al instante.

—¡Quieto ahí! —grito, corriendo hacia el desconocido con el arma levantada.

Bruno me sigue de cerca, puedo oír sus pasos y su respiración tras de mí.

La figura se queda petrificada. Y luego, de golpe, echa a correr en dirección contraria.

—¡Joder! —protesto siguiéndolo.

El pasillo es estrecho y largo, un túnel metálico donde las puertas idénticas de los trasteros pasan a toda velocidad por mi visión periférica. La luz parpadea, creando sombras que parecen saltar de un lado a otro mientras corro.

El desconocido se mueve rápido, más rápido de lo que imaginaba.

Bruno gruñe detrás de mí:

—¡A la derecha, Enzo, que no se escape!

El sudor me resbala por la sien y siento el pulso martilleando en mi cuello. Doblo la esquina casi derrapando, al tiempo que las suelas resbalan sobre el cemento liso. El aire me quema los pulmones; cada inspiración es un golpe seco que me atraviesa el

pecho y me impide respirar con normalidad. El tipo tropieza con una caja de plástico grande, de esas semitransparentes con la tapa rota, y la aparta de una patada para bloquear el pasillo.

—¡Será cabrón! —murmuro entre dientes, frenando lo justo para no estamparme de lleno.

Bruno no tiene tanta suerte. Lo oigo chocarse con la caja, suelta un insulto ahogado y se reincorpora al instante.

Sigo corriendo tras el desconocido. Cuando vuelve a tropezar —esta vez con sus propios pies—, aprovecho y lo agarro por la sudadera, tirando de él con fuerza hasta estamparlo contra la puerta más cercana.

El golpe resuena por todo el pasillo.

—¡Suéltame! ¡Suéltame, hostia! —aúlla, retorciéndose como un animal acorralado.

Escucho su voz… y llego a la conclusión de que es joven. Demasiado joven.

Le clavo la rodilla en el estómago para inmovilizarlo y consigo arrancarle la capucha de un tirón.

Un crío. Dieciséis años como mucho.

Se queda paralizado, temblando, con los ojos abiertos de par en par. Es flaco como un palillo. La sudadera negra le queda enorme y tiene los cordones deshilachados; parece que lleva días sin ducharse. Tiene el pelo oscuro, sucio y apelmazado; las mejillas hundidas muestran un desgaste que ningún chaval de su edad debería tener.

Cuando ve el arma de Bruno apuntándole, se queda congelado como un cervatillo bajo los faros de un coche.

—¡Eh! ¡Eh, no, no, no! ¡No disparéis! —Levanta las manos tan rápido que casi pierde el equilibrio.

Bruno no baja el arma. Yo tampoco.

—¿Qué haces aquí? —grito.

El muchacho traga saliva, aterrorizado.

—Yo… yo solo venía a… —mira a Bruno, luego a mí—. Ya me iba, tío… ¡Lo juro!

Lo empujo otra vez contra la puerta metálica.

—¿Vas armado? —Le registro rápido de arriba abajo. Nada, ni navaja ni pistola.

—¿Qué coño estabas cotilleando? —gruñe Bruno—. Habla.

—No… no estaba cotilleando —balbucea—. Solo… solo oí voces… ¡Y pensé que eran los que quieren darme una paliza!

Bruno frunce el ceño. Yo también.

El chaval está hiperventilando, parece que se va a desmayar de un momento a otro.

—¿Quién quiere darte una paliza? —le pregunto.

—Los de la banda del barrio… ¡Los del polígono, tío!

—¿Por qué? —insisto.

El chaval mueve los labios un segundo antes de responder, como si le diera vergüenza admitirlo.

—Porque alguien les dijo que me vieron hablar con un madero. Y… —traga saliva— y esos cabrones no perdonan.

—¿Perteneces a esa banda? —inquiere Bruno.

—Pertenecía.

Bruno y yo nos miramos.

Me agacho un poco, para tenerlo a la altura de los ojos.

—¿Y es cierto?, ¿hablaste con un policía? Porque los chivatos no son bien vistos en ninguna parte.

—No, claro que no. No estoy loco. Pero desde entonces me escondo por aquí… porque no tengo otro sitio a donde ir. Y hoy escuché pasos y pensé que eran ellos.

Lo observo un instante. No parece estar mintiendo.

—¿Has visto a alguien más entrar aquí?

El chico cierra los ojos, parece pensar. Después, asiente temblando.

—Vino una furgoneta blanca hace un par de días… La conducían dos tipos, uno abrió un trastero… ese —señala justo el nuestro—, y dejaron unas cajas. Grandes. Negras.

—¿Viste a los tipos?

—No, juro por Dios que no los vi. Estaba oscuro.

—Y déjame adivinar: te entró el gusanillo de la curiosidad —indico sin soltarle—. Si encontrabas algo bueno, se lo contarías a tu banda y volverías a las andadas.

El chico no dice nada; así que entiendo que mi teoría es acertada.

—¿Cómo te llamas?

—Rafael Sandoval.

—Hagamos un trato, Rafael —aflojo un poco la presión, pero no lo suelto del todo. Meto la mano en el bolsillo y saco un par de billetes doblados—. Coge esto, lárgate y recuerda: no has visto ni oído nada.

Lo acerco más a mí.

—Si alguien husmea por aquí, te buscaré y te cortaré la lengua a trozos. O te pegaré un tiro a quemarropa. Aún no lo he decidido, pero yo cumplo mis promesas. —Le pongo el cañón del arma en la sien—. Y te juro por Dios que no estoy bromeando.

Miro al suelo y veo que se está meando de miedo.

—Bien —murmuro—. Veo que lo has entendido.

Rafael coge el dinero al vuelo y echa a correr como alma que lleva el diablo. Las sombras lo tragan en cuestión de segundos.

—¿La furgoneta es cosa tuya? —pregunto a mi hermano.

Bruno asiente, sin dejar de mirar por donde ha desaparecido el muchacho.

—Deberíamos habernos deshecho de él.

—No es más que un crío —respondo mientras guardo el arma.

—Un crío peligroso.

—Un puto crío muerto de miedo. No hablará.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Porque sé reconocer el miedo cuando lo huelo. Ahora, cierra la puta puerta del trastero y salgamos de aquí. Este lugar me da escalofríos.

CAPÍTULO 10

MARENA

Estoy cansada de esta jaula de oro, aunque sé perfectamente que ahí fuera mi vida vale menos que un secreto mal guardado. Cada noche vuelvo a los muelles en sueños: el disparo, la lluvia, el frío cortándome la respiración. Y siempre despierto igual, escondiéndome bajo las sábanas como cuando era niña, con la absurda idea de que, si no me ven, no pueden encontrarme.

Es curioso cómo regresan los recuerdos de la infancia cuando la mente se pone en guardia. Como si tirasen de ti hacia un tiempo que dabas por enterrado. Crees que al llegar a la edad adulta todo será distinto, que los miedos se disolverán con los años, pero la verdad es otra. En mi caso, la niña que fui sigue ahí, agazapada en algún rincón de mi propia conciencia, dejándose sentir justo cuando creo tenerlo todo bajo control.

Con la cámara en la mano intento librarme de mis propios pensamientos, aunque no es tan sencillo. Siempre regresan, obstinados, como si fueran las olas del mar que una y otra vez te arrastran hacia la orilla cuando lo único que deseo es permanecer mar adentro. Y por más que lo intente no puedo detener su fuerza. Suspiro buscando centrarme en el presente y vuelvo a fotografiar algunos rincones del ático, dejándome llevar por las sombras que me regala el atardecer.

Busco texturas, ángulos que me obliguen a mantener la cabeza ocupada. Enfoco, disparo y la imagen queda atrapada en la pantalla: las flores que han traído esta mañana, unas rosas rojas que parecen desbordarse del jarrón, como un presagio de lo que está por venir.

Pienso en mi madre, en que no he ido al cementerio, y la culpabilidad me aguijonea con más fuerza. Todo esto me está pasando factura. Intento convencerme de que no puedo seguir

viviendo con miedo, que merezco sentirme en paz, pero aún me queda un largo camino para llegar a creérmelo de verdad.

Desvío la mirada hacia el sillón. Ese sillón. El mismo donde Enzo y yo estuvimos hace unos días. Un escalofrío me recorre de arriba abajo antes de que pueda evitarlo. Maldigo cada segundo que paso a su lado, pero también maldigo cada segundo que no lo estoy.

Es un hombre impetuoso, incluso diría que controlador. O eso creí al principio. Pero nada más lejos de la realidad. Llevo una semana en este ático y, aunque lo he visto un par de veces, se ha comportado como un auténtico caballero.

Es otra vuelta del destino.

Todos mis esfuerzos, toda cautela, todos los muros que he levantado a lo largo de los años se desmoronaron en el instante que le conocí. Siento que me está poniendo a prueba, o quizá soy yo la que se prueba a sí misma.

No hay nada más difícil para mí que confiar en un hombre, desnudar mis secretos, entregarme sin reservas. Y, aun así, aquí estoy: enamorándome de Enzo DeLuca.

Me lo repito una y otra vez: no puedo volver a pasar por lo mismo. No lo soportaría.

Respiro hondo, levanto la cámara, enfoco las rosas y las inmortalizo para siempre.

La tarde se me hace eterna. Bria me ha escrito después de su clase de *ballet* para decirme que me echa de menos. Y yo a ella. Echo de menos nuestras tardes de palomitas, ver pelis románticas —las lacrimógenas, como nos gusta llamarlas— o ir de compras. Todavía recuerdo el precioso vestido de fiesta que vi en aquella tienda. Sacudo la cabeza y aparto ese recuerdo.

Me miro y no reconozco del todo a la mujer que me devuelve la mirada. El vestido es una segunda piel, negro como la noche, tan corto que apenas roza el borde de mis muslos. El tejido es suave y elástico, se ajusta a mis caderas. El escote en pico se abre justo lo suficiente para insinuar sin enseñar demasiado. Las mangas, finas y transparentes, envuelven mis brazos como una caricia.

Ni siquiera sé por qué me lo he puesto. Pero cuando lo vi en aquella tienda de segunda mano, no pude resistirme. Enzo quería

que comprara un vestido y lo compré, aunque no fuera el tipo de vestido que él tendría en mente.

—Deja de soñar que eres una princesa en una torre de marfil, Marena. Esto es la vida real.

Sé que, cuando salga de *ballet*, Bria irá al *pub* que tanto nos gusta. Me ha suplicado que la acompañe, pero va a resultar complicado. Aunque me encantaría, porque bailar, perderme entre la gente, dejarme llevar… es justo lo que necesito para olvidarme de todo esto.

Escucho voces tras la puerta y, después, un silencio sepulcral.

Recuerdo eso que tantas veces decía mi madre: «La curiosidad mató al gato». Pero es imposible resistirme a saber lo que está ocurriendo.

Cuando abro la puerta, no hay nadie. Salgo, miro a un lado y al otro del pasillo y descubro que está desierto.

Antes de que pueda pensarlo dos veces, dejo la cámara sobre la mesa y cojo mi abrigo. Corro hacia las escaleras. La sensación de libertad es abrumadora, me olvido del peligro… y de Enzo.

No salgo por la puerta principal. No soy tan temeraria —o quizá sí, pero todavía me queda algo de instinto de supervivencia—. Giro el pomo de una puerta lateral y una corriente de aire frío me recibe al abrirla: las escaleras de servicio.

El sonido de mis pasos rebota contra las paredes estrechas, secas y desconchadas, mezclándose con mi respiración entrecortada. Cada peldaño vibra bajo mis Converse, y la sensación de que alguien podría aparecer en cualquier momento me eriza la nuca.

Pero sigo bajando.

Un tramo más y la escalera desemboca en un pasillo bajo, mal iluminado por tubos fluorescentes que parpadean. A mi derecha hay una puerta entreabierta que deja escapar un zumbido constante.

Me acerco despacio y empujo con cuidado.

Por la rendija veo varias máquinas contadoras de billetes ocupando el centro de la sala junto a bandejas repletas de fajos. El dinero pasa a toda velocidad, devorado por rodillos que no descansan.

Me quedo inmóvil. Nunca había visto tanto efectivo junto.

Ninguno de los presentes levanta la vista.

Trago saliva, retrocedo sin hacer ruido y, despacio, vuelvo al pasillo. Respiro hondo y sigo bajando las escaleras.

Pienso en la cantidad ingente de dinero que acabo de ver y la sensación de huir se hace más urgente.

—¿Dónde narices estás metida, Marena? —murmuro sin perder un segundo.

A mitad de camino, un olor metálico y húmedo asciende desde los sótanos. No debería seguir, lo sé. Pero ya es tarde: la necesidad de escapar, de respirar un poco de aire, aunque solo sea por unos minutos, me empuja a continuar.

Al llegar al último peldaño, el silencio es tan absoluto que me zumba en los oídos. El pasillo está medio a oscuras, iluminado solo por un par de fluorescentes que chisporrotean como si fueran a apagarse en cualquier momento.

Doy unos pasos y entonces lo escucho.

Varios golpes seguidos.

Después, un quejido.

Me detengo en seco. Trago saliva, debatiéndome entre subir corriendo o seguir adelante.

Pero algo dentro de mí —terquedad, instinto o estupidez— me obliga a avanzar.

Doblo la esquina y ahí lo veo.

Un hombre agachado, con medio cuerpo metido dentro del cuarto de la caldera industrial. Su mono azul está manchado de aceite y la herramienta que tiene en la mano repiquetea contra el metal. La luz anaranjada del interior de la caldera ilumina su rostro sudado y concentrado. Ni siquiera se ha dado cuenta de mi presencia.

El corazón me late tan fuerte que temo que él pueda escucharlo.

El miedo vuelve a hacerse patente. Retrocedo un paso sin hacer ruido, pero una chapa metálica cruje bajo mis Converse. Cierro los ojos con fuerza.

—¡Joder! —susurro, maldiciéndome a mí misma.

El hombre se gira de golpe.

—¿Quién anda ahí? —Su voz retumba en el pasillo, grave y desconfiada.

Maldigo en voz baja a Bria y mi estúpida valentía.

Me quedo paralizada, sin saber muy bien qué hacer. Él me observa, parpadeando, como si intentara decidir si soy un espejismo… o una amenaza.

—¿Desea algo? —pregunta mientras se levanta, secándose las manos con un trapo ennegrecido.

Mis labios se separan, pero no consigo emitir ningún sonido.

Mi huida deja de ser liberadora y vuelve a mostrarse como lo que realmente es: una mala decisión.

Una oleada de desesperación me atraviesa, tan intensa que por un momento desearía caer de rodillas y echarme a llorar.

¿Por qué me está pasando todo esto? Estoy siendo castigada por un delito que no he cometido; presencié un asesinato por casualidad y me han arrebatado la vida de golpe.

No es justo. Solo quiero recuperar mi vida.

El hombre entrecierra los ojos, estudiándome.

—Aquí no puede estar.

—Lo siento —murmuro.

Deja el trapo sobre una caja de herramientas y me observa con más atención. Es de mediana edad y sus ojos, de un marrón cansado, se suavizan un poco cuando ve cómo aprieto las manos contra los costados, nerviosa.

—¿Tiene algún problema? —pregunta con cautela.

Aspiro con fuerza para soltar el aire muy despacio, asegurándome que no me tiemble la voz.

—Algo así.

—De acuerdo. Tranquila —dice bajando un poco el tono.

Mira hacia las escaleras, luego hacia el pasillo oscuro que se abre a nuestra derecha. Después se acerca a mí, manteniendo una distancia prudente, la suficiente para que pueda oír su voz en un tono por encima del ruido de la caldera.

—¿Se ha perdido?

—Sí. Busco una salida.

—Eso pensé —manifiesta mientras se frota la nuca, incómodo.

—¿Quiere volver arriba?

—No —niego de inmediato—. Prefiero salir del edificio.

—¿Está segura? —duda—. ¿Quiere que llame a la policía? O… ¿a alguien que pueda venir a por usted?

Nerviosa, miro por encima de su hombro, buscando con desesperación una salida.

—No, no es necesario —respondo demasiado rápido—. Solo necesito salir de aquí. ¿Puede ayudarme?

Puedo ver la resignación reflejada en sus ojos. Entonces, sin decir nada más, se dirige a una puerta de metal, que hay al otro extremo, y la abre.

Un aire frío y húmedo irrumpe desde el exterior.

—Esta salida da a un callejón detrás del casino —explica mientras se limpia las manos en el mono—. Está oscuro, pero si gira a la derecha llegará a la calle principal.

Asiento despacio y le sonrío con gratitud.

—Parece que necesita salir de aquí.

—Algo así.

—¿Puedo hacer algo más por usted?

—No. Ha sido muy amable.

—Le prometo que, si baja algún hombre buscándola, le haré la zancadilla —bromea con una media sonrisa.

No es del todo verdad, pero no va desencaminado.

—Eso sería de agradecer —reconozco, sin poder evitar que se me escape una pequeña risa nerviosa.

Por primera vez, sonríe abiertamente, mostrando unos dientes algo amarillentos y gastados.

—Váyase. Yo no he visto nada.

—Gracias —susurro.

El hombre hace un gesto con la cabeza, un gesto sencillo, de complicidad inesperada.

Y entonces cierro la puerta tras de mí… y la oscuridad me envuelve, junto a ese sabor electrizante que solo da la libertad.

ENZO

El ascensor se abre con un zumbido seco. Subo al último piso del casino, donde apenas llega el ruido de las máquinas tragaperras. Aquí arriba todo es más silencioso, más frío, como si la alfombra gris y las paredes insonorizadas estuvieran hechas para borrar el mundo de abajo.

Dante me espera en mi despacho. El gran ventanal detrás del escritorio ofrece una vista completa del casino: las mesas iluminadas, el murmullo de los jugadores, el movimiento constante de fichas. Desde aquí arriba, todo parece controlable. Predecible.
Pero hoy no lo es.

Está apoyado en el borde de mi escritorio, revisando algo en el móvil. Levanta la vista en cuanto entro.

—¿Quién está con Marena? —pregunto sin rodeos.

—Roy. —Alza una ceja—. ¿Qué pasa?

Cierro la puerta tras de mí.

—Vengo de hablar con Bruno.

La expresión de Dante cambia. No pregunta qué ha ocurrido; sabe que si Bruno llama, nunca es para algo trivial.

Y entonces le cuento lo del trastero: lo que he visto, lo que significa, lo que podría desencadenarse por la estupidez de mi hermano. Se lo cuento todo, sin adornos. No hay espacio para suavizar las cosas.

Entrecierra los ojos, siempre cauteloso.

—¿Estás seguro de todo esto?

—Bruno me ha llamado —respondo con la mandíbula tensa—. Y yo he de responder. Es la *cosa nostra.*

Asiente despacio.

Y es verdad, porque, en este mundo, la palabra vale más que la vida, y romperla se paga con sangre.

Me doy la vuelta un instante, tratando de ordenar mis pensamientos, y entonces lo veo. A través del cristal del ventanal, distingo a Roy moviéndose entre las mesas del casino. Camina rápido, e inspecciona las diferentes zonas como si buscara a alguien.

—Roy está ahí —gruño señalándolo.

Dante se incorpora de golpe y en dos pasos se planta a mi lado para mirar hacia abajo.

—Joder… —murmura con el ceño fruncido.

—Dante… —Mi voz se vuelve áspera, cortante, y mis dedos se tensan contra el marco del ventanal—. ¿Dónde está Marena?

El silencio que me devuelve me hiela las venas.

CAPÍTULO 11

MARENA

El aire helado me golpea en cuanto abandono el callejón. La humedad nocturna se pega a la piel y anuncia lluvia; una amenaza silenciosa suspendida sobre los rascacielos que me rodean. Camino deprisa, abrazándome a mí misma mientras exhalo pequeñas nubes de vaho que se deshacen en la oscuridad.

Sigo las indicaciones que me dio el hombre de mantenimiento: «Todo recto hasta ver las luces». Y, efectivamente, tras un par de esquinas, la calle principal surge ante mí. Taxis, bocinazos lejanos, escaparates iluminados. Nueva York en su versión más auténtica.

Meto las manos en el abrigo, saco el móvil del bolsillo. Mis dedos están rígidos por el frío cuando toco la pantalla.

Vale… solo necesito un coche. Solo eso.

Pulso en «Buscar viaje» y espero. La pantalla tarda apenas un segundo, pero a mí se me hace eterno.

Conductor a 2 minutos.

Perfecto.

Solo espero no congelarme mientras llega.

Cuando por fin aparece el Uber, subo y cierro la puerta con alivio. El calor del interior me devuelve la sensibilidad a las mejillas heladas y respiro hondo agradecida. Doy la dirección, el conductor asiente y el coche se incorpora a la calle.

El viaje se me hace eterno mientras atraviesa manzanas y más manzanas, cada una igual de gris y húmeda que la anterior. Cuando por fin el coche reduce la velocidad y se detiene frente a la ubicación que me envió Bria, levanto la cabeza… y parpadeo.

Un cartel de neón azul, titilando como si estuviera a punto de fundirse, ilumina la fachada de un edificio que no había visto en mi vida: BRUNO'S.

Me despido del conductor, cierro la puerta y me quedo un instante inmóvil, observando las enormes letras y la interminable cola que serpentea por la acera. Está claro que es *el sitio* de moda.

Respiro hondo y busco a Bria entre la multitud. La encuentro casi al principio de la fila.

—¿Bria? —la llamo, levantando un poco la voz.

Ella gira la cabeza, me reconoce enseguida y sonríe de oreja a oreja.

—¡Marena! —Levanta la mano, emocionada—. ¡Ven, corre!

Me abro paso como puedo, murmurando «perdón, lo siento» mientras esquivo codos y miradas asesinas. Noto cómo alguno resopla cuando me adelanto, y estoy *segura* de que más de un par de personas cuchichean algo poco amable.

—¡Has venido! —exclama Bria.

—¿Qué estamos haciendo aquí?

—Deja de fruncir el ceño, Marena. —Bria me alisa con el dedo índice el pliegue que se me ha debido de formar entre las cejas—. Te van a salir arrugas.

Le aparto la mano con delicadeza.

—Déjate de tonterías y responde a mi pregunta.

—Es el *pub* de moda. Pensé que te gustaría.

Me fijo en el portero: un armario empotrado con abrigo negro y una mirada que te hace replantearte tus propias decisiones. Es todo músculo y autoridad.

—¿Qué pasa con nuestro *pub* favorito?

—Que ha dejado de serlo.

La observo en silencio, esperando una explicación más larga.

—Ya te he dicho que dejes de hacer gestos, te vas a hacer vieja antes de tiempo.

—De acuerdo —claudico. Cuando a Bria se le mete algo en la cabeza, es mejor darse por vencida—. ¿Hace falta invitación?

Bria se encoge de hombros mientras da unas palmadas para calentarse las manos.

—No creo.

La miro incrédula.

—¿En serio, Bria? —Mi tono roza la irritación.

—Marena, por favor… —Pone los ojos en blanco—. Deja de preocuparte. Vamos a divertirnos un rato. Solo eso.

Resoplo. El frío cala hasta los huesos y la cola apenas avanza. Sin quererlo, mis ojos se pierden entre la multitud, buscando a alguien.

—¿Dónde está Fabio?

—Por ahí. Ni idea.

Suelto una risotada.

—Me pidió que no saliera de casa. Que tenía una reunión importante.

—Y tú, por supuesto, has pasado de él.

—Tú estás aquí, ¿no? —pregunta Bria con recelo—. Supongo que Enzo tampoco sabe dónde estás.

La culpa me invade otra vez. No debería sentirme tan bien por haberme escapado, pero tampoco tan mal. Necesito aire, moverme, sentir que mi vida no se ha reducido a cuatro paredes y a mirar por encima del hombro. Además, ha pasado una semana desde lo del muelle y no ha ocurrido nada. Ninguna llamada extraña, nadie siguiéndome. Nada.

—No, no lo sabe —admito.

Bria me sonríe como si eso fuera la confirmación de un plan brillante.

—Somos dos chicas malas.

Alzo una ceja, pero termino devolviéndole la sonrisa.

—¿Crees que se enfadará?

—¿Enzo? —indico. Bria asiente. Suspiro, intentando que no se note lo mucho que me importa la respuesta—. Con él nunca se sabe. No termino de adaptarme a sus cambios de humor.

—Está coladito por ti, y me da que está intentando impresionarte.

Estoy sorprendida y no puedo disimular que lo estoy. No sé si por el frío o por sus palabras. Me meto las manos en los bolsillos del abrigo. Cuando la cola avanza, doy varios pasos mientras el comentario de Bria sigue retumbando en mi cabeza.

—No creo que sea su tipo —murmuro.

Bria se me queda mirando, confundida y con un gesto que mezcla ternura y fastidio mientras a nuestro alrededor el murmullo de la gente en la cola se mezcla con el ruido del tráfico.

—Estás de broma, ¿no? —pregunta escandalizada.

—Eh… ¿sobre qué?

—Sobre ti. —Me señala con indignación—. Estás muy buena, Marena. Vale, no pareces una supermodelo, pero tienes unos ojos alucinantes, unos labios de pecado y una talla de sujetador por la que mataría. Estás cañón.

Me quedo mirándola estupefacta.

¿De verdad me ve así la gente? Avergonzada, bajo la cabeza y doy otro paso, percibiendo la sonrisa de mi amiga sin ni siquiera levantar la mirada.

—Necesitas verte con mis ojos —añade.

Suspiro, expulsando una nube de vaho.

De pronto, Bria se queda en silencio. Me sorprendo a mí misma levantando la mirada para asegurarme de que no me está tomando el pelo.

—Ese hombre está haciendo lo indecible por mantenerte a salvo —dice con una seriedad inesperada—. Eres su reina en su torre de marfil, Marena.

—Por favor…

—Hablo en serio.

—Yo también, Bria. —Cruzo los brazos, más por nervios que por frío—. No he ido a su cama y no voy a ir solo porque se haya propuesto ser mi guardaespaldas… o porque esté acostumbrado a conseguir lo que quiere. ¿Sabes qué? Yo también sé lo que es conseguir lo que quiero. Y lo que quiero es no caer rendida a sus pies.

Bria suelta una carcajada.

—Vaya…, nunca te había oído hablar así —afirma divertida—. Pero, cielo, le vas a hacer mucho daño. Y no imaginas lo alto puede aullar un lobo herido.

—No le conoces…

—Y no sé si quiero conocerlo. Fabio habla poco, pero cuando lo nombra se me ponen los pelos de punta.

Exhalo con fuerza, dejando que el aire helado me queme la garganta mientras sopeso sus palabras.

—No es para tanto.

Bria me mira, como si quisiera cerciorarse de que soy realmente yo quien está frente a ella.

—¿Quién eres tú y qué has hecho con mi amiga?

Me río con incredulidad, pero no me da tiempo a contestar porque la cola avanza y, de pronto, estamos frente al portero, que nos mira con cara de pocos amigos.

Entonces lo veo.

Se lleva la mano al pinganillo del oído.

Inclina ligeramente la cabeza.

Escucha y nos señala.

—Podéis pasar —dice al fin, con una voz que no admite réplica.

Bria me mira eufórica, casi saltando.

—¿Ves? No ha sido tan difícil.

Tengo que reconocer que su entusiasmo es contagioso. Me empuja con suavidad hacia la puerta justo cuando el portero la abre para dejarnos entrar.

—A tope esta noche, ¿de acuerdo? Te quiero desinhibida y loca de atar.

Y mientras cruzo el umbral, no puedo evitar mirar de reojo al portero.

Sigue con la mano cerca del pinganillo.

Como si estuviese recibiendo otra instrucción.

O avisando a alguien de que ya hemos llegado.

El contraste me golpea de inmediato.

Del frío cortante de la calle paso a un calor asfixiante, cargado de música, voces y alcohol. El aire huele a una mezcla de perfume caro, sudor y ese aroma dulzón de los cócteles que sirven en vasos enormes llenos de hielo picado. La luz es tenue, bañada en neones púrpuras y azules que parpadean sobre las paredes.

La música retumba en mi pecho y el suelo vibra bajo mis pies. La pista está abarrotada: cuerpos que se mueven al ritmo marcado por los graves, desinhibidos, chocando entre sí, besándose sin

preocuparse por quién los mira. Las mesas altas, de madera oscura, están rodeadas de gente apoyada con vasos a medio terminar; algunos hablan a gritos para hacerse oír, otros simplemente beben, desconectados del mundo.

Una camarera se desliza entre la multitud con una bandeja llena de chupitos, esquivando hombros y manos como si llevara años practicando una coreografía imposible.

Bria, que está detrás de mí, me agarra la muñeca para que no me quede atrás.

—Vamos, continúa —eleva la voz para hacerse oír por encima de la música.

Asiento, aunque mis ojos siguen recorriendo el lugar con una mezcla de sorpresa y cautela. No puedo apartar la vista de la multitud: un torbellino humano, un mar de luces y cuerpos que se mueven como si no existiera el mañana. El calor me golpea con más fuerza; noto cómo mis mejillas empiezan a descongelarse y un leve cosquilleo recorre todo mi cuerpo.

—¿Quieres una copa? —grita Bria tirando de mí hacia la barra.

—Una. Solo una —indico, consciente de que en realidad no quiero quedarme aquí demasiado tiempo. Me quito el abrigo y lo dejo sobre un taburete, junto al de Bria.

No debería beber ni sentirme culpable, joder.

Pero una parte de mí —esa que llevaba semanas encerrada, asustada, paralizada por el miedo— suplica quedarse un poco más. Respirar una atmósfera diferente al casino y fingir que nada de esto está pasando. Que mi vida sigue igual, sin un puñetero asesino pisándome los talones.

Llegamos a la barra, donde un camarero con un tatuaje impresionante en el brazo nos dedica una enorme sonrisa, la de quien lleva media vida flirteando con desconocidos.

—¿Qué os pongo?

Bria no duda.

—Dos cosmopolitan.

Me mira de reojo, como si intentara apaciguar ese arrebato de inocencia que a veces me invade.

—Relájate —susurra, acercándose para que solo yo la escuche—. Aquí nadie te va a hacer daño.

Pero sus palabras, en vez de tranquilizarme, me tensan todavía más.

No puedo evitar mirar hacia la puerta, donde el portero sigue firmemente en su sitio…

No nos pierde de vista.

—Bria —susurro incómoda—. ¿Estás segura de que este sitio es nuevo?

Ella parpadea confundida.

—Según tengo entendido, lo remodelaron hace un mes.

El camarero desliza dos copas de cóctel sobre la barra, el cristal fino y delicado reluce bajo las luces tenues del local. El líquido en su interior es de un rosa intenso y vibrante, parece capturar la esencia misma de la noche. En el borde de cada copa, una rodaja fina de lima que libera su aroma cítrico.

Es extraordinario. Verdadero arte. Y, por un segundo, me pregunto cómo algo tan simple puede ser tan impresionante.

Bria sonríe, ajena al nudo que empieza a formarse en mi estómago.

—Brinda, preciosa. Esta noche quiero que te sientas desinhibida.

Choco mi copa con la suya, pero con el ruido de fondo ni siquiera escucho el tintineo del cristal.

Pero mientras el cosmopolitan roza mis labios, algo en el ambiente —un presentimiento, una punzada, un instinto— me hace desviar la vista hacia la entrada.

El portero sigue allí.

Y esta vez estoy segura: vuelve a llevarse la mano al pinganillo y murmura algo.

Y tengo el presentimiento de que es sobre mí.

—Vamos a bailar.

Antes de que pueda protestar, Bria me agarra la mano y me arrastra hasta el centro de la pista, donde el aire es más pegajoso, las risas más atrevidas y los cuerpos sudorosos se mueven sin pudor, como si el mundo fuera a acabarse en la próxima canción.

Bria me mira con un brillo desafiante, como si dijera: *«Aquí no hay reglas, Marena. Solo nosotras».*

Echa un vistazo a mi vestido, me dedica dos pulgares arriba y, al fijarse en mis Converse, estalla en carcajadas.

Yo también me río, dejándome contagiar por su energía.

Entonces cierro los ojos y me dejo llevar por la música, un ritmo fuerte y pegadizo que hace temblar toda la pista.

Mis caderas se mueven solas, como si supieran mejor que yo lo que necesito. El vestido se pega a mi piel con cada giro y siento el sudor resbalando por mi espalda, pero no me importa.

Nada importa en este momento.

Solo el ritmo, el calor de los focos sobre nosotras. Y la risa de Bria cuando la miro por encima del hombro, como si fuéramos las únicas que entienden esa libertad clandestina.

Ella baila como si quisiera cambiar el mundo. Yo bailo como si quisiera olvidarlo.

Un chico tropieza conmigo; abro los ojos, pero ni siquiera me detengo a mirarlo. Bria me atrae hacia ella, sus dedos se enredan en los míos y, por un segundo, nos movemos al mismo compás. Nuestras caderas chocan con naturalidad. Sus labios rozan mi oreja:

—*Así, joder. Así se hace* —grita por encima de la música, y su aliento me quema la piel.

Agarro con fuerza la medalla que llevo al cuello; está caliente, pegada a mi piel. Me aferro a su energía y finjo que nada de esto me asusta. Esta noche no hay espacio para miedos ni para dudas. Esta noche vuelvo a ser yo. Y eso… me encanta.

Sigo bailando al ritmo de la música, cuando el chico que tengo al lado se acerca. Tiene los ojos rojos y las pupilas tan dilatadas que apenas se distingue el iris. Su mirada, fija pero a la vez distante, me atraviesa. Estoy segura de que ha tomado algo más fuerte que alcohol, pero quién soy yo para juzgar a nadie.

Sus manos se posan en mi cintura antes de que pueda reaccionar, sus dedos me queman a través de la tela del vestido como si supieran exactamente dónde tocar. No hay espacio entre nosotros. Ni un milímetro para que pase el aire. Su cuerpo está

pegado al mío, moviéndose al ritmo de la música, lento y deliberado, como si el mundo entero se desvaneciera.

—Me gustas —susurra contra mi oído, su aliento roza mi cuello mientras sus labios esbozan una sonrisa.

Debería apartarme. Debería decirle que no, que esto no es lo que busco, que no soy el tipo de chica que se deja llevar por extraños en la pista de un *pub*. Pero sus manos suben, rozando la piel desnuda de mi espalda, y algo en mí —algo traicionero, hambriento, olvidado— se arquea hacia él en respuesta.

Es atractivo y huele de maravilla.

La música se vuelve más intensa, o tal vez soy yo. Sus muslos presionan contra los míos, su cadera marca el ritmo y por un segundo cierro los ojos, dejando que el vértigo me arrastre. *Solo un baile*, me digo. *Solo esta canción.*

Pero el chico desliza una mano por mi costado y me atrapa la cintura con una seguridad que no debería permitirle. Se inclina; su nariz recorre mi mejilla como si quisiera memorizar mi rostro, y siento su sonrisa peligrosamente cerca de mi boca.

—Estás increíble —murmura, y noto su pulgar acariciar mi espalda poco a poco.

Un escalofrío me recorre de arriba abajo. No de placer. De alerta.

Mi cuerpo sigue moviéndose por inercia, por el ritmo que retumba en el suelo, pero mi mente empieza a encender todas las alarmas. A recordarme dónde estoy. A recordarme qué me acecha ahí fuera.

Y entonces, entre la multitud y las luces que parpadean, oigo mi nombre.

—¡Marena!

Bria.

Y algo en su tono me saca de golpe de mi ensimismamiento.

—¡Marena!

La voz de Bria se abre paso entre la música.

El chico sigue pegado a mí, sin intención de soltarme, pero mi atención ya no está en él. Levanto la cabeza y encuentro a Bria

avanzando a empujones, con el ceño fruncido y una urgencia que me eriza la piel.

No sonríe. No bromea.

Tiene los ojos muy abiertos, fijos en mí. Y eso… eso no es buena señal.

—Marena, ven —exige cuando al fin llega a mi lado, agarrándome del antebrazo.

El chico frunce el ceño, molesto.

—Ey, tranquila. Solo estamos bailando.

Bria le lanza una mirada asesina.

—El baile se ha acabado. Lárgate.

Él se encoge de hombros, molesto, pero al ver la expresión de Bria y cómo me aferro a ella, decide esfumarse.

—¿Qué pasa? —pregunto, intentando hablar por encima del estruendo de la música.

Pero mi voz suena demasiado insegura.

Bria, nerviosa, traga saliva.

—No te asustes —pide, lo cual, por supuesto, hace que me asuste más, y señala con disimulo la barra—. Enzo está aquí.

El mundo entero se me viene encima.

—No —murmuro. Siento el frío recorrerme la columna, como si alguien hubiera abierto de golpe la puerta del callejón otra vez.

—No puede ser.

Bria asiente, mordiéndose el labio inferior.

Mi estómago se contrae.

—Bria —susurro—, tenemos que irnos.

—Sí —responde sin dudar, cogiéndome la mano—. Ahora mismo.

Nos apresuramos hacia la salida. Y entonces, entre dos destellos de luz violeta, lo veo.

Enzo.

Está junto a otro hombre, pero no le está prestando atención. Sus ojos están fijos en mí. Su expresión es una máscara impenetrable. Su mandíbula está tan tensa que parece esculpida en granito.

No grita.

No avanza.

No dice nada.

Solo me observa, como un huracán a punto de tocar tierra.

Desvío la mirada al otro hombre que está a su lado cuando se gira. Entrecierro los ojos. Su rostro me resulta inquietantemente familiar. Sé que lo he visto antes, pero no logro ubicarlo. Un mal presentimiento me atraviesa.

Tomo una profunda bocanada de aire, intentando recomponerme. Me seco con discreción las manos sudorosas contra el vestido y alzo la barbilla, obligándome a parecer más segura de lo que me siento.

Camino hacia él intentando fingir una seguridad que no tengo. Los ojos de Enzo se desvían un segundo. Sigo su mirada y veo cómo se clava en el chico con el que estaba bailando. Tiene esa cara. Esa de: «Voy a arrancarle la cabeza por tocar lo que es mío».

Inspiro un aire viciado que apenas me llega a los pulmones, decido ignorarle y giro hacia la salida. Pero, cuando paso por su lado, Enzo me atrapa la mano con un movimiento rápido, posesivo, que me detiene en seco.

—¿Qué cojones ha sido eso? —inquiere con un tono que se escucha por encima de los altavoces.

—¡Suéltame!

Y para mi sorpresa, me suelta al instante.

Parpadeo, confundida, buscando a Bria. Entonces la distingo al fondo, abriéndose paso entre mesas altas y camareros. Lleva los abrigos colgados del brazo y mira a un lado y a otro, con prisa, como si temiera perderme de vista. Fabio está a su lado, con el mismo gesto huraño que Enzo.

—¡Marena!

Me giro, tensa.

—¡No tengo que darte ninguna explicación, Enzo!

—¡Y una mierda! —ruge.

No me da tiempo ni a girarme. Enzo me agarra otra vez, esta vez del antebrazo, sin hacerme daño, pero con una determinación que no admite discusión. Me arrastra hacia la salida, abriéndose

paso entre cuerpos que se balancean, luces estroboscópicas que me ciegan y el olor a perfume y sudor que me golpea en la cara.

Intento seguir su ritmo, pero su zancada es enorme, furiosa. Yo casi tengo que correr para no tropezar.

Escucho una carcajada seca y estruendosa detrás de nosotros. Es el hombre con el que estaba hablando Enzo. Que todo esto le divierta me revuelve el estómago.

—¡Enzo, para! —exclamo, intentando soltarme.

Pero él ni se inmuta; al contrario, aprieta el paso, empujando a la gente a un lado mientras la música sigue retumbando en el *pub*.

Justo antes de llegar a la puerta, veo de reojo cómo Roy se acerca al chico que bailaba conmigo y se lo lleva por el brazo, sin ninguna delicadeza.

—¿Qué va a hacer Roy? —pregunto, alarmada, sintiendo un nudo en el estómago.

—Eso no es de tu incumbencia —ruge Enzo sin detenerse.

El aire frío de la noche me golpea la cara en cuanto cruzamos la puerta. Me estremezco al instante. He dejado a Bria y mi abrigo dentro… y el móvil sigue en uno de sus bolsillos. Después del calor sofocante del *pub*, el contraste me corta la respiración y me eriza la piel.

Aun así, Enzo no suelta mi mano. Me arrastra por la acera con paso decidido, como si temiera que pudiera escaparme de nuevo.

—Enzo, para ya —protesto, intentando zafarme.

No lo hace. Su mandíbula sigue tensa, sus pasos son largos, casi violentos.

—¿Estás loco? —insisto.

—¿Qué coño hacías con ese tío? —escupe sin girarse.

—Bailar. Solo bailar. Como todo el mundo ahí dentro.

—No me jodas, Marena. Ese tío no bailaba contigo, te estaba manoseando.

Me hierve la sangre.

—Dejo que me manosee quien me dé la gana.

Mi respuesta lo detiene en seco. Yo casi me estrello contra su espalda. Se gira despacio. Muy despacio. Sus ojos arden, pero no es

solo ira. Es algo más oscuro, más primitivo, algo que no quiero —no puedo— analizar ahora mismo.

—No vuelvas a hablarme así —murmura con un tono de advertencia que no deja lugar a dudas.

—No vuelvas a tratarme como si fueras mi dueño —respondo levantando la barbilla. Retándolo.

Durante un segundo nos quedamos así, desafiándonos en mitad de la calle, con la música del *pub* vibrando aún a lo lejos y la noche helada envolviéndonos.

Entonces Roy aparece detrás, con su expresión impasible, como si nada de lo ocurrido fuera nuevo para él.

—Vámonos —decide Enzo, cortando cualquier posible réplica.

Me suelta la mano solo para rodearme por la espalda y guiarme hacia su coche, aparcado a unos metros. Su presencia es sofocante, pero no agresiva. Más bien, posesiva.

Las luces del coche parpadean cuando pulsa el mando. Me abre la puerta del copiloto sin mirarme. Ni siquiera espera un gracias; solo quiere que suba.

—Enzo, no tienes derecho a…

—Sube, Marena —ordena, con ese tono que siempre consigue helarme y quemarme a la vez.

Aspiro con dificultad. No quiero entrar. Todo mi cuerpo me pide que dé media vuelta y huya de él, que no le dé el gusto de pensar que tiene poder sobre mí.

Pero la realidad me golpea con la misma fuerza que el aire helado: no llevo abrigo —lo dejé en el *pub*—, he olvidado el móvil y no tengo un solo dólar encima.

Estoy en mitad de Nueva York, de noche, con un vestido que no me protege de nada, ni siquiera de mí misma.

No quiero subir, irme con él.

Pero tampoco puedo quedarme sola, expuesta y vulnerable en esta calle.

Así que accedo.

Enzo da un portazo suave, pero el sonido retumba dentro del coche. Rodea el Maserati, abre su puerta y se sienta al volante sin pronunciar ni una palabra.

Arranca el motor sin mirarme. Las luces del salpicadero iluminan su rostro en un juego de sombras que lo hace parecer aún más duro, más inalcanzable.

Sus dedos se cierran alrededor del volante, duros, firmes, los nudillos se le quedan blancos de pura tensión. Contrae la mandíbula una y otra vez, un gesto tan reprimido como la rabia que le hierve por dentro. Yo siento el temblor en mi propio pecho. Quiero llorar, quiero gritar, pero me obligo a tragarlo. Un acelerón seco sacude el coche y me hunde en el asiento, arrancándome un suspiro que no consigo controlar.

—¿Puedes conducir más despacio? —Intento que no suene a súplica, pero me tiembla la voz.

—Puedo —responde.

Pero no lo hace.

Las calles se suceden a ambos lados, húmedas y brillantes por la lluvia. La ciudad continúa su ritmo, indiferente al torbellino que me consume por dentro.

—No puedes enfadarte porque alguien me invite a bailar —digo al fin, rompiendo el silencio que me está asfixiando.

Enzo resopla, sofocando una risa.

—Ese tío se lo pensará antes de volver a bailar con alguien.

Abro la boca, pero no emito ningún sonido.

—¿Qué has hecho? —pregunto dolida.

Gira bruscamente hacia una calle menos transitada. El motor ruge. Mi pulso también.

—Me cabrea —expresa al fin, con una sinceridad que me deja sin aliento—. Me cabrea verte así. Con otro. Escapándote, como una ladrona del casino, por la puerta de atrás. Sin saber qué coño pasa por tu cabeza.

—Enzo, ese chico no tiene culpa de nada.

—Eso lo decido yo, no tú. —Golpea con violencia el volante con la mano.

Frena en seco ante un semáforo en rojo. Me mira por primera vez desde que nos subimos al coche.

Y su mirada… duele.

No porque sea fría.

Sino porque está herida.

—Me importas, Marena. Más de lo que crees —dice en voz baja—. Y los dos lo sabemos.

Mi respiración se vuelve irregular. Me aferro al cinturón.

—No hablamos de lo mismo, Enzo —susurro.

—Claro que sí.

—No.

—Marena… —murmura, y su mano se levanta un poco, como si quisiera tocarme—. No tienes ni idea de lo que me haces sentir.

Y ahí está.

Ese tono que me desarma.

Trago saliva, aparto la mirada y fijo los ojos en las luces del semáforo, esperando con desesperación que cambie a verde. Que algo cambie.

—Llévame a casa —logro decir.

Un largo silencio nos envuelve.

El semáforo finalmente cambia. Enzo parpadea, sus dedos tensos envuelven el volante.

—Vamos al ático.

Voy a protestar, pero su mirada me lo impide.

No es una mirada fría.

Es algo peor.

Está rota.

—Como quieras —respondo al fin.

CAPÍTULO 12

ENZO

Decir que estoy cabreado se queda corto. Me paseo por el salón del ático como un león enjaulado, intentando convencerme de que todo ha pasado, de que ella está aquí, a mi lado. Sana y a salvo.

Me llevo una mano a la nuca y aprieto, buscando aliviar una tensión que me oprime el pecho y me roba el aire. No estoy hecho para sentir así. Ni para perder el control.

—Lo siento. —La oigo decir.

Me doy la vuelta. La miro. Nuestros ojos se encuentran de una manera extraña y poderosa.

Ella debe saber cómo me siento, debe saberlo porque se ha disculpado.

—Te lo he repetido hasta la saciedad, Marena.

—Lo sé y lo siento. No debí escaparme como lo hice.

—No, no debiste hacerlo —respondo sin concederle un resquicio de amabilidad.

La deseo con tanta fuerza que duele. Supongo que esto es lo que se siente cuando te estás enamorando: querer proteger, poseer, mantener a salvo, incluso cuando no tienes derecho a hacerlo.

Mientras la observo, me asaltan imágenes de la noche: el imbécil de turno, la risa boba de mi hermano, el caos que pudo haberse desatado si yo no hubiera estado allí. Y entonces lo entiendo: no es solo rabia. Es miedo.

Miedo a no poder protegerla.

Miedo al futuro.

Miedo a quererla más de lo que estoy preparado para admitir.

Todo se me escapa de las manos. Y esa sensación —la de perder el control— me está destruyendo poco a poco.

—Ha sido una insensatez por tu parte. Es peligroso.

—Estoy cansada de vivir en peligro, de no poder salir de este ático.

—Estamos hablando de tu vida —declaro.

—Exacto. De mi vida.

Se cruza de brazos y gira la cara, marcando distancia. Ese gesto, esa forma de apartarse de mí, me resulta insoportable. Me revuelve algo en el pecho que no logro identificar.

Dejo a un lado el miedo, pero no la necesidad de protegerla. Doy un paso hacia ella, invadiendo su espacio, esperando. No la obligo.

Al final levanta la cabeza y me sostiene la mirada. Eso me calma…, y me enciende al mismo tiempo.

Deslizo las manos alrededor de su cintura y tiro de ella hacia mí. Lo justo para que no se aparte, para que entienda que no es momento de cuestionarme. Nuestros rostros quedan muy cerca y el aliento de ambos se funde con el pequeño espacio que compartimos.

—Acabará pronto, te lo prometo. Solo debes tener un poco más de paciencia.

—¿Cuánta más? —pregunta, tensa, sin apartarse.

—Hasta la fiesta.

MARENA

—No creo que pueda.

—¿Qué quieres decir? —pregunta.

Deja caer los hombros ligeramente con una exhalación cansina, pero no añade nada más. Espera.

—Necesito mi vida.

Enzo asiente despacio, como si lo entendiera. Pero lo conozco demasiado bien: ese gesto pausado, esa calma calculada, significa que no va a ceder.

—Mientras estés aquí, nadie te hará daño.

—Eso no lo sabes —rebato a la vez que paso la mano por su hombro con cuidado de no rozar la herida. Mis dedos apenas lo

tocan, pero noto cómo se tensa bajo mi contacto.

Me mira sorprendido. Quizá por el gesto o quizá por el tono conciliador de mi voz.

—Lo sé —afirma—. Pero necesito que confíes en mí.

Bajo la mirada tan solo unos segundos, el tiempo justo para recomponer mis pensamientos.

—Enzo, ahí abajo hay un montón de máquinas contando billetes.

Él no parece impresionado por la información que acabo de darle.

—Así es.

Lo miro enfurruñada, incapaz de darle la respuesta que quiere oír.

—No sé si quiero formar parte de todo esto.

—¿Qué quieres decir? —inquiere.

—Lo que has oído —murmuro—. Necesito volver a mi vida. Olvidarme de todo.

Su mirada se endurece, no es conformista ni mucho menos.

—Ya lo hemos hablado. Ha cambiado todo, Marena. Nada puede ser como antes.

Sé que en el fondo tiene razón, pero me niego a aceptarlo.

—No puedo permitir que nadie te haga daño —me coge de la mano—, no mientras yo viva.

Observo su mano un instante, sus dedos entrelazados con los míos. Mi cerebro va a mil por hora, pero solo hay una cosa que realmente me importa: mi libertad. Aunque también está Bria. Si vuelvo con ella puedo ponerla en peligro. Ya lo he hecho, hace apenas unas horas, yendo con ella al *pub*.

¡Maldita sea!

Estoy en peligro, lo sé. Y, aunque me asuste admitirlo, él es el único que me hace sentir segura.

—Está bien —claudico con un suspiro.

Veo como se relaja, como si le hubiera quitado un peso de encima.

—De acuerdo —asiente—, pero prométeme algo.

—¿El qué? —pregunto recelosa.

—Que, a partir de ahora, no irás a ninguna parte sin mí.

La condición es absurda.

Y, aun así, me cuesta apartar la mirada de la suya.

—¿Por qué tú? —inquiero—. ¿Por qué no me protege la policía?

—Porque la policía no puede protegerte de los míos.

La respuesta me golpea más fuerte de lo que debería. Contengo el aliento, intentando no dejar que el miedo se note.

—Por Dios, Enzo…, no necesito un protector.

—Claro que sí —responde sin alzar la voz—. Porque, si no te protejo, no podré soportar lo que soy.

Sus palabras me recorren como un escalofrío. No sé si es una amenaza, una confesión o ambas cosas a la vez. Me asusta lo que dice y, sobre todo, lo que despierta en mí.

Quiero discutir, negarme, mantenerme firme. Pero la verdad se abre paso, incómoda y dolorosa: tiene razón.

No quiero necesitarlo.

No quiero confiar.

Y, aun así, lo hago.

Levanto la mirada y me encuentro con la suya.

Demasiado cerca.

Demasiado intensa.

Siento cómo el aire se vuelve denso entre nosotros, como si el espacio se estrechara sin dejarme escapatoria.

Siento cómo se me acelera el pulso.

Aunque no quiera, doy un paso invisible hacia él.

Y sé que en ese instante ya he empezado a ceder.

No me da tiempo a reaccionar. Su boca encuentra la mía con una urgencia que no admite dudas y, antes de que pueda tomar aire, sus manos me alzan contra él como si no pesara más que un suspiro. El mundo se desvanece de golpe.

El sofá gime bajo nuestro peso, pero él no se detiene. No tiene prisa por desnudarme. Sus dedos no buscan cremalleras; solo se clavan en mi cintura, decididos, manteniéndome inmóvil mientras su boca devora la mía con una lentitud deliberada, casi cruel. La barba incipiente —áspera y oscura— me quema la barbilla, el cuello,

cada centímetro de piel que roza; un contraste salvaje con la suavidad de sus labios, que se mueven sobre los míos como si tuvieran todo el tiempo del mundo para saborearme.

Sus besos saben a *whisky* y a pecado, a frases inacabadas que nunca llegarán a convertirse en promesas. Su lengua traza el contorno de mis labios, lenta, exigente, y un calor líquido se enreda en mi vientre, denso e imparable. No es un beso. Es una posesión. Una advertencia. Y cuando sus dientes atrapan mi labio inferior y lo mordisquean, sé que no tengo escapatoria. Porque lo que quiere no es mi cuerpo —*todavía*—, sino mi rendición, gota a gota, entre suspiros y jadeos.

Un gemido se me escapa contra sus labios mientras siento cómo sus manos se deslizan por mis caderas, subiendo y bajando en un vaivén lento, como si no tuvieran prisa por llegar a ningún sitio.

—No te imaginas cuántas veces he fantaseado con tenerte así, entre mis brazos —murmura mientras sus dedos se enredan en mi pelo con una suavidad que contrasta con la urgencia de sus palabras—. Eres pura adicción.

Su voz, grave y áspera, me recorre la piel como una caricia más. Cada palabra, cada susurro, enciende algo dentro de mí. Y cuando su boca abandona la mía para trazar un sendero de besos hasta mi cuello, inhalo hondo, embriagándome con su esencia: ese aroma a hombre, a piel caliente y deseo contenido. No puedo evitar arquearme hacia él, buscando más. Porque sé que esto no ha hecho más que empezar.

Sus labios se detienen en la curva de mi cuello, justo donde el pulso late desbocado, y siento cómo su aliento caliente se mezcla con el mío, acelerado y entrecortado. No hay prisa, pero tampoco hay pausa. Cada beso es un latigazo de placer que me deja sin aire.

—¿Sabes lo que me provoca el hecho de que estés así, sobre mí? —Su voz es un susurro ronco contra mi piel mientras sus manos suben con una lentitud deliberada, trazando el contorno de mi espalda como si memorizara cada centímetro—. Que no pueda pensar en nada más que en ti. En cómo saborearte. En cómo hacer que pierdas el control, poco a poco.

Un escalofrío me recorre cuando sus dedos encuentran el cierre del vestido y lo deslizan hacia abajo con una habilidad que me deja sin aliento. La tela se abre y revela mi piel a su mirada oscura, llena de una intensidad que me quema. No dice nada, pero no hace falta.

Y cuando sus labios vuelven a los míos, ya no hay dulzura, sino hambre. Una necesidad que arde entre los dos, y que sé que no se apagará hasta que ambos quedemos reducidos a cenizas.

Me muevo sobre su regazo, sintiendo su erección, dura y palpitante, bajo la tela de sus pantalones. No hay vuelta atrás, si la hubiese habido, habría salido corriendo hacía horas, mientras el vestido se desliza despacio por mi cuerpo dejando al descubierto mis pechos.

Sus ojos se oscurecen al instante y un gemido gutural escapa de su garganta cuando sus dedos rozan mis pezones, ya duros y sensibles. Me estremezco, arqueando la espalda, y un jadeo se me escapa cuando sus manos descienden con determinación. Mis caderas se mueven instintivamente contra las suyas, buscando más contacto, más presión, y él responde con un gruñido de aprobación.

Sus dedos trazan un camino de fuego por mi muslo hasta colarse entre mis piernas, hasta llegar directos a mi sexo. No hay timidez en su caricia: sus yemas se deslizan con precisión, acariciando mi clítoris hinchado, dibujando círculos lentos y tortuosos que me arrancan gemidos entrecortados. Estoy empapada, lista, y cada movimiento de sus dedos me recuerda lo mucho que necesito sentirlo dentro.

—Joder —murmura contra mi boca, su voz áspera y llena de deseo, mientras sus caricias se vuelven más insistentes, más exigentes.

Y yo solo puedo aferrarme a sus hombros, perdida en el placer que me arrastra hacia el borde del abismo.

Sus manos abandonan mi sexo solo el tiempo necesario para agarrar el dobladillo del vestido y arrancármelo de un tirón, dejando mi cuerpo al descubierto, tembloroso y ansioso. El aire fresco acaricia mi piel, pero dura poco: sus labios vuelven a buscarme, esta vez con más urgencia, mientras sus dedos expertos desabrochan el

cinturón de sus pantalones. El sonido metálico del cierre al bajar resuena entre jadeos, y, en segundos, su erección queda libre, tensa y latente, rozando mi vientre.

—No aguanto más —gruñe, levantándome apenas lo suficiente para deshacerse de los pantalones y la ropa interior de un solo movimiento.

Ahora no hay barreras. Su piel quema contra la mía cuando me atrae de nuevo hacia él y siento su excitación, caliente y pesada, deslizándose entre mis muslos. Sus manos me sujetan con firmeza, guiándome; su boca captura un pezón entre los dientes, mordisqueando con la presión justa que me hace arquear el cuerpo hacia él, una vez más.

—Quiero sentirte —susurro, casi sin voz, mientras mis dedos se enredan en su pelo, empujándolo hacia donde más lo deseo.

Él no necesita más invitación. Con un movimiento rápido, me levanta por las caderas y me coloca justo sobre su sexo, dejando que la punta roce mi entrada, húmeda y lista. Sus ojos, oscuros como la noche, se clavan en los míos.

—Ahora —ordena con una voz que es casi un rugido—. Ahora, *joder*.

El corazón se me para por un instante, un segundo eterno en el que solo existe el calor de su cuerpo contra el mío. Entrelazo mis dedos detrás de su nuca y me fundo en sus labios, ahogando un gemido cuando empiezo a descender sobre él. El aire se escapa de mis pulmones en un jadeo roto al sentirlo llenarme por completo, profunda, irrevocablemente. Me aferro a sus hombros, le clavo las uñas en su piel, mientras un escalofrío de éxtasis me recorre de cabeza a pies.

—¡Quiero más! —exijo sin reconocer mi propia voz.

—Tú tienes el control, Marena —responde él con un suspiro entrecortado que se pierde contra mi boca.

Esas palabras son el detonante. Con un movimiento instintivo, balanceo las caderas hacia delante, sintiendo cómo se hunde aún más dentro de mí. El roce preciso contra ese punto sensible desata unas olas abrasadoras que me queman por dentro, arrasando con cualquier pensamiento que no sea él. La fricción es perfecta,

insoportable, y un gemido gutural se me escapa cuando trazo círculos con las caderas, buscando —exigiendo— más.

—¡Joder! —exclamo. Mis brazos se relajan solo para enmarcar su rostro entre mis manos, obligándolo a mirarme mientras repito el movimiento una y otra vez.

Él me atrae hacia sí, nuestras frentes chocan con suavidad, y en ese instante de conexión el fuego de nuestras miradas lo dice todo.

Me separo lo justo para ver su rostro, sin detener el ritmo de mis caderas. Su pelo, revuelto, se pega a la frente perlada de sudor, y sus labios, entreabiertos, dejan escapar jadeos entrecortados.

—Quiero que te corras, Marena —exige con una voz ronca que me recorre la espalda como una descarga.

Solo Enzo DeLuca sería capaz de ordenarme algo así con esa mezcla de autoridad y desesperación.

Se incorpora y va directo a mi cuello, atacándolo con la boca, besándolo y mordiéndolo.

—Déjate llevar —murmura contra mi piel mientras sus manos me sujetan con firmeza.

Con un movimiento rápido y seguro, me gira y me tiende sobre el sofá, colocándose sobre mí sin romper el contacto. El cambio de postura me deja sin aliento, pero mis piernas reaccionan al instante, se enroscan alrededor de su cintura, aferrándose a él con una urgencia que no admite negociación.

Alcanza el orgasmo con un sonoro gruñido y un incontrolado movimiento de caderas.

—No tienes ni idea de lo que me haces sentir, Marena. No tienes ni idea.

No necesita decir más. El orgasmo me golpea con una fuerza brutal, arrancándome un grito y desvaneciendo todo a mi alrededor. Solo queda él. Solo esto. Y el éxtasis absoluto que nos arrastra a los dos.

—Te quiero —jadeo.

El mundo se detiene.

No hay respuesta.

Solo silencio.

Solo un vacío tan profundo que duele.

CAPÍTULO 13

ENZO

Un fino resquicio de la luz del alba se cuela entre las cortinas, dibujando una línea pálida en la penumbra de la habitación. Marena respira a mi lado, lenta y profundamente. Está dormida. Su calma contrasta con el torbellino que llevo dentro. Aun así, no puedo evitar tocarla, deslizar los dedos por su brazo desnudo, como si ese gesto pudiera protegerla de todo lo que no he sabido apartar de su camino.

Dejo que mi mente y mis pensamientos vaguen por todo lo que ha ocurrido la última semana. Pienso en su trágica historia, demasiado dura para alguien tan joven. La forma en que la situación ha ido enredándose hasta convertirse en algo que ya no controlo del todo.

Tengo la sensación de que hemos vivido siempre en mundos paralelos. Ella tiene veinticinco años. Yo, treinta y siete. Y me ha dicho que me quiere…, y yo no he sido capaz de responderle. No porque no lo sienta, sino porque vivimos en tiempos distintos, porque somos dos errores que se han cruzado en el momento equivocado.

Y, sin embargo, ahora mismo me siento más unido a ella que nunca: tumbado a su lado, respirando su fragancia, observando cómo la cadena de oro brilla suavemente contra la piel de su cuello.

Cierro los ojos un instante y los pensamientos vuelven, insistentes. Mi padre dando órdenes a gritos. Bruno, siempre un paso por delante o por detrás, nunca donde debería estar. Y la mercancía del almacén. No estoy seguro de que esto vaya a terminar bien.

El hilo de luz se rompe cuando Marena se mueve. Se gira despacio en la cama y abre los ojos, aún velados por el sueño. Me

mira sin decir nada. Y en esa mirada somnolienta hay una confianza que me pesa más que cualquier deuda pendiente.

—Buenos días —murmuro con la voz más ronca de lo habitual.

—Hola —susurra ella, y el simple sonido de su voz se convierte en un jadeo suave cuando sus dientes atrapan el labio inferior, tirando de él con una inocencia que es pura provocación. El gesto me enciende la sangre.

Se estira, arqueando la espalda como una gata bajo los primeros destellos del alba. Tiene los brazos extendidos sobre la cabeza, el cuerpo tenso y una mirada que es todo promesa. La sábana, traicionera, resbala y deja al descubierto el contorno de un pecho, el rosado pezón que se endurece al contacto con el aire matutino.

Mis dedos actúan sin pensarlo: lo rozan con el índice y el pulgar. Durante un segundo —o quizá una eternidad—, permanecemos inmóviles: ella, con las manos aún sobre la almohada y los ojos fijos en los míos; yo, conteniendo el aliento, luchando contra el impulso de separarle los muslos y perderme en ella sin más preámbulos. El silencio entre nosotros está cargado de electricidad, de promesas suspendidas en el aire, del placer de la noche anterior que aún hormiguea bajo la piel.

Deslizo la nariz por su cuello, inhalando su aroma, antes de descender hacia sus pechos. Recorro su contorno con los labios y, cuando mi lengua traza círculos lentos y deliberados alrededor de sus pezones, siento cómo se endurecen bajo mi boca.

—No deberías hacer eso —murmuro contra su piel, aunque no tengo intención de detenerme.

—¿Por qué? —pregunta, desafiante, mientras sus dedos se enredan en mi pelo.

Sus uñas se clavan en mi hombro cuando repito el movimiento y el dolor agudo solo enciende más esta jodida necesidad que me corroe las entrañas.

—Dios, ni siquiera tengo una respuesta —me lamento.

—¿Estás bien? —insiste, aunque su sonrisa pícara delata que conoce perfectamente el poder que ejerce sobre mí. Que *sabe* que

estoy a punto de romper mi propia represión.

—Nunca he estado mejor —miento, porque «bien» no describe ni de lejos lo que siento. Estoy al límite. Estoy perdido. Y cuando se mueve de nuevo, y la sábana se desliza un poco más, dejando al descubierto otro pezón rosado, turgente, suplicando ser tocado, sé que esta batalla está perdida desde el primer segundo.

—¿En qué piensas?

—Pienso que por primera vez en mucho tiempo la vida me sonríe sin que tenga que derramar sangre por ello —comento dibujando círculos en sus pezones, duros y sensibles—. Que soy un cabrón con suerte.

El rubor que tiñe sus mejillas es mi perdición. Verla así, vulnerable y excitada a la vez, me enciende de una manera que no creía posible.

Sus labios encuentran los míos y asiente sin separarse de mí.

—Yo también lo creo —añade.

Mis dedos abandonan su piel solo para rozar la medalla que cuelga entre sus pechos. El metal frío contrasta con el calor de su cuerpo.

—¿Hace mucho que la tienes?

La veo encogerse de hombros y la aparta de mi vista con un gesto rápido.

—Hazme el amor —suplica.

Nunca he deseado tanto escuchar esas palabras.

—Haré lo que tú quieras —susurro contra su boca.

Antes de que pueda decir algo más, unos golpes en la puerta nos interrumpen.

Los ignoro al principio, pero insisten, más fuertes, más urgentes. La voz de Dante resuena al otro lado, y dejo caer la frente contra el hombro de Marena con un gruñido de frustración.

—¡Joder! —maldigo entre dientes.

—Alguien te necesita —murmura ella, acariciándome la espalda con una lentitud que no ayuda a calmar la excitación.

—Y te juro que lo voy a matar —afirmo con una mezcla de ira y deseo aún palpitante.

Muy a mi pesar, me aparto de ella. Echo el nórdico atrás y me pongo los pantalones, obviando el frío suelo en contacto con la planta de mis pies. Dejo la camisa a medio abotonar, y, antes de salir, no puedo evitar echar una última mirada.

—Voy a matar a Dante —advierto, más para mí mismo que para ella—. *Lo juro.*

Y esa sonrisa suya, cómplice y cálida, es lo último que llevo conmigo al abrir la puerta.

—¿Qué pasa? —pregunto de mal talante.

Dante me conoce bien y no se deja llevar por mi mal humor.

—Se trata de Bruno.

***

Una hora más tarde, sigo esperando. La casa de mis ancestros nunca había sido un lugar tan silencioso. Pero esta mañana el silencio pesa más que nunca.

Camino de un lado a otro del salón principal, incapaz de quedarme quieto. El suelo de mármol me devuelve el eco seco de mis pasos, marcando un ritmo que no consigo controlar. Saber que Bruno está ahí dentro, en manos del doctor Bassi, convierte cada segundo en una espera interminable.

El olor metálico de la sangre aún flota en el aire, mezclado con el del desinfectante. Pietro Bassi lleva demasiado tiempo encerrado en la habitación del fondo. Demasiado. Sé que es un buen profesional —el mejor cuando no hay opción de llevar a alguien al hospital—, pero ese pensamiento no logra disolver la tensión del momento.

El dolor del hombro vuelve, recordándome que no somos inmortales.

Dante permanece apoyado junto a la pared, a mi derecha. Callado, como de costumbre. Su presencia impone calma. No hace preguntas. Está ahí, vigilando, atento a cualquier sonido fuera de lugar, cubriéndome la espalda. A veces pienso que, si el suelo desapareciera de repente bajo mis pies, sería el único capaz de sostenerme.

El encontronazo con los Leonelli ha sido un mensaje claro. No solo por la paliza que le dieron a Bruno, sino por el lugar elegido: el *pub*. Por la saña del ataque. Por el aviso implícito: devolved la droga y las armas impresas en 3D… o pagaréis las consecuencias.

No solo lo golpearon. Le dejaron la marca: una L grabada a cuchillo en el costado, con una lentitud deliberada. Una marca que no necesita explicación. Antes de marcharse, uno de ellos se inclinó sobre él y se aseguró de que el mensaje quedara claro: «*Devuélvenos la mercancía o la próxima vez no lo contarás».*

Aprieto los puños al recordar a Bruno en el asiento trasero, con la sangre empapando la tapicería del coche. Mi hermano siempre ha caminado sobre la cuerda floja, pero esta vez ha cruzado una línea que no admite vuelta atrás. Esto ya no es una advertencia. Es el inicio de una guerra.

—Han ido demasiado lejos —murmuro, más para mí que para Dante.

Él asiente despacio, sin mirarme.

—Con los Leonelli no se juega. Nunca.

Dante tiene razón, no se traiciona a las Familias. Las normas son claras y antiguas, y quien las rompe lo paga caro. A veces con dinero. Otras, con sangre. Yo habría hecho lo mismo en su lugar. Por eso no puedo fingir sorpresa ni escandalizarme. Solo aceptar que han respondido como se esperaba.

—Esto marca un antes y un después —afirmo.

Dante gira ligeramente la cabeza hacia mí. No hay sorpresa en su gesto.

—Lo cambia y lo acelera —responde—. La fiesta es dentro de unos días. Estaremos todos allí. Familias, aliados, enemigos.

Hace una pausa.

—Será una puta ratonera.

Me aparto y me detengo frente a una de las ventanas. El cielo empieza a aclararse, teñido de un gris pálido que anuncia el amanecer. La luz entra con timidez en la estancia, suficiente para borrar la noche, pero no la tensión. La casa está bien protegida, pero aun así siento la amenaza presente, contenida, esperando su momento.

—Mi padre no dejará pasar esto —añado sin apartar la vista del exterior.

—No —confirma Dante—. Pero deberías advertirle a qué se enfrenta. —Su tono es impasible, casi cínico—. Los Leonelli buscan poder y no van a parar hasta sentarse en el trono de tu padre.

Aprieto la mandíbula. Siento cómo la tensión me sube por el cuello.

—No van a tocar nada que sea mío.

Dante me observa sin emoción, como si estudiara un movimiento sobre el tablero.

—Todo lo que te rodea entra en juego —indica—. Incluida la chica.

—Asegúrate de que esté bien protegida —ordeno.

Pienso en mi padre, en cómo estará gestionándolo todo, en los nombres que se pondrán sobre la mesa, en los favores que se reclamarán. En la sangre que, tarde o temprano, se derramará.

Y pienso en Marena. En sus ojos claros. En su boca provocadora. En el animal que llevo dentro y que ruge al imaginarla expuesta, vulnerable.

Y mientras espero, la tensión me hace cerrar los puños y la rabia aumentar mi crispación. Solo tengo una certeza: nadie toca lo que me pertenece sin pagar un precio.

CAPÍTULO 14

MARENA

Me miro en el espejo mientras intento recogerme el pelo en una coleta, pero mis dedos no me responden. Están torpes. Inquietos. Como si supieran algo que mi mente aún se niega a aceptar.

Algo no va bien. No es paranoia, es instinto. Apenas he visto a Enzo estos días. Y, cuando aparece, está distante, taciturno y pensativo. Con la mirada perdida, como si cargara con un peso que no está dispuesto a compartir conmigo. El ático —el lugar donde el tiempo parecía detenerse entre sábanas y susurros robados al amanecer— ya no parece nuestro refugio.

Duermo entre sus brazos, sí. De eso no tengo dudas. Pero últimamente solo siento el calor de su cuerpo cuando el sueño ya me ha vencido, cuando mi respiración es tan profunda que ni siquiera me entero de cuándo se acuesta a mi lado.

Y siempre, *siempre,* me despierta del mismo modo: con sus manos explorándome en la oscuridad, con una urgencia que no es solo deseo, sino necesidad de recordarme que sigue junto a mí.

Me lleva a orgasmos que me dejan sin aliento, sin defensas. Y cuando amanece, lo único que me queda de él es el eco de su risa ronca entre mis piernas y el rastro de su perfume caro impregnado en la almohada.

Me pinto los labios de un rojo pasión. Demasiado atrevido para mi gusto, pero el espejo me devuelve una imagen que apenas reconozco. Un rojo intenso, provocador, que contrasta con la palidez de mis mejillas.

¿Dónde está el resto del tiempo?, me pregunto mientras el reflejo me devuelve una sonrisa que no me llega a los ojos. Pero la verdad es que ni siquiera sé si quiero respuestas. Porque a veces el

miedo no es no saber…, sino confirmar aquello que, en el fondo, ya sospechas.

El móvil suena a mi lado, iluminando la pantalla con un mensaje de Bria y una ristra de emoticonos ridículos que, contra todo pronóstico, me roban una sonrisa.

—A lo mejor hasta me olvido de todo por unas horas —murmuro, ajustándome el cinturón del abrigo con un tirón seco, como si apretando lo suficiente pudiera ahogar el nudo que tengo en el estómago.

El viento helado de Nueva York me azota la cara mientras camino, absorta en mis propios pensamientos, cuando de pronto una mano se cierra alrededor de mi brazo con fuerza y me arrastra hacia atrás en forma brusca. Chillo, pero la ciudad, una jungla de cemento, engulle mi grito en su caos constante. Un empujón me hace perder el equilibrio y me lanza hacia delante justo cuando el semáforo cambia a rojo. Los cláxones estallan a mi espalda, el chirrido de los frenos me atraviesa los oídos y un escalofrío me recorre la piel. El corazón se me desboca, golpeándome el pecho con violencia; el instinto de supervivencia se me activa: quienquiera que me esté sujetando no tiene intención de soltarme.

—¡¿Qué coño haces?! —chillo, forcejeando para zafarme, pero sus dedos se me hunden en el brazo como tenazas. Un dolor agudo me recorre el antebrazo y el miedo me deja sin aire.

—No mires atrás —sisea una voz áspera y desconocida junto a mi oído, tan cerca que siento el aliento maloliente contra mi rostro —. Sigue caminando.

El olor a cuero envejecido y tabaco me golpea antes de que pueda reaccionar. Cuando por fin giro la cabeza, solo alcanzo a distinguir un perfil anguloso, un rostro duro e inexpresivo, que me arrastra con una fuerza implacable hacia la otra acera.

Un taxi frena a escasos centímetros de nosotros; el conductor asoma la cabeza por la ventanilla, vociferando una ristra de insultos que se pierden entre el estruendo de los cláxones. El hombre ni pestañea. No afloja la presión sobre mi brazo, ni siquiera parece escucharlos.

—¿Qué demonios pasa? —logro balbucear, tropezando con mis propios pies—. ¡Estás loco! ¡Suéltame, joder!

—Sigue caminando —repite, esta vez con un tono que no deja espacio a réplicas.

Sus ojos, fríos y alerta, están clavados en mí.

Intento zafarme, pero es inútil. Antes de que pueda reaccionar, me empuja contra la pared de un edificio. Mis costillas se resienten con el impacto y el aire se me escapa de los pulmones. Respirar se vuelve más difícil; mi visión se me nubla cuando las lágrimas, fruto del golpe, me llenan los ojos. Las aparto con un parpadeo, pero regresan de inmediato, y entonces lo entiendo: nadie va a ayudarme.

—Necesito que le des un recado a Enzo DeLuca —dice en voz baja y amenazante—. Queremos la mercancía. Y si no… tú serás la siguiente.

Mi respiración se vuelve más densa, irregular, más agitada. Pero, aun así, mi mirada se fija en un detalle absurdo, casi involuntario: la cicatriz que le cruza la barbilla, una línea pálida y torcida que endurece todavía más su expresión.

—No sé de qué estás hablando —consigo decir con un hilo de voz.

De nuevo me zarandea y mi espalda vuelve a chocar contra la pared con un golpe seco que me deja aturdida. Un dolor agudo, como cuchillas, me atraviesa las costillas y, por un instante, todo se vuelve borroso. No puedo respirar. El pecho me arde y los pulmones se niegan a responder. Las piernas me flaquean, pero el brazo que me sujeta contra el edificio no me deja caer.

—¿Qué quieres de mí? —logro farfullar.

Se inclina lo justo, lo suficiente para susurrarme al oído. El olor a sudor llega antes que sus palabras, mezclado con una colonia barata que me revuelve el estómago.

—Dile a Enzo DeLuca que queremos lo que es nuestro —escupe entre dientes. Su aliento viciado me obliga a cerrar los ojos, a contener la respiración—. No hemos matado a Bruno, pero puede que tú no tengas la misma suerte.

—¿De qué hablas? —pregunto mientras las lágrimas me nublan la vista.

Tarda unos segundos en responder, que, para mí, se alargan hasta hacerse insoportables.

—Limítate a repetir el mensaje —señala al fin—. Si es un hombre inteligente, sabrá lo que tiene que hacer.

Antes de que pueda reaccionar, me suelta de golpe y se esfuma entre la gente como si nunca hubiera estado allí. Nadie lo detiene. Nadie pregunta. Nadie mira en mi dirección. Los rostros pasan a mi lado con prisa, con indiferencia, con esa cobardía que se disfraza de normalidad. Podría estar muriéndome y aun así seguirían caminando, protegiéndose detrás de su despreocupación, convencidos de que no es asunto suyo. Resbalo por la pared hasta desplomarme en el suelo. Las piernas no me responden, las costillas me arden y la garganta se me cierra. No puedo respirar. Solo jadeo, como un animal acorralado.

De repente, Roy aparece entre la multitud. Avanza con paso torpe, abriéndose camino entre la gente como puede. Lleva la camisa manchada de sangre, un hilo oscuro que le resbala desde una herida abierta en la sien y le empapa el cuello. Tiene la respiración agitada y el gesto desencajado.

Sus ojos, inyectados de rabia y de algo más —miedo, culpa—, se clavan en mí.

—Señorita Fasoli… —alcanza a decir.

Mira a mi alrededor, demasiado tarde. Sus puños se cierran con violencia mientras evalúa la escena durante un segundo: la pared, mi cuerpo en el suelo, mi respiración entrecortada.

—Joder… —masculla, llevándose una mano temblorosa a la cabeza—. Lo siento.

Y en ese instante lo entiendo: no ha sido un descuido. Le han atacado para llegar a mí.

ENZO

—Tienes que devolver la mercancía, Bruno.

Mi hermano me mira sin rastro de emoción. Se lleva la mano al costado, despacio, tanteando la venda bajo la camisa. El gesto es torpe, contenido. No se queja ni deja escapar un solo quejido. Al fin y al cabo, es un DeLuca.

—No puedo —admite.

La tristeza de sus ojos sigue ahí, pero ha disminuido un poco, quizá abrumado por la autocompasión. La ira lo ha abandonado para dar lugar al remordimiento.

—¿Qué significa eso? —pregunto con cautela.

Bruno baja la mirada un segundo.

—Que ya no está.

El silencio se instala entre nosotros. Dudo un instante, necesito aire, y camino hasta la ventana. El paisaje sigue ahí, inmóvil, el mismo que he visto toda mi vida y que podría describir con los ojos cerrados.

—¿Cuándo? —indago sin mirarlo.

—Hace dos días.

Aprieto la mandíbula.

—¿A quién?

—¿Eso importa?

Levanto la cabeza y me giro hacia él.

—¡Claro que importa, joder! —estallo—. Lo que no entiendo es por qué me la enseñaste si ibas a venderla a mis espaldas. ¿Para restregármelo en la cara? ¿O solo querías ver cómo reaccionaba al descubrir que me habías traicionado?

Bruno se mantiene pensativo. No es la reacción que esperaba o buscaba… ni la que yo necesitaba.

—Tú tienes tu parte —dice, como si eso lo justificara todo.

Parpadeo incrédulo.

—¿Mi parte? ¿De qué coño estás hablando?

—No te mentí —levanta las manos como si eso pudiera detener mi ira—, solo pensé que lo mejor era mantenerte al margen.

Lo observo con atención. No hay cautela en su expresión, solo un escepticismo torpe, casi infantil. Sus pupilas se dilatan. Sabe que tengo razón. Sabe que esto no se arregla con excusas anodinas.

Lo que veo en sus ojos no es miedo todavía. Es cobardía. Y ahora busca un pretexto, algo que suene a justificación, aunque ambos sabemos que no la hay.

—¿Al margen? —Se me escapa una risa amarga—. En el momento en el que me enseñaste esas armas y esa puta cocaína ya me involucraste. No hay «al margen» en esto, Bruno. O estás dentro o… estás muerto.

Avanzo un paso más. Invado su espacio. Lo obligo a mirarme.

—Era por tu bien —insiste, aunque suena a disculpa barata.

—¿Mi bien? —replico inclinándome lo suficiente para que sienta mi indignación—. «Mi bien» es no tener que limpiar tu mierda. —Me enderezo despacio, sin apartar la mirada—. Pero ya es tarde para eso, ¿verdad? —pregunto furioso—. Ahora dime el nombre, antes de que pierda la paciencia.

—No puedo.

Trago saliva; pero el sabor es amargo, como si la traición se me hubiera atragantado. La respuesta me aprieta el cuello como una soga, una puta traición. Lo miro, y en sus ojos veo el mismo asco que ahora me recorre las entrañas. Asco por él. Por mí. Por esto.

—Te juro que te mataré —susurro tan bajo que dudo que me haya oído. Pero lo hace. Y palidece.

—No estamos en igualdad de condiciones —se queja, llevándose la mano otra vez al costado—. Enzo, por Dios…

Por Dios. Como si Dios tuviera algo que ver en esto. Como si no supiera que, en nuestro mundo, los errores se pagan con sangre.

Antes de que pueda hacer algo, se abre la puerta de golpe.

—¿Qué coño está pasando aquí?

Mi padre entra en la estancia, furioso. Sus ojos, fríos como el acero, saltan de mí a Bruno, evaluando, midiendo, como un lobo que olfatea la debilidad en su manada.

—Más os vale empezar a hablar —advierte con un tono que no admite réplicas—. Las Familias están al borde de la sublevación. Y si hay algo que no perdono es la rebelión.

Bruno no abre la boca y yo hago lo mismo. No es por lealtad, sino por supervivencia. Si nuestro padre descubre lo que hemos hecho, no habrá perdón. Solo venganza.

Lo veo arquear las cejas, como si ya estuviera encajando las piezas de un rompecabezas en su mente. Y cuando termine, no habrá clemencia.

Pero antes de que pueda abrir la boca, Dante invade la estancia, interrumpiendo la conversación.

—Enzo. —Su tono de voz es urgente—. Es importante.

No hace falta decir más. Basta con mirarlo.

Dante está en el umbral, con los hombros tensos. Sus ojos, normalmente fríos y calculadores, ahora brillan con un pánico contenido. Es una grieta en su armadura, visible solo cuando lo que importa no es el negocio ni el poder, sino la familia.

Algo ha pasado. Algo grave.

No es un presentimiento. Estoy seguro de que se trata de Marena. Lo sé por el modo en que Dante contiene el aliento, por cómo sus ojos se oscurecen.

Contraigo los dedos, una, dos veces, inquieto.

Si alguien la ha tocado, no verá otro amanecer.

CAPÍTULO 15

MARENA

Estoy en mi apartamento, en mi cama. Encerrada en mí misma, con las rodillas apretadas contra el pecho y con los brazos rodeándolas como si así pudiera contener el dolor. No puedo dejar de llorar.

Las lágrimas caen sin control, calientes y amargas, quemándome la piel mientras se deslizan por mis mejillas. Cada sollozo me sacude el cuerpo, como si el dolor fuera algo tangible, algo que me desgarra por dentro. No es solo tristeza. Es rabia, es miedo. Es la sensación de que no puedo controlarlo todo.

Enzo no puede protegerme. Y lo peor es que yo tampoco.

La puerta se abre con suavidad, pero no levanto la vista. No hasta que el colchón se hunde bajo el peso de alguien que se sienta a mi lado. El aroma del chocolate —dulce, reconfortante— me envuelve antes de que pueda reaccionar.

—No vas a solucionar nada llorando —dice Bria colocando la taza humeante en la mesilla con un gesto que conozco demasiado bien—. Pero al menos no lo harás con el estómago vacío.

Sus dedos, cálidos y firmes, se posan en mi hombro, obligándome a aflojar un poco la postura encogida. No pregunta. No exige respuestas. Solo está ahí, como siempre, con esa complicidad silenciosa que solo entienden las mujeres que han aprendido a ser fuertes sin dejar de lado su sensibilidad. Y en ese gesto, en ese silencio, me recuerda que, aunque todo parezca desmoronarse, no estoy completamente sola.

—¿Dónde está Fabio? —murmuro secándome las lágrimas con el dorso de la mano.

—En el salón —responde estudiando mi rostro—. Pero, si quieres, le digo que se vaya.

Niego con la cabeza.

—Prefiero que esté ahí.

Y lo digo en serio. Porque el miedo sigue más presente que nunca y la presencia de Fabio es tranquilizadora.

—De acuerdo —asiente Bria; desliza sus dedos por mi brazo en un gesto que es mitad consuelo mitad complicidad—. Ahora dime: ¿qué ha pasado?

Resoplo y me aparto el pelo de la cara, arrastrando con él las últimas lágrimas.

—Si te digo la verdad… no estoy segura.

—Fabio dice que alguien te agredió.

Trago saliva y asiento despacio, sintiendo como el nudo en la garganta no ha desaparecido del todo.

—¿Pudiste verlo?

—Sí —contesto sin pensar y no me detengo ahí—: Creí que iba a morir, Bria.

La confusión de mi amiga aumenta y frunce el ceño todavía más.

—Enzo querrá saber quién fue.

—No importa lo que quiera Enzo.

Me siento estúpida. Enfadada. Irritada. Todo a la vez, como si no pudiera contener tanta rabia y desesperación.

—¿Estás segura de eso?

—Estoy cansada, Bria. Cansada de vivir con miedo.

—¿Crees que ha sido alguien de… ellos? —pregunta, pronunciando la frase con cuidado.

Esbozo una triste sonrisa. Porque en su mundo —en «*nuestro*» mundo—, la mafia no es ficción, sino una realidad.

—¡Sí! —exclamo exasperada.

Bria está desconcertada, pero lo disimula bien.

—Fabio me puso al día —confiesa, como si leyera mis pensamientos. Sus labios se curvan en una mueca irónica—. No me mires así. No es lo que crees.

—Ah, ¿no? —Arqueo una ceja, incorporándome en la cama con un movimiento brusco. Porque si hay algo que conozco de Bria es su talento para guardar secretos y su debilidad por los hombres que nunca terminan de merecerla.

—No te emociones. —Levanta una mano como si pudiera detener el torbellino de imágenes de ellos dos que ya giran en mi cabeza—. Entre él y yo no hay nada. —Hace una pausa y, por primera vez, veo algo parecido a la frustración cruzar su rostro—. Y no porque yo no lo haya intentado.

Suspira, y en ese gesto hay algo que nunca había visto en ella: vulnerabilidad.

Me quedo boquiabierta.

Bria. Mi Bria. La mujer que siempre dijo que los hombres eran como el vino barato: dulces al principio, pero con un regusto amargo que te deja resaca emocional.

—¿En serio? —exclamo agarrándole el brazo con suavidad.

Suspira, resignada, pero hay un brillo travieso en sus ojos que no puedo ignorar.

—No me malinterpretes —advierte, aunque su tono es más defensivo que arrepentido—. Es… demasiado caballero para este mundo. —Se ríe secamente—. Pensé que el señor Darcy era el último hombre de honor que quedaba en nuestra imaginación. —Sus ojos brillan con una mezcla de ironía y nostalgia, como si recordara todos los libros que hemos leído en voz alta, todas las veces que suspiramos por héroes que solo existen sobre el papel—. Pero Fabio… —mueve la cabeza, como si aún no pudiera creerlo— es de esos que te abren la puerta *aunque lleves un hacha en la mano.*

Sonrío por primera vez en muchas horas. No por lo que dice, sino por cómo lo dice. Como si Bria hubiera encontrado algo que no puede controlar.

—¿Por qué tengo la impresión de que te estás enamorando?

—No estoy enamorada —se defiende, aunque sus mejillas se tiñen de un rosa traicionero—. Solo digo que es… mono, y me encanta. —Se pone de pie y me tiende la mano para ayudarme a levantarme—. Además, no creo que me convenga. No tengo muy claro que quiera pertenecer a vuestro mundo.

Acepto su ayuda y dejo que tire de mí.

—No es mi mundo —murmuro, como si repetirlo pudiera hacerlo más creíble.

—Ahora sí.

De repente, siento la necesidad de gritar. Quiero romper algo, cualquier cosa, con tal de que este nudo en el estómago desaparezca.

—Lo que hubo —o creí que pudo haber— entre Enzo y yo… no existe.

—A un hombre como Enzo no se le olvida fácilmente.

Y tiene razón.

—No puede protegerme, Bria —admito resignada—. Nadie puede. Y cuanto antes lo acepte, mejor.

—Tú nunca has necesitado a un hombre que te proteja —me recuerda, y en su voz no hay reproche, solo sinceridad.

Vuelve a tener razón. Como siempre.

—Estás furiosa y eso es normal. —Tira de mí para envolverme en un abrazo fuerte, de esos que solo ella sabe dar—. Podemos irnos lejos, muy lejos, donde nadie nos conozca.

Me encantaría creerla. De verdad. Cerrar los ojos y dejar que su sueño me arrastre.

—¿A dónde iríamos? —pregunto.

—¿Qué te parece Pemberley?

Sonrío sobre su hombro, con esa complicidad que solo tenemos nosotras. Pemberley. La finca imponente que Jane Austen soñó para el señor Darcy en *Orgullo y prejuicio*, ese lugar que hemos visitado mil veces a través de las páginas del libro y de las escenas de la película.

—Me encantaría. —Hago una breve pausa—. Ojalá pudiéramos.

—Ay, Marena.

Suspiro. Por un instante solo quiero rendirme… Pero entonces una voz que se escucha desde el otro lado de la puerta me lo impide.

El pomo gira.

Enzo acaba de llegar.

Me quedo de piedra, totalmente atónita.

***

Los sentimientos encontrados que lo invaden se reflejan con claridad en su rostro.

—¿Podemos hablar? —dice, y su pregunta hace que se me tensen todos los músculos del cuerpo.

Quiero hacerlo. No tengo miedo de lo que quiera decirme ni de que intente convencerme de que vuelva al ático con él, porque lo hará, claro que lo hará.

Enzo se queda en el umbral de la puerta, ocupándolo casi por completo. No necesita dar un solo paso para imponer su presencia. Su altura, anchura de hombros, la forma en que permanece quieto resulta más inquietante que cualquier movimiento que pueda hacer. Hay algo en su postura que me obliga a mirarlo, como si apartar la vista fuera imposible.

La habitación no encaja con él. Su presencia basta para desestabilizarlo todo.

—Marena… —insiste; mi nombre en sus labios suena como una advertencia y una súplica al mismo tiempo.

Mantengo el rostro inexpresivo, pero mi mirada se desvía hacia Bria. Me aprieta el brazo con fuerza, como si supiera que estoy a punto de tambalearme.

En los ojos de Enzo se mezclan la ira, el cansancio y una preocupación que no se molesta en ocultar.

—¿Quieres que me vaya o que me quede? —pregunta Bria en voz baja.

No respondo. Me quedo en silencio, incapaz de articular palabra.

Bria no insiste.

—Está bien —indica al cabo de un segundo—. Voy a prepararme otra taza de chocolate. Estaré en la cocina, por si me necesitas.

Asiento despacio y le devuelvo la sonrisa, consciente de lo violento que debe de resultarle este momento. Para mí también, en realidad.

Enzo se aparta lo justo para dejarla pasar. Cuando Bria llega a su altura, rompe el contacto visual conmigo y endurece la mirada al fijarla en él.

—Confío en que sepas protegerla con el mismo cuidado y la misma atención que yo —expresa sin alzar la voz.

La puerta se cierra tras ella y el silencio vuelve a instaurarse entre nosotros.

—Marena, lo siento…

No tardo en notar su cálida mano sobre mi hombro y me sorprendo del contacto.

Me aparto y me agacho a recoger mi manta preferida, que ha caído al suelo.

—Ya has dicho lo que tenías que decir —murmuro sin mirarlo —. Ahora puedes irte.

Le oigo suspirar y dejar caer la cabeza. Mi propia reacción me ha pillado por sorpresa y es evidente que a él también, porque retrocede.

Hay cientos de preguntas que quiero hacerle, pero mi mente no sabe por dónde empezar.

—¿Roy está bien? —pregunto mientras doblo la manta con movimientos lentos.

—Sí —responde—. Tendrá dolor de cabeza varios días, pero se le pasará.

—Es un hombre afortunado, después de todo.

—Es un hombre enfadado consigo mismo —expone Enzo con la voz más grave—. Lamenta no haber podido protegerte. Lo cierto es que ya somos dos.

Tomo la taza y bebo un sorbo de chocolate que me sabe a pura ambrosía. Me acerco a la ventana casi sin darme cuenta. El cristal está frío bajo mis dedos y, al otro lado, el puente de Brooklyn se extiende sobre el río. Une dos orillas, dos latidos distintos de la misma ciudad, pero también marca una frontera invisible. Manhattan, con su pulso feroz, su ambición sin tregua. Brooklyn, más contenido, más humano, o al menos eso quiero creer. Dos mundos que conviven sin mezclarse del todo.

Y yo estoy aquí, justo en medio.

Pienso en lo fácil que sería cruzarlo. Dar un paso, aceptar que mi vida ya no puede ser la misma. Que no hay refugios cuando amas a un hombre como Enzo. Él es Manhattan: peligro, poder,

decisiones que no admiten marcha atrás. Yo intento seguir siendo Brooklyn: rutina, afectos sencillos, la ilusión de que todavía puedo elegir.

Pero el puente no entiende de deseos.

—No me debes nada, Enzo… —señalo al fin.

Y lo digo de verdad. Quiero recuperar mi vida, mi rutina, por frágil e incierta que sea. Doy otro sorbo al chocolate, más por tener algo que hacer con las manos que por ganas, y entonces me giro hacia él.

Está abatido. No derrotado, pero sí cansado. Esa grieta en su coraza me descoloca y me duele más de lo que esperaba.

—Creo que lo peor ya ha pasado.

Enzo no responde de inmediato. Se mete las manos en los bolsillos del pantalón, un gesto contenido, tenso, como si necesitara anclarse a algo para no perder el control.

—No lo creo, Marena.

Dejo la taza en el alféizar de la ventana con un cuidado excesivo. El choque suave de la porcelana contra la madera resuena en la habitación.

—¿De qué estás hablando?

Da un paso hacia mí.

—El hombre que te interceptó en la calle no tiene nada que ver con el asesinato del que fuiste testigo.

Retrocedo por puro reflejo hasta que la pared me frena. Me aparto un mechón de pelo de la cara, intentando asimilar esta nueva información.

—No lo entiendo…

Enzo aprieta las manos dentro de los bolsillos. Sus nudillos se tensan bajo la tela. Está enfadado. Conteniéndose. Con él mismo, con la situación…, conmigo. Esa tensión lo vuelve aún más peligroso. Y, para mi desgracia, también más atractivo.

—Eso es lo que me preocupa —dice en voz baja—. Que no lo entiendas. Porque sigues en peligro.

Levanta la mirada y sus ojos se clavan en los míos.

—Te han usado para mandar un mensaje. Y cuando alguien hace eso… —deja la frase suspendida en el aire, cargada de

amenaza—, no suele detenerse.

Me deja petrificada con su mirada. Siento el peso de su presencia, la cercanía, el calor que desprende aunque no me toque. Inspiro despacio, obligándome a no ceder.

—¿Cómo sabes lo del mensaje?

Cierra los ojos un momento y cuando los abre son un mar de inquietud.

—Porque yo habría hecho lo mismo.

—¿Lo mismo? —le espeto, dando un paso al frente antes de pensarlo—. ¿Habrías atacado a una mujer inocente? ¿La habrías intimidado como hizo ese tipo conmigo?

Odio el veneno que destilan mis palabras y la expresión de sorpresa que cruza su rostro apenas un instante antes de endurecerse. Saca por fin las manos de los bolsillos y se acerca. No me arrincona, pero invade mi espacio. Lo justo para que tenga que alzar la barbilla para mirarlo.

—No —responde con firmeza—. No te habría tocado.

Su voz es grave, contenida. Peligrosamente honesta.

—Pero habría dejado claro el mensaje, para que llegara a mí.

Está demasiado cerca. Puedo ver la sombra de su barba incipiente, el latido acelerado en su cuello, la tensión en su mandíbula, ese autocontrol feroz que parece a punto de romperse.

—Eso no te hace mejor —susurro.

Sus labios se curvan, pero no es una sonrisa.

—Nunca he dicho que lo sea.

Y, sin embargo, mi cuerpo traicionero reacciona. A su presencia, a ese aroma suyo, a esa mezcla letal de peligro y protección que me atrae como un imán. Como si mi piel recordara lo que mi mente intenta olvidar.

Se inclina hacia mí, tan cerca que tengo que echar la cabeza hacia atrás. Sus manos, grandes y marcadas por cicatrices que conozco demasiado bien, se posan en el alféizar de la ventana, junto a la taza de chocolate que he dejado ahí. No me toca, pero siento el calor que emana de él, como si su sola presencia pudiera quemarme.

Me observa, estudiando cada uno de mis gestos, cada respiración entrecortada. No dice nada. No necesita hacerlo. S*abe que me tiene donde quiere, y lo peor es que yo también lo sé.*

—No voy a volver al ático —afirmo clavando mis ojos en los suyos, como si eso pudiera detener lo que ambos sabemos que va a pasar.

Enzo exhala lentamente, como si llevara horas conteniendo el aliento.

—Creo que eso me quedó claro desde el primer instante que abrí esa puerta. —Su voz es un susurro áspero, cargado de algo que no es ira, sino algo más peligroso: paciencia. La paciencia de un hombre que está acostumbrado a salir victorioso.

Siento su aliento rozar mi rostro, cálido y con un deje a *whisky*, y mi cuerpo traicionero reacciona. No puedo evitarlo. Miro al hombre frente a mí —atractivo, seguro, con esa aura de poder que lleva como una segunda piel— y, aunque sea una locura, aunque sea mi ruina, lo quiero.

—Soy una mujer sensata —musito. Percibo la incertidumbre en mi propia voz, pero intento recomponerme.

Tiene motivos para preocuparse.

—Sé cuidar de mí misma —insisto, levantando la barbilla en un gesto que espero que parezca determinación y no desesperación.

Por primera vez desde que ha llamado a la puerta, sonríe. No es una sonrisa amable. Es la sonrisa de un lobo que acaba de dar caza a su presa. Y lo peor es que, en el fondo, una parte de mí siempre ha sabido que esto terminaría así.

—De eso no me cabe la menor duda —señala, tan cerca de mis labios que casi puedo saborear las palabras—. Pero no puedes evitar que me preocupe por ti. Y en ese momento entiendo que no es una pregunta. Es una advertencia.

—Aquí estaré bien.

Una sombra de incertidumbre cruza su mirada tan rápida como un relámpago.

—Descríbeme al tipo que te abordó.

Parpadeo sorprendida. El cambio de tema es tan brusco que me cuesta seguirle el ritmo.

—¿Que lo describa? —repito. Mi voz suena lejana, como si no fuera del todo mía.

Enzo asiente despacio, con esa calma letal que posee. No me apremia. Espera.

Tengo que hacer memoria, porque mi mente ha enterrado ese momento bajo capas de miedo y confusión.

Abro la boca y tomo aire.

—Era… un tipo normal. —Frunzo el ceño, concentrándome—. Olía a sudor y a colonia barata. Ojos pequeños, oscuros. Alto, aunque no tanto como tú. Y… —dudo un instante— tenía mal aliento. Tan desagradable que me hizo contener la respiración.

Veo cómo su mandíbula se tensa. Me obligo a continuar:

—Tenía una cicatriz en la barbilla. —Alzo el dedo y marco el lugar en mi propia mandíbula—. Una línea así, torcida.

Sus ojos no se apartan de mí ni un segundo. No pestañea siquiera.

—¿Te tocó?

Niego despacio, notando cómo la garganta se me cierra.

—No, no de esa manera —inspiro hondo antes de continuar —: pero me sujetó. Me empujó contra la pared con fuerza.

Algo oscuro cruza su mirada. Apenas dura un instante, pero es suficiente. Sus labios se tensan hasta quedar reducidos a una línea dura, impenetrable. Da un paso hacia mí sin darse cuenta, como si su cuerpo quisiera protegerme de mis propias palabras.

—¿Te hizo daño?

—En las costillas. —Me llevo la mano debajo del pecho, buscando el punto exacto que todavía me duele.

Su mirada sigue el gesto. Baja. Se queda ahí.

Tarda más tiempo de lo que debería en apartar los ojos, y ese segundo de más pesa entre nosotros como una verdad incómoda. No hay lascivia en él, sino una concentración feroz, casi física, que me estremece.

—Lo mataré… —ruge a mi lado—. Juro por Dios que lo mataré.

—Estoy bien.

Me recorre con su mirada buscando algún daño más.

—No, no lo estás. Solo hay que verte.

Retrocedo por instinto, pero la pared me detiene. No tengo a dónde ir, así que me cruzo de brazos para protegerme de lo que provoca en mí.

—¿Lo conoces?

Asiente, con el gesto tenso.

—Demasiado bien.

—¿Quién es?

—Matteo Leonelli.

—Ah… —es lo único que consigo decir, sin saber muy bien quién es, pero intuyendo que se trata de alguien importante.

—¿Dijo algo?

Cierro los ojos, obligándome a recordar.

—Dile a Enzo DeLuca que queremos lo que es nuestro —repito despacio—. No hemos matado a Bruno, pero puede que tú no tengas la misma suerte.

La reacción de Enzo es inmediata.

—¡Qué hijo de puta!

—¿Qué quiso decir con eso?

No responde al instante. Su cuerpo se queda rígido, su expresión es impenetrable. Esa falta de reacción me pone aún más nerviosa que su enfado.

—Bruno, mi hermano —indica al fin—, les robó algo que era suyo.

Abro mucho los ojos, aturdida.

—Que se lo devuelva. Es sencillo.

Los ojos de Enzo echan chispas.

—No es tan fácil. Ya no lo tiene.

—¿Cómo que no lo tiene? —pregunto incrédula.

—Lo hirieron. Por eso he tenido que salir del ático a toda prisa esta mañana —continúa—. Y ahora mismo no sé muy bien cómo arreglarlo.

—¿Está bien?

—Podría haber sido peor —responde muy serio.

De pronto recuerdo lo que acaba de soltar hace un minuto.

—¿Qué quieres decir con que no sabes cómo solucionarlo?

—Estoy en ello.

—Eso no es suficiente, Enzo —noto cómo me tiembla la voz —, amenazó con matarme.

—No lo va a hacer.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

Su mandíbula tiembla.

—Porque le mataré yo primero.

Niego con la cabeza, horrorizada. Un frío helador me recorre la espalda.

—No. No lo vas a hacer. No vas a matar a nadie por mí.

—Es lo que hay.

—Pues no quiero que lo hagas —replico, sintiendo cómo me tiemblan las manos.

Las venas de su cuello se hinchan, marcándose bajo la piel como cables tensos, y su respiración se vuelve pesada, irregular.

—¡En este asunto no tienes voz, Marena!

Su ferocidad me hace enmudecer. Me recupero rápido, pero sé que mis ojos, abiertos de par en par, delatan todo lo que no digo: desacuerdo, miedo, rabia.

Me asusta que hable así.

Y me asusta aún más verlo tan enfadado.

No tiene derecho a decidir por mí, a actuar como si yo fuera una de sus malditas posesiones.

—¡Voy a irme de aquí! ¡Me iré lejos de toda esta mierda! —grito, empujándolo con ambas manos, sin poder evitar el dolor que me ha provocado el gesto—. Comienzo a caminar de un lado a otro de la habitación, como una leona enjaulada, con las manos crispadas y el corazón a mil.

—No, no lo harás —me espeta—. No irás a ninguna parte.

—¡Cómo te atreves! —estallo girándome hacia él—. Tú no me das órdenes. ¡No eres mi dueño!

Estoy tan cabreada que me dan ganas de arrasar con todo lo que hay en la habitación. Pensé que podríamos hablar, que podríamos arreglar las cosas, pero no. No hay forma de razonar con él. Entre nosotros solo hay pasión y desenfreno, y este maldito

poder que cree tener sobre mí. Y lo peor es que, en el fondo, sé que lo tiene.

Da un paso al frente, pero yo retrocedo. Estoy a punto de estallar, con los nervios a flor de piel, pero a él parece importarle una mierda. En dos zancadas cubre la distancia que nos separa, me agarra de la nuca con una mano, grande y poderosa, y me atrae hacia él con un tirón.

El hombre que nunca muestra emociones está furioso. Más de lo que jamás he visto. Pero, joder, hay algo en su ira que me enciende por dentro. Algo que no debería excitarme.

—No te irás —gruñe con una voz que suena a amenaza y a promesa a la vez—. ¿Me has oído?

La orden en sí me golpea como una patada en el estómago. No es solo lo que dice, es cómo lo dice: con esa seguridad arrogante de quien ya ha decidido por mí, como si mi vida fuera un maldito peón en su tablero.

—No me hables así. —Lo golpeo en el pecho con una rabia que ni sabía que llevaba dentro, y ni siquiera se tambalea hacia atrás. Me sorprende mi propia fuerza. O quizá sea que él me ha permitido hacerlo—. Y, si me da la gana —escupo clavándole la mirada—, me acostaré con el primer tío que me trate como a una persona, no como a una maldita propiedad suya.

Sus ojos se abren de golpe, como si le hubiera clavado un cuchillo. Está furioso. Pero, sobre todo, está conteniéndose. Y eso —ese autocontrol forzado— me excita y aterroriza a partes iguales.

—¿Estás de broma? —ruge.

Esta vez, no me da opción. Sus dedos se cierran alrededor de mis muñecas como grilletes y, en un movimiento deliberado y cuidadoso, me gira hasta que mi espalda choca con su torso. No puedo mover las manos. No puedo escapar. No quiero hacerlo.

Su boca roza mi oreja y su aliento, caliente y entrecortado, me quema la piel. El enfado aún me recorre las venas, pero ahora se mezcla con algo más peligroso. Lo odio. Lo deseo. Le odio por hacerme desearlo.

—No vas a ser de nadie, Marena Fasoli —gruñe; su voz es un rugido contenido, una advertencia que me eriza la piel. Sus labios se

posan en mi mejilla y luego un mordisco rápido, sensual, me deja jadeando, con el corazón desbocado.

—¡Quiero que te vayas! —miento, porque sé que, si lo hace, no me lo perdonaré nunca.

—¿En serio? Yo solo quiero la oportunidad de seguir hablando. Pero si de verdad prefieres que me vaya —hace una pausa, y ese silencio me corta el aliento—, me iré.

Jadeo y aprieto los párpados con fuerza. ¿A quién quiero engañar?

—Me lo imaginaba —murmura, y sus dientes se cierran alrededor de mi lóbulo, tirando con una suavidad que me hace arquear el cuerpo contra el suyo. Aprieto el trasero contra su entrepierna, sintiendo cómo reacciona, cómo un gemido ronco escapa de su garganta.

—Joder, Marena —ruge, y el sonido vibra contra mi piel, enviando un escalofrío directo entre mis piernas—. Necesito todo de ti.

En un movimiento rápido, me da la vuelta y sus manos se clavan en mi culo, levantándome como si no pesara nada. Un tirón, un empujón y de repente estoy contra la pared, con sus muslos apretándome las piernas, con una de sus manos sujetándome el trasero con firmeza y la otra apoyada sobre mi cabeza, como si quisiera recordarme que no hay escapatoria.

Ni siquiera pestañeo.

El deseo se apodera de todo mi ser.

Sus ojos buscan los míos un instante. Memoriza cada línea de mi rostro. Y entonces, sin previo aviso, sus labios devoran los míos con un jadeo entrecortado. Acepto su rudeza, su violencia contenida, y mis dedos se enredan en su pelo. Arqueo el cuerpo, buscando sentirlo más cerca, como si pudiera fundirme con él y escapar de todo lo demás. Me empuja contra la pared, sin dejar de gemir, de farfullar palabras incoherentes. Y, a pesar de todo, a pesar del caos y la rabia, sus caricias me tranquilizan. Como si, en medio de este torbellino, solo él pudiera recordarme que estoy viva. Que, incluso cuando todo se desmorona, esto —lo que hay entre nosotros— es real.

Pero no puedo hacer como si nada hubiera pasado, por mucho que intente borrarlo de mi cabeza.

—Enzo… —Me aparto y lo mantengo todo lo lejos que me permiten mis brazos mientras aprieto los muslos para hacer desaparecer la excitación que aún me recorre. Esto no me está resultando fácil.

Se detiene de repente. Frunce el ceño y estudia mi expresión.

—Le das demasiadas vueltas. Puedo arreglarlo.

No puedo evitar poner los ojos en blanco. ¿Arreglarlo? Como si todo se redujera a un maldito «lo siento» y un abrazo.

—Tenemos que hablar —insisto cruzándome de brazos.

Se pasa la mano por el pelo, despeinándose aún más.

—Vale. Hablemos. Es lo que intento desde que he llegado.

La frustración se apodera de nuevo de mí.

—Necesito tiempo para pensar —digo más para mí misma que para él.

—Joder, Marena —gruñe con las manos en las caderas y la cabeza ligeramente inclinada—. No volverá a pasar. Nadie te volverá a hacer daño.

Suspiro cansada.

—Eso no lo sabes.

Se queda quieto, con los brazos en jarras y la mandíbula tensa, antes de dejar caer la cabeza, derrotado pero no convencido.

—¿Cuánto tiempo?

Solo él puede hacer una pregunta así.

—No lo sé. Nunca he tenido una relación con un hombre como tú.

—Ni la tendrás. —Su voz suena a amenaza—. De acuerdo —cede. Luego cambia de tema como si nada—: ¿Qué le has contado a Bria?

—Todo.

Asiente, serio, calculador, como si acabara de recibir un informe crucial.

—Bien. Solo quería saber a qué atenerme.

Se vuelve a pasar la mano por el pelo, esta vez con lentitud, como si estuviera trazando un plan. Y sé que lo está haciendo.

Porque Enzo nunca deja nada al azar. Ni siquiera lo ocurrido. Ni siquiera a mí.

—Ya te llamaré —indica dando media vuelta hacia la puerta. Pero, antes de irse, se detiene y me lanza una última mirada—. No salgas del apartamento.

Debería negarme, pero me sorprendo a mí misma asintiendo con la cabeza.

—Así me gusta —murmura con un atisbo de sonrisa que no llega a ser triunfal, pero casi—, que por una vez en tu vida no me lleves la contraria.

Se acerca, sin prisa, como si supiera que no voy a retroceder, y me envuelve en un abrazo que huele a él. Sus labios rozan mi pelo, y por un segundo cierro los ojos, tragándome el suspiro que amenaza con escaparse.

—Hasta pronto, Marena —susurra; su voz suena a promesa. O a amenaza. O a las dos cosas a la vez.

Me quedo ahí, plantada en medio de la habitación, sin saber qué hacer con las manos, con el corazón, con este maldito deseo que no desaparece. Cierro los ojos, apretando los puños hasta que las uñas se me clavan en las palmas, y solo hay un pensamiento que gira y gira en mi cabeza, devorándome por dentro:

Sigo deseando a Enzo DeLuca.

Y eso, me aterroriza.

CAPÍTULO 16

ENZO

El casino no duerme.

Respira.

Luces doradas, alfombras gruesas, una exhalación de murmullos y fichas chocando con otras. No es Las Vegas. Aquí todo es más contenido, más elegante y más peligroso.

El casino huele a ambición, a ese perfume dulce y barato que usan las mujeres para disfrazar el miedo. Pero hoy solo huelo a sangre.

Las suelas de mis zapatos italianos golpean el mármol con un ritmo lento y constante, un compás que presagia venganza. A mi paso, los crupieres bajan la cabeza y los jugadores dejan de respirar; sus miradas se clavan en mí un segundo demasiado largo antes de apartarse, como si supieran que hoy no soy el hombre con el que quieren cruzarse.

Dante me ha llamado.

Y todavía me cuesta creer que Matteo Leonelli haya sido tan estúpido.

Allí está.

En la zona privada. Mesas exclusivas. Aquí están las apuestas más altas y los silencios más peligrosos. Aquí no solo se juega dinero: se juegan el honor, mansiones, coches de lujo, favores que algún día se cobrarán con intereses. La madera oscura y el arte moderno de las paredes no consiguen disimular la desesperación de algunos hombres.

Matteo Leonelli está sentado en mi mesa, la privada, apartada del resto, la que nadie ocupa sin mi permiso. Bebe de mi botella favorita de *whisky*, como si esto fuera una maldita reunión de amigos. Tiene esa mirada felina que siempre me ha puesto alerta y esa sonrisa de cobarde que pienso borrarle en cuestión de

segundos. Sus hombres se tensan al verme. Lo noto en la rigidez de sus hombros, en la forma en que aprietan la mandíbula.

Bien.

Que sientan miedo.

Que sepan que esta noche no hay reglas ni tratos ni indulgencias.

Pienso en Marena y la furia se intensifica por momentos. La idea de que haya estado en peligro me hace hervir la sangre mientras me acerco despacio, sin prisa. Quiero que Matteo vea venir la muerte. Que note cómo se le seca la boca, cómo le tiemblan los dedos alrededor del vaso de *whisky*. Que entienda, justo antes de que le rompa cada hueso del cuerpo, que no se toca lo que es mío.

—Enzo —saluda con ese tono falso de quien intenta disfrazar el miedo de confianza.

No respondo. No hace falta.

Han utilizado a Marena para llegar hasta mí, y eso es imperdonable.

—Eres muy valiente… o muy idiota.

Matteo sonríe y la cicatriz que tiene en la barbilla se tensa, deformando el gesto. Se lleva el vaso a los labios y lo apura sin apartar los ojos de mí. Eso me cabrea. Porque sabe que me está provocando.

—He llamado tu atención —señala—. Y eso siempre es bueno. Pensé que te gustaría hablar de lo que ha sucedido esta mañana.

—Definitivamente, eres idiota.

—Debes reconocer que tu puta es una preciosidad —dice riendo entre dientes—. Espero no haberla asustado demasiado.

Me abalanzo sobre él y el vaso vuela por los aires. El primer golpe le revienta el labio y la sangre me salpica los nudillos, caliente y pegajosa. Bien. Que sienta dolor. Que entienda que esto no ha hecho más que empezar.

Sus hombres intentan moverse, pero son interceptados por los míos. Esto es una venganza, una lucha cuerpo a cuerpo.

—No vuelvas a tocarla o te arranco el corazón con mis propias manos —escupo, y cada palabra es acompañada de un golpe: su

nariz, sus costillas, su maldita sonrisa desaparece bajo un torrente de sangre.

—¡Cabrón, devolved la mercancía! —balbucea cayendo de rodillas.

—Eso no va a ser posible —explico agarrándolo del cuello y levantándolo como si no pesara nada—. La próxima vez sed más listos. —Vuelvo a golpearlo, esta vez con más saña hasta que su cuerpo se desploma contra el suelo.

Matteo se retuerce, tose, escupe, intenta hablar, pero solo le salen jadeos y borbotones de sangre de la boca. No me detengo. No hasta que su cuerpo deja de moverse. No hasta que a los Leonelli les quede el mensaje claro:

—A cualquiera que se acerque a ella, lo mato —grito con la voz ronca por la rabia y el esfuerzo—. ¡Quedáis avisados! Porque la próxima vez no seré tan benévolo. Y si hoy soy clemente, es solo porque ella me lo ha pedido.

El dolor de la mano, de los nudillos, es insoportable. La agito, pero el escozor no se va. Dante, que siempre ha permanecido a mi espalda en todo momento, hace un gesto a uno de los nuestros. No necesita palabras. Al segundo, uno de ellos corre a por hielo.

—¿Estás bien? —se interesa.

—Mejor que nunca —respondo hosco.

El hielo me quema al contacto, pero aprieto los dientes y no emito sonido alguno.

—Saca a esta escoria de aquí.

No hace falta repetirlo. Antes de que el frío termine de calmarme los nudillos, mis hombres ya están arrastrando a los de Leonelli hacia la puerta trasera. Sin miramientos.

Salgo del reservado. El murmullo del casino se atenúa un instante. Algunas miradas se clavan en mí, expectantes, como si aguardaran una explicación que no pienso dar.

—Sigan jugando —ordeno—. El tema está zanjado.

Unos asienten, como si entendieran que esto no es asunto suyo. Otros vuelven a sus cartas en silencio, fingiendo normalidad. Como si no acabara de dejar claro quién manda aquí. En este casino.

Me vuelvo hacia Dante:

—Asegúrate de que los Leonelli reciban el mensaje —expreso en un tono alto y conciso—. No tendrán su mercancía. Y, si se acercan a los nuestros, habrá guerra.

—De acuerdo —responde—. Pero antes deberías cambiarte de camisa.

Bajo la mirada y veo las salpicaduras de sangre que destacan sobre la tela clara.

—Joder…

Saco el móvil y marco el número de Bruno. No le doy tiempo a saludar:

—Está hecho. Pero escúchame bien: nada de gilipolleces. Ni una más.

Cuelgo sin esperar respuesta.

Pienso en Marena y la idea de volver a dormir solo me resulta insoportable.

—¡Maldita sea! —mascullo, volviendo a presionar el hielo contra los nudillos.

CAPÍTULO 17

MARENA

Solo han transcurrido tres días y ya le echo de menos. Me parece absurdo, dejo caer el móvil sobre el colchón y me quedo mirando el techo, como si allí fuera a encontrar todas las respuestas. Todo lo que está ocurriendo ha dejado poco espacio para la sensatez. Durante un segundo —solo uno— me permito pensar en las consecuencias, en el riesgo real al que me estoy exponiendo y es entonces cuando un estruendo al otro lado de la puerta me saca de mis deliberaciones.

Salgo de la habitación, aún con el mismo pijama de hace tres días, y me encuentro a Bria agachada, recogiendo palomitas del suelo.

—Si para sacarte de la habitación tenía que tirar un bol lleno de palomitas al suelo, lo habría hecho antes.

—Perdona… —murmuro, acercándome deprisa para ayudarla.

—No pasa nada —responde—. Haré más.

—Han entrado a robar en la librería de mi tía.

Recogemos en silencio durante unos segundos, hasta que ella levanta la mirada despacio, sus ojos me miran con una expresión de cautela. Su respiración se acelera, apenas perceptible, pero la conozco lo suficiente para notarlo.

—¿Está bien?

—Sí. Algo asustada, pero bien. Esto es Nueva York y los robos están a la orden del día.

—Lo siento. —Me mira sin decir nada—. ¿Crees que soy la responsable?

Bria se levanta, tira las palomitas a la basura y se queda de pie, con las manos apoyadas en la encimera. Cierra los ojos durante unos segundos, como si intentara ordenar sus pensamientos antes de responder. Cuando los abre, suspira.

—No —dice al fin, despacio—. Pero tampoco voy a mentirte: lo he pensado.

Su tono no es acusador. Es protector. Y eso, de algún modo, duele más.

—¿Dónde está Fabio? —Observo alrededor, como si pudiera aparecer de un momento a otro.

—Desde que estás aquí, no ha vuelto.

La miro sorprendida.

—No lo sabía.

—Supongo que no.

Hay algo en su voz que lo deja claro: Bria siente algo por Fabio, aunque no quiera admitirlo en voz alta.

—Puedo llamar a Enzo y preguntarle.

Bria coge la escoba y empieza a barrer las últimas palomitas.

—¿Esa sería la excusa perfecta para saber de él?

—¿De qué estás hablando? —me defiendo—. Yo…

—Vamos, Marena. Mírate —señala sin levantar la voz—. No sales de la habitación salvo para ir al baño y te atiborras de hidratos y comida basura.

—Le prometí que no saldría del apartamento.

Bria se detiene y me mira por encima del mango de la escoba.

—El apartamento es algo más que tu habitación.

Se inclina hacia mí mientras recojo los últimos restos del suelo y desciende ligeramente hasta colocar el rostro a la altura del mío.

—Dime que no estás colada por ese tío.

Me incorporo de golpe y ella hace lo mismo, sin retroceder.

—¿De qué estás hablando?

—Tú deberías saberlo mejor que nadie.

Se me tensa cada fibra de mi ser bajo la presión de tener que respirar mi propia furia.

—Te recuerdo —indico alzando la voz— que he sido testigo de un asesinato a sangre fría y de una agresión.

La tensión se palpa en el ambiente.

—¿Por qué no has ido a la policía?

Esa es una buena pregunta. Bajo la mirada un instante antes de volver a fijarla en Bria y reconocer, sin dificultad, la desaprobación en su gesto.

—Enzo me pidió que no lo hiciera.

—¿Y desde cuándo haces todo lo que te ordenan?

Abro la boca, pero no encuentro la sensatez suficiente ni siquiera para convencerme a mí misma de que lo que estoy haciendo es lo correcto.

—Es la mafia, Bria. ¿Qué crees que haría la policía?

—Mantenerte a salvo —afirma sin dudar.

—Eso lo está haciendo Enzo.

—Sin conseguirlo —protesta, alzando la voz, enfadada.

Rodeo mi cintura con los brazos. Estoy más cansada de lo que pensaba; agotada por dentro.

—Bria… —mi voz flaquea—, lo he intentado todo y nada da resultado.

El silencio que sigue ya no es hostil. Es pesado, cargado de miedo y de preocupación. Bria me observa durante unos segundos y algo en su expresión cambia. Sus hombros se relajan y la tensión abandona su mirada.

—Perdóname —dice al fin más bajo—. Estoy asustada. Por ti… y por mi tía. El robo me ha puesto de los nervios.

Da un paso hacia mí y, sin darme tiempo a reaccionar, me rodea con los brazos. El gesto es cariñoso, protector, como si necesitara comprobar que sigo aquí, que sigo siendo la misma de siempre. Yo me dejo caer contra ella y cierro los ojos.

—No quería ser una histérica de libro —añade apoyando la barbilla en mi cabeza—. Solo… no sé cómo ayudarte.

Esbozo una triste sonrisa y le devuelvo el abrazo.

—Lo sé —susurro—. Y gracias por no dejarme sola.

Nos quedamos así unos segundos más, en silencio, compartiendo el mismo miedo, pero también algo que se parece mucho al consuelo.

—Haré más palomitas.

Sonrío.

—Las palomitas son siempre la mejor opción.

Bria se separa de mí y se pone manos a la obra.

—Podemos ver *Orgullo y prejuicio*.

La hemos visto al menos cien veces, pero nunca es suficiente.

—Me parece una idea maravillosa.

—¡Esa es mi chica!

***

Tumbada en el sofá, compartiendo la manta con Bria, veo cómo en la pantalla la niebla de la mañana inglesa se derrama sobre los campos. Y entonces aparece él.

Fitzwilliam Darcy.

Camina con esa rigidez elegante, como si el mundo entero le debiera respeto. La espalda recta, el gesto contenido. Pero sus ojos… sus ojos no miran el paisaje que lo rodea. Buscan algo. A alguien. No es dinero ni posición ni orgullo.

Solo ella. Solo Elisabeth.

Me muerdo el labio. No puedo evitarlo. Cada vez que llega esta escena, el corazón me late más deprisa. Es uno de esos momentos en los que se te corta la respiración, en los que la música te invita a soñar. La forma en que se acerca, como si el universo entero estuviera a sus pies.

—Dios, Bria —susurro sin apartar la vista de la pantalla—, ¿no te parece que es…?

No termino la frase. No hace falta. Bria ya sabe perfectamente a qué me refiero. Lo sabe porque lo hemos hablado infinidad de veces.

—¿Que es el hombre perfecto? —responde, embobada, sin dejar de masticar palomitas—. Lo es. Sin duda.

No puedo evitar compararlo con Enzo. Y, sin poder remediarlo, cojo el móvil y la pantalla se ilumina entre mis dedos. No hay llamadas ni mensajes.

No sé si sentirme decepcionada o… agradecida. Por primera vez desde que lo conozco, respeta una de mis decisiones.

Vuelvo la vista a la película.

Darcy está ahí, frente a Elizabeth. No dice nada, pero lo dice todo. Esa tensión densa, casi insoportable, que no necesita palabras. De pronto entiendo cómo debe de sentirse ella con el viento golpeándole el rostro. El miedo mezclado con el deseo. La incertidumbre y, al mismo tiempo, una seguridad absoluta.

Y cuando Darcy alza la mano —tan cerca de tocarla, tan cerca de romper todas las barreras—, contengo el aliento.

Porque eso es exactamente lo que siempre he querido.

Que alguien me mire así. Como si no hicieran falta palabras. Como si todo lo demás pudiera esperar.

Tiro un poco de la manta y, sin quererlo, vuelvo a pensar en Enzo.

—¿Y bien?

Despego la mirada de los créditos finales y miro a Bria, sin saber muy bien cómo interpretar su pregunta.

—¿Cuánto tienen en común Enzo y el señor Darcy?

Sonrío, más para mí que para ella. A veces me pregunto cómo Bria puede leer con tanta facilidad mis pensamientos.

—Enzo no es precisamente paciente.

—Yo diría que ahora mismo lo está siendo —replica, dejando el bol de palomitas sobre la mesa.

—Puede…

—¿Puede? —repite divertida—. Por tu cara deduzco que no hay mensajes ni llamadas.

Le lanzo una palomita olvidada sobre la manta. Ella la atrapa al vuelo y se la lleva a la boca. Yo no puedo evitar sonreír.

—Tienes razón.

—Bien. Algo es algo.

Me mira de reojo, ladeando la cabeza, con esa expresión que conozco tan bien.

—Y en la cama… ¿cómo es?

—¡Bria!

Se encoge de hombros y mastica la palomita con tranquilidad.

—¡¿Qué?! Quiero saberlo y envidiarte un poco.

Le acaricio la rodilla por encima de la manta y me quedo pensativa unos segundos.

—Increíble.

Bria suelta una carcajada.

—¡Ya está! ¡Un solo adjetivo para describir al gran hombre! —se aclara la garganta entre divertida y desilusionada—. Empieza por el principio, contándomelo todo hasta el final. Con todos los detalles, sin dejarte nada y despacio.

Me vienen a la cabeza recuerdos de nosotros dos en la cama. La forma en que me venera con cada beso, cada caricia. Un escalofrío me recorre la piel y se me eriza el vello de los brazos.

—¡Vamos, Marena! —apremia Bria.

Sonrío ante su impaciencia.

—Al principio, era un arrogante, engreído y cabezota —confieso—. Bueno… en el fondo, creo que lo sigue siendo, pero ahora lo entiendo mejor.

—¿En serio? —pregunta, inclinándose hacia mí, intrigada.

—Es gruñón, mandón, posesivo…

Bria arquea las cejas e inclina un poco la cabeza.

—Ah, no te habrá hecho daño, ¿verdad?

—No de la forma que estás pensando.

—¿Entonces?

—Cree que soy suya o algo así.

—Joder. Vale —murmura pensativa.

—Con el paso del tiempo parece mostrarse más relajado —añado—. Está menos a la defensiva.

—Ajá… —una sonrisa lenta se dibuja en sus labios—, o sea, que el sexo con él es maravilloso.

Me quedo pensando un instante a la definición de Bria.

—Sí —respondo sin dudar—. Es tierno, atento. Asombroso incluso.

—Guay —expresa tras unos segundos—. Solo dime una cosa, no será de esos que te agarran o te azotan el culo sin venir a cuento o que te estrangulan, ¿no?

—No, nada de eso.

—¿Fue amable? ¿Tierno de verdad?

—Sí.

—¡Genial! —exclama aliviada—. Y… —baja un poco la voz— ¿llegaste al orgasmo?

La imagen de nosotros en la cama, haciendo el amor, vuelve a mí como un relámpago. Me remuevo inquieta en el sofá.

—Sí —susurro—. Es maravilloso. —Ladeo los labios antes de afirmar—: Le dije que le quería.

Bria se incorpora de golpe, como si el sofá acabara de darle una descarga eléctrica, y abre los ojos de par en par.

—¿Perdona? —se lleva una mano al pecho—, ¿qué acabas de decir?

—Fue en el fragor del momento —confieso cerrando los ojos y sintiéndome más culpable que nunca.

—Por el amor de Dios, Marena… —resopla—, ¿no te he enseñado nada?

Abro los ojos y los pongo en blanco.

—Sí. Al principio solo sexo, nada de sentimientos.

—Eso es.

—No volverá a pasar.

—Tarde, Marena. Muy tarde. Decirle «te quiero» a un hombre puede acabar de dos formas: o sale corriendo como alma que lleva el diablo o no lo olvidará jamás.

—No salió corriendo.

—Ahí tienes la respuesta —protesta de forma contundente.

—No volverá a pasar —insisto frustrada.

—Más te vale —me señala con un dedo—, eres demasiado joven y todavía te quedan muchos hombres y mucho sexo que disfrutar.

Entorno los ojos. Así es Bria. Directa, brutalmente honesta, pero no la cambiaría por nadie.

—¿Sigues teniendo miedo? —pregunta de pronto.

—Sí —respondo con sinceridad. Me llevo la mano a la medalla y la acaricio, buscando algo de paz interior—. No entiendo cómo he podido llegar a esta situación.

—Por una sucesión de acontecimientos y peor suerte. Sigo pensando que deberías ir a la policía.

—No lo haré.

Bria se inclina hacia delante, apoya los antebrazos en sus rodillas y me mira con seriedad.

—¿Estás segura?

—Lo estoy. Ir a la policía significaría testificar contra las Familias y eso me llevaría directamente a un programa de testigos. Perdería mi identidad, mis amigos, mi modo de vida, y no quiero eso. O peor aún, la historia de mi padre se repetiría y acabaría como él, a dos metros bajo tierra.

Levanto la mirada y la clavo en la suya.

—Te he contado lo que sucedió y no quiero que ocurra de nuevo.

Bria no responde enseguida. Solo me sostiene la mirada y, por primera vez en mucho tiempo, su descaro da paso a algo parecido al miedo.

—Me preocupas tú.

—Yo estaré bien —respondo sin dejar entrever mi miedo.

—¿Cómo lo sabes? —pregunta—. Fabio no está aquí.

—Fabio tiene que hacer cosas más importantes que protegerme a mí.

Bria se encoge de hombros.

—Pienso lo mismo. Creo que voy a marcharme, Marena.

La sola idea de no tener a Bria en mi vida se vuelve insoportable.

—Mi tía no se encuentra bien. Quiere jubilarse, traspasar la librería e irse lejos de aquí. Me ha pedido que la acompañe.

—Lo entiendo —murmuro. Es todo lo que se me ocurre decir.

—¿Marena?

—¿Sí?

—Aunque te parezca increíble, yo no soy tan fuerte como tú, y estas últimas semanas me han servido para demostrármelo.

Aparto la vista y me quedo mirando a la nada. La confusión sustituye a un incipiente dolor de cabeza.

—¿Estás enfadada?

—No —suspiro—, lamento no haber estado más tiempo contigo estas últimas semanas.

—No se trata de eso, y lo sabes.

Claro que lo sé. Bria está muy unida a su tía y haría cualquier cosa que ella le pidiera.

—Tienes derecho a irte y rehacer tu vida en otra ciudad.

El móvil de Bria suena y nos interrumpe.

—Es ella. Me pregunta si puedo ir a su casa.

—¿Está bien?

—Algo cansada, pero se le pasará.

Aparto la manta y me pongo de pie.

—Voy contigo.

—No, es peligroso. Enzo tiene razón, lo mejor es que te quedes aquí.

—Bria…

—Además, esta noche me quedaré con ella, en su casa —añade cogiendo el abrigo—. Espero que no te moleste.

—No, claro que no —titubeo.

Me tiembla el labio inferior y noto un nudo en la garganta que me impide decir lo único que de verdad importa.

—Te quiero, Marena —expresa antes de cerrar la puerta, con el abrigo ya puesto.

Asiento y me sorbo los mocos. Apenas consigo balbucear un suave:

—Yo también.

Pero Bria se ha ido y no sé si lo ha escuchado.

CAPÍTULO 18

MARENA

No puedo parar de llorar. Tengo la sensación de que todo se desmorona a mi alrededor. Sé que soy cabezota; siempre lo he sido. Sé que tengo problemas que vienen de lejos, las heridas no van a desaparecer de la noche a la mañana.

Pero el hecho de que Bria se marche es horrible.

Poco a poco me obligo a aceptar que ella y su tía son un vínculo irrompible, una lealtad que pesa más que cualquier promesa. Lo entiendo, aunque eso me está destrozando por dentro.

Son las tres de la madrugada y no dejo de ver la cara de Bria, una y otra vez, diciéndome que se va. Me siento culpable, porque quizá he sido yo quien la ha empujado a tomar esa decisión. Tal vez por eso me encuentro encerrada en el cuarto de baño, con la espalda apoyada en la puerta, tratando de superar un ataque de pánico bastante espantoso.

Y entonces lo comprendo. Es algo aterrador.

Estoy sola en el mundo.

Estiro el brazo y cojo el móvil del lavabo. Ignoro el temblor de las manos y busco su nombre en la pantalla.

—Te necesito.

***

Durante unos instantes me envuelven la paz y el silencio. Unos golpes en la puerta irrumpen mis pensamientos.

Intento recomponerme, de verdad, pero el dolor sigue ahí, enmarañado en algún punto profundo del pecho, negándose a ceder.

Los golpes se vuelven más bruscos, más urgentes.

Me levanto y camino hasta la puerta con las piernas todavía temblorosas. Cuando la abro y lo veo, todo se rompe de nuevo. Los

ojos se me llenan de lágrimas y no llego ni a saludarlo: me lanzo a sus brazos.

—¿Estás bien? —pregunta sin soltarme.

Niego con la cabeza. No soy capaz de hablar. Me aferro a él con desesperación, le rodeo la cintura con las piernas mientras mis brazos descansan en sus hombros.

—Quiero que me hagas el amor —susurro.

Siento cómo su cuerpo se tensa al instante. Su respiración se vuelve más pesada contra mi piel. Durante un segundo no se mueve, como si luchara contra él mismo.

—Marena —murmura apoyando la frente en mi cuello—, dime qué ha pasado.

Vuelvo a negar. No quiero hablar. No ahora.

Cuando su cabeza amenaza con enterrarse de nuevo en mi cuello, lo detengo cogiéndole la cara y me lanzo contra su boca. Mi beso es urgente, torpe, cargado de necesidad. Él responde solo un instante antes de contenerse, apoyando una mano firme en mi espalda, recordándome que está ahí.

—¿Estás sola?

—Sí.

Es la primera vez que pronuncio una palabra en no sé cuánto tiempo. Me sale áspera, rota, como si la voz hubiera tenido que abrirse paso a la fuerza.

Enzo me mira con el ceño fruncido, sin entender muy bien lo que está sucediendo.

—¿Dónde está Bria?

—Eso no importa.

Su expresión se endurece un poco más, alerta, protectora.

No dejo que insista. Lo beso y dejo que su barba rasposa me arañe la cara y disfruto de cada roce. Me aferro a su chaqueta y gimo cuando se aparta apenas un centímetro.

—¿Debo preocuparme? —pregunta con voz grave, contenida.

No sé cómo describirlo. En este momento solo puedo pensar una cosa: es adorable.

Y no sé cómo es posible que un hombre tan abrupto pueda serlo.

Toda la rabia, toda la culpa, todo el miedo se diluyen bajo su mirada, bajo la forma en que me sostiene.

—No —susurro—. Solo quiero que me hagas el amor.

Sus ojos recorren mi cara, buscando algo más. La preocupación sigue ahí, pero se va apagando poco a poco, sustituida por una intensidad que me eriza el vello.

Me tumba en la cama con una lentitud que me enciende la piel. Sus manos descienden por mis piernas, arrastrando los *leggins* hasta los tobillos antes de deshacerse de ellos. El aire fresco me roza, pero es su tacto lo que me hace contener el aliento cuando sus dedos se posan sobre el encaje de mi tanga. Me aferro a las sábanas cuando, con un movimiento seguro, tira de las finas tiras hacia abajo.

—¿Estás cómoda? —pregunta con esa voz ronca que me recorre como una caricia.

No puedo hablar. El cansancio acumulado durante las últimas horas se ha esfumado, reemplazado por algo más urgente, más intenso. Solo asiento, porque las palabras se me atragantan entre el deseo y la anticipación.

—Veo que estás poco habladora —murmura con un deje de diversión en la voz—. Algo raro en ti.

—Enzo. —Su nombre se me escapa en un jadeo cuando sus dedos empiezan a explorarme, trazando un camino de fuego sobre mi piel.

Cierro los ojos y gimo ante el placer inmediato. Sus dedos se abren paso y me hundo en la almohada, buscando aire, buscando algo a lo que aferrarme mientras el mundo se desvanece a mi alrededor.

—Estás tensa —indica sin detenerse, sin apartar la boca de mi oído.

No puedo responder a eso. No cuando me penetra con delicadeza, esta vez con dos dedos, y sus suaves movimientos alivian mi tensión. Me relaja y me excita a la vez, hasta que solo queda el placer puro y abrasador.

—¿Mejor? —susurra, y su aliento caliente me eriza la piel.

—Sí —jadeo.

Sus caricias me llevan a un lugar donde solo existe él, donde solo existe lo nuestro, sea lo que sea. Me estremezco, perdida en la sensación, en el ritmo, en la forma en que me hace sentir viva, deseada, suya. Me… me…

—¡Enzo! —Su nombre escapa de mis labios como un grito ahogado, pero él me calla con un «Shhh» dulce, casi un susurro, mientras retira sus dedos con lentitud.

Se desnuda frente a mí, como si el tiempo no existiera. Su cuerpo, fuerte y marcado, me deja sin aliento. Antes de que pueda reaccionar, sus manos me agarran con firmeza por las caderas, me levantan ligeramente; abro la boca en busca de aire, como si el mundo entero se hubiera detenido.

—¿Todavía quieres que te haga el amor?

—Sí —respondo sin pensarlo. Sin poder evitarlo.

Un gruñido profundo sale de su garganta mientras desliza la punta de su erección entre mis muslos, rozándome, torturándome con una lentitud que me enciende. Y se adentra en mí con un siseo, como si el placer le quemara tanto como a mí.

Un gemido escapa de mis labios. Me derrito. Todo mi cuerpo se convierte en gelatina bajo sus manos, y es él quien me moldea, quien me guía, quien me hace sentir viva, deseada, completa. Sus manos se deslizan por mi cuerpo hasta que sus dedos llegan a mis labios, y puedo lamerlo y también saborearlo.

—Eres mía —murmura; sus palabras me queman más que cualquier caricia. Y en este momento no quiero ser de nadie más.

Lleva la boca a mi cuello, empieza a mover las caderas hacia dentro y hacia fuera y me deja sin aire en los pulmones. Se me escapa en forma de suaves gemidos satisfechos.

Sonrío de placer y noto que él lo hace pegado a mi cuello y me besa con delicadeza sin perder el ritmo, con la palma de la mano en mi garganta.

—Sabes de maravilla.

—¡Sigue! —le ordeno—. Estoy a punto.

Él sonríe contra el lóbulo de mi oreja.

—No lo había notado —señala irónico y con voz gutural mientras me embiste con un par de sacudidas profundas y hunde los

dientes en mi cuello.

Sollozo de puro placer.

—¿Quieres que siga?

—Ni se te ocurra parar ahora —grito cuando avanza con rapidez, pero con mucho cuidado.

Tengo los nudillos blancos de agarrarme con tanta fuerza en las sábanas. Sale otra vez de mí y ataca de nuevo con decisión. Me deja sin aire en los pulmones y el corazón me late a una velocidad peligrosa.

—Enzo… —trago saliva y se me tensan los brazos pegados al cabecero de la cama. Las cumbres de placer hacen que la cabeza me dé vueltas, fuera de control—, Enzo, por favor, por favor, por favor.

Estoy en la cúspide, tambaleándome al borde del abismo. Me mantiene ahí, excitándome. Sabe exactamente lo que hace.

—Dime qué pasa, Marena —gruñe embistiéndome de nuevo con otro implacable avance de caderas—. Dímelo.

No puedo pensar, no consigo pronunciar una sola palabra. De mi boca solo escapan gemidos, jadeos rotos que se ahogan contra su piel. De un tirón nuestras caras se quedan pegadas y me besa con una profundidad que me roba el aliento. Nuestro beso es un paso hacia mi orgasmo inminente.

—¿Qué pasa? —susurra contra mi boca.

Nuevas lágrimas desbordan mis ojos.

Sale de mí para entrar con un nuevo empollón que me desarma por completo.

—¿Qué ha pasado? —insiste.

—¡Estoy sola! —grito cuando vuelve a encontrar el ritmo y el orgasmo me deja aturdida e inmóvil en sus brazos.

Me tiembla todo el cuerpo. Muevo la cabeza de un lado a otro sobre la almohada cuando las punzadas de placer comienzan a desvanecerse, dejando solo un eco dulce y devastador.

No siento las extremidades, solo a Enzo, que me da un beso casto en los labios mientras su sexo palpitante sigue dentro de mí.

Agotada, con lágrimas resbalándome por las mejillas, cierro los ojos.

CAPÍTULO 19

ENZO

«Estoy sola».

Las palabras de Marena resuenan en mi cabeza como un eco que no se desvanece. ¿Por qué demonios piensa eso? Tiene a todo el mundo a su lado: a Bria, a los míos. Y, joder, me tiene a mí. Pero ahí está, dormida a mi lado, con el rostro relajado, como si en sueños pudiera escapar de todo lo que la atormenta. Demasiado tranquila. Demasiado lejos de la mujer que anoche se deshizo entre mis brazos, que gritó mi nombre como si fuera su único salvavidas.

Apoyo el codo en el colchón, observándola. La luz tenue de la mañana se cuela, tímida, entre las cortinas, dibujando sombras sobre su piel. Respira despacio, serena, como si en este instante nada pudiera perturbarla.

Me encanta verla así, relajada.

¿Qué la ha puesto tan nerviosa?

¿Soy yo? ¿Es este maldito mundo al que la he arrastrado, donde el peligro acecha y una palabra mal dicha es una amenaza? ¿O es algo más? Algo que no puedo ver, que no puedo arreglar con mi presencia o una promesa.

Con cuidado de no despertarla, le aparto un mechón de pelo de la cara. Sus pestañas tiemblan levemente y frunce el ceño, como si incluso dormida luchara contra lo que la atormenta.

«Estoy sola».

Mierda.

Me acerco sin hacer ruido, hasta que mi aliento le roza la sien. No quiero despertarla. Solo quiero recordarle que no lo está. Que, aunque el mundo entero la abandone, aunque los Leonelli, los míos o sus propios demonios la arrastren al infierno, yo sigo aquí.

Siempre.

Con un gruñido, me incorporo y rebusco el pantalón entre las sábanas. El móvil vibra en el bolsillo, como si supiera que lo necesito. Lo saco, lo desbloqueo con el pulgar y tecleo rápido a Fabio:

Averigua dónde está Bria.

La respuesta no tarda:

En casa de su tía.

Aprieto la mandíbula. Todo empieza a cobrar sentido.

Fabio sigue escribiendo:

La señora Jackson quiere jubilarse.

Y llevarse a Bria con ella. Lejos de Nueva York.

Miro a Marena, sigue dormida, ajena a todo.

—Joder —murmuro.

«Estoy sola».

Ahora lo entiendo.

Dejo caer el móvil sobre la cama con más fuerza de la necesaria. No es rabia, es algo más parecido a resignación. Alzo la vista y recorro la habitación con calma, como si necesitara entenderla.

En ese momento, el tren pasa junto a la ventana. Las paredes vibran con un estruendo metálico, como si el edificio entero fuera a desmoronarse. El cristal de la ventana traquetea, el suelo tiembla bajo nuestros cuerpos y el ruido ensordecedor lo inunda todo durante unos segundos.

Marena sigue durmiendo, ajena a todo. Yo sigo inmóvil, aturdido. ¿Cómo demonios se puede dormir —o vivir— aquí, con ese infierno de ruido y vibraciones?

Cuando la tranquilidad vuelve, miro a mi alrededor. Las paredes están cubiertas de fotografías. Blanco y negro, colores apagados, instantes robados a la vida. Marena y su obstinación por congelar el tiempo. Hay retratos de Bria riendo, de calles vacías al amanecer, de ellas dos con gesto cómplice, con los hombros rozándose, como si compartieran un secreto. Otra imagen de manos arrugadas sosteniendo tazas de café llama mi atención y me provoca cierta sorpresa. Hasta un girasol marchito, abandonado en un jarrón, tiene un lugar en esta especie de galería improvisada.

A mis treinta y siete años sé que la vida no se captura en imágenes bonitas. Se improvisa, se sobrevive. Pero la juventud de Marena aún le permite creer que el mundo es un puto cuadro de luz y sombras.

El color azul predomina y no puedo evitar sentir cierta decepción al darme cuenta de la diferencia que hay entre nosotros. Estoy en la habitación de una chica de veinticinco años, y esa certeza, de alguna manera, me incomoda.

Con un movimiento brusco, aparto las sábanas. Necesito una ducha.

Me encierro en el cuarto de baño y abro el grifo. El agua caliente cae con fuerza, llenando el espacio de vapor. Apoyo las manos en la pared de azulejos y bajo la cabeza. Durante unos segundos no me permito pensar en nada.

Entonces la oigo.

La puerta se abre con sigilo. El vapor se arremolina cuando alzo la vista y veo a Marena al otro lado del cristal.

Desnuda.

Descalza.

El pelo suelto, oscuro, humedecido por el vapor, le cae sobre los hombros como una promesa silenciosa. Abre la mampara con lentitud, el aire frío se cuela entre el calor, erizándome la piel.

—Pensé que te habías ido —susurra tan bajo que casi no la oigo por encima del agua.

No respondo enseguida. No puedo.

El agua resbala por su cuerpo, por la línea suave de sus hombros, por la curva de su cintura, por esa piel que mis manos recuerdan incluso antes de tocarla. Y de pronto todo lo demás deja de importar. Las dudas desaparecen y la necesidad impera.

No hay espacio para el remordimiento cuando la deseo así, cuando la quiero con una intensidad que no sé describir. Todo lo que había pasado por mi cabeza esta mañana se desvanece de repente. Marena entra en la ducha y el mundo se reduce a su respiración, a su piel, a lo que despierta en mí.

—No —digo al fin—. Sigo aquí.

Me mira y sonríe, aunque esa sonrisa no termina de alcanzar sus ojos.

—¿Estás mejor?

—Algo… sí —responde con un hilo de voz.

La atraigo hacia mí, la abrazo y la fundo con mi pecho desnudo. Apoyo la barbilla en su cabeza, respirando su olor.

Cierro los ojos mientras el agua nos resbala por la piel y golpea despacio sobre nuestros hombros, aislándonos del resto del universo.

Ella levanta la mirada y se encuentra con la mía.

—Sabes lo de Bria.

Sé que no es una pregunta; puedo verlo en sus ojos.

—Sí.

Ella se muerde el labio inferior. La observo un instante. Deslizo los dedos por su frente y aparto un mechón empapado que se le pega a la piel. Me detengo un segundo, atrapado en el verde intenso de sus ojos y en su boca entreabierta.

—Me alegro de que lo sepas —dice despacio, sin apartarse—. No la juzgo. La entiendo. Yo… en su lugar haría lo mismo.

Oírla hablar así me hace sentir el peor hombre de la faz de la tierra. La abrazo un poco más contra mí, casi por instinto.

—No —murmuro—. No irás a ninguna parte.

Ella parpadea.

—¿Es una orden?

No sé cómo responder a eso.

Levanta la barbilla con dignidad, esperando mi respuesta.

Le sostengo el rostro entre mis manos, obligándola a mirarme.

—No, no lo es —acabo admitiendo—. Es miedo.

Sus labios se suavizan.

—Es lo que esperaba oír.

Me mordisquea el cuello y su boca me provoca un pequeño escalofrío que nace en la espalda y se expande bajo la piel.

—Debes borrar su nombre de la lista de invitados —dice de pronto.

Frunzo el ceño. Por un momento no sé a qué se refiere.

Entonces, por primera vez desde que he llegado, sonríe.

—De la fiesta.

Asiento despacio. Sé que esa noche no será solo una reunión de Familias. Será exposición. Riesgo. Una manera peligrosa de marcar territorio.

Pero ahora no quiero pensar en ajustes de cuentas ni en miradas que no me gusten, ni en la sangre que podría derramarse.

Con una mano traviesa roza mi entrepierna y todo lo demás deja de existir.

Mis dedos se clavan sobre su precioso trasero húmedo y la atraigo contra mí.

—Estoy bastante seguro —murmuro contra su oído— de que ahora mismo no quieres hablar de listas ni de invitados.

Odio el control que ejerce sobre mí. Nadie lo ha tenido jamás. Con ella me siento poderoso y peligrosamente vulnerable a la vez.

Pero ahora no me importa.

La alzo sin esfuerzo y Marena enreda sus piernas alrededor de mi cintura. Y en ese instante lo entiendo.

Soy hombre muerto.

Todo lo demás puede esperar.

Todo.

CAPÍTULO 20

MARENA

Las maletas de Bria están junto a la puerta. Me duele verlas ahí. Son pequeñas, violetas —el color que a ella le encanta—, pero pesan como si llevaran dentro todo lo que estamos a punto de perder. Me recuerdan que la vida no siempre es justa. Que es más cruel de lo que nos gustaría aceptar.

La observo caminar de un lado a otro del apartamento, incapaz de estarse quieta. Abre un cajón, lo cierra. Mira por la ventana. Se pasa una mano por el pelo. Parece buscar algo que no encuentra… o quizá solo es una excusa para no enfrentarse a mí.

Quiero detenerla. Decirle que se equivoca. Que no todo se arregla huyendo.

Pero ¿a quién pretendo engañar?

Ella se está eligiendo a sí misma.

A su familia.

Y yo…, yo he elegido a Enzo.

Han pasado tres días. Tres días en los que Bria ya no se ha sentado conmigo en el sofá ni ha compartido planes de futuro ni risas. Tres días en los que todo es extraño. Me cruzo de brazos, como si así pudiera protegerme de lo que veo, y espero. No sé muy bien a qué. Tal vez a que ocurra un milagro que no va a llegar.

Porque, por mucho que nos empeñemos, los milagros no existen.

Y una persona que ha tomado una decisión de verdad, no suele dar marcha atrás.

—¿Has visto mi sudadera negra?

Sé cuál es. Una sudadera *oversize* con unas letras enormes en la espalda: DE ENEMIGOS A AMANTES.

Recuerdo el día que la compró en el centro comercial. Dos horas de cola, protestas incluidas, y aun así no dejó de sonreír ni un

segundo. Cuando por fin la consiguió, la abrazó como si fuera un trofeo. Dijo que era el mejor capricho de su vida.

Lo celebramos sentadas en el suelo de la cocina, con una *pizza*, refrescos y recordando a la señora que casi se pelea con una adolescente por la última talla de la sudadera. Bria imitaba su voz indignada mientras yo acabé llorando de la risa. Brindamos con vasos de plástico como si hubiéramos ganado una batalla épica.

Niego con la cabeza, porque el nudo que tengo en la garganta me impide hablar.

—Vale. ¡A la mierda con la sudadera!

Hace un gesto brusco con los brazos y cierra el armario de un golpe. El estrépito me hace encoger los hombros y cierro los ojos un segundo.

Cuando los abro, Bria está delante de mí. Observo su expresión y me doy cuenta de que soy la responsable de esos ojos brillantes, de la tristeza mezclada con una rabia que no termina de saber gestionar.

No la culpo.

Bria cree que he elegido mal. Y quizá tenga razón. Pero no puedo ignorar lo que siento. Lo he intentado; sin embargo, no puedo.

—Si aparece, puedo enviártela —murmuro.

—¿Y ya está? —suspira Bria—. De verdad que estás poniendo a prueba mi paciencia. ¿Eso es todo lo que tienes que decirme? No quiero que me mandes una puñetera sudadera por correo. Quiero que vengas conmigo, que te alejes de Enzo y de sus problemas. Son sus problemas, no los tuyos. ¿Entiendes?

—No puedo irme contigo.

La frase se me escapa en un hilo de voz.

Eso es lo que me ha pedido Bria, después de pasar tres días con su tía: que me marchara con ellas. Y, si soy sincera, una parte de mí necesita huir. Pero no puedo. Necesito quedarme con Enzo.

Estoy enamorada de él, y ahora mismo ese amor es más fuerte que nunca. Me ha pedido que vaya a la fiesta, y voy a ir.

—¿Estás segura de todo esto, Marena?

Me quedo quieta sin saber qué responder. Al final opto por mantener la boca cerrada.

Podéis llamarlo miedo, vacío o inseguridad; el primer adjetivo que se os pase por la cabeza. Pero en este instante no soy capaz ni siquiera de pensar con claridad.

—Es lo que debo hacer, por el momento.

Bria disimula la sorpresa inicial. Baja la cabeza, resignada, y tarda un segundo en volver a mirarme.

—De acuerdo. Lo he intentado de todas las maneras posibles —dice con un tono cargado de recelo—, pero no puedo con esto, Marena. No quiero ser una presa en mi propio hogar, no quiero saber nada de la mafia, de Familias que se exterminan las unas a las otras. Eso está bien para las series o en las películas, no para vivirlo.

—Bria…

—¿Has pensado en lo que diría tu madre?

Cojo aire, porque es como si me acabaran de clavar un puño en el estómago.

—No es justo, Bria.

—¿Cuánto hace que no vas al cementerio a llevarle flores?

La fulmino con la mirada. Me esfuerzo al máximo por no enfadarme, pero me ha dado justo donde más duele.

—Demasiado tiempo —respondo con decisión, desafiando a la aprensión que todavía siento en todo mi ser.

—Joder…, lo siento, Marena.

—No pasa nada. Tienes razón.

Está enfadada conmigo y consigo misma; puedo entenderlo. Soy una grieta en nuestra amistad. Y eso puede resultar desconcertante.

—No quería hablarte así —añade pasándose la mano por la cara—. Estoy cabreada por toda esta mierda.

—¿Y Fabio?

Me lanza una mirada devastadora.

—Él también ha elegido.

—¿Ha pasado algo entre vosotros?

—Eso no importa. Necesito alejarme de todo esto o me volveré loca. Es tu última oportunidad —afirma mientras se pone el

abrigo.

—No puedo.

Me sonríe con los ojos brillantes por las lágrimas y asiente despacio. No me abraza; tampoco lo espero. Abre la puerta, agarra sus maletas y se va. Sin despedirse, sin decir adiós.

En el rellano veo a Roy, quien me saluda con un leve gesto de cabeza.

Cuando miro hacia las escaleras, Bria ya no está.

CAPÍTULO 21

ENZO

El vestido de color marfil *—el que ella insiste en llamar «El color de la luna llena»—* se le pega al cuerpo como una segunda piel, resaltando cada curva, cada línea que me vuelve loco solo de mirarla. Ya hablamos de él la otra noche, cuando lo eligió. «*Es perfecto»,* me dijo con esa sonrisa suya que lo convierte todo en un desafío. Y joder, tenía razón. Porque ahora mismo, y por un instante —solo un maldito instante— pienso en arrancárselo, llevármela en volandas de aquí y olvidarme del resto del mundo.

Aunque su cuerpo es una tentación, sus ojos no brillan.

Están apagados, como si alguien hubiera soplado la luz que siempre los ilumina. Es la tristeza. La rabia. La ausencia de Bria está siendo más dura de lo que imaginaba.

Y, joder, cómo duele verla así.

Mi padre me dejó claro que debía hacer acto de presencia.

«Es una orden, Enzo».

Y nadie contradice a un DeLuca. Lo sé por experiencia. Pero ahora, viéndola ahí, con esa sonrisa forzada y los ojos apagados, me pregunto si esta vez no debería haber roto las reglas.

Porque Marena no es un peón.

Y yo, maldita sea, no soy mi padre.

Pero ya es tarde para tomar decisiones, demasiado diría yo.

El salón que mi abuelo tantas veces presidió huele a *whisky* caro y a tensión contenida. Dante está a mi derecha, impecable como siempre, con ese traje azul marino que parece cortado a la medida de su frialdad. Los hombres se mueven en silencio, como sombras obedientes, porque él no necesita alzar la voz para que se cumplan sus órdenes. Basta un gesto, una mirada y todo el mundo sabe lo que tiene que hacer. Yo, en cambio, llevo este maldito traje

negro de Armani como si fuera una coraza. Demasiado ajustado, demasiado formal para lo que realmente quiero hacer: romper algo.

Fabio está al fondo, con los hombros tensos y la mirada perdida. No hace falta preguntar. Sé muy bien cómo actúa el desamor. Lo he visto antes. Lo he sentido antes.

—Enzo. —Dante se acerca, ajustándose el reloj—. Todo está listo.

Asiento.

—¿Cómo está Fabio? —pregunto, aunque ya sé la respuesta.

—Se le pasará —dice Dante con esa voz que nunca deja traslucir nada—. El tiempo lo cura todo.

—¿Era serio?

Me clava esos ojos oscuros, como si supiera más de lo que dice.

—Creo que eso es algo que deberías preguntarle tú mismo.

Tiene razón. Y lo haré.

—¿Sabes dónde está Bria?

—No. Y nadie lo sabe —responde Dante mientras da las últimas órdenes a los hombres con un gesto—. Y, si quieres mi opinión, es lo mejor para todos.

Nuestras miradas se cruzan, pero Dante no dice nada. Lo conozco. Sé que tiene su opinión sobre Marena, sobre cómo estoy llevando todo esto. Esta vez se la guarda. Porque, al fin y al cabo, sabe quién da las órdenes. Y aunque no le guste, no es su lugar cuestionarlas. No ahora. No cuando los hombres ya están en movimiento y no hay margen para la duda.

Miro a Marena, que se ha acercado a hablar con Fabio. Pero no es solo el deseo. Es algo más. Al verla reír con esa naturalidad recuerdo lo que me hace sentir. Cómo se muerde el labio cuando está nerviosa. Cómo sus ojos se oscurecen cuando se enfada.

Y luego está el miedo.

El miedo a perderla.

—Está preciosa, ¿no crees? —pregunto, más para mí que para él.

Dante ni siquiera se gira para mirarla.

—Sí. Y eso es un problema más que añadir a una lista interminable.

Sonrío, pero no comento nada. Dante es así: sincero. Y reconozco que esa faceta suya me encanta.

—¿Estás seguro de esto, Enzo?

—¿Tengo otra opción?

—Siempre la hay —responde Dante con esa calma que a veces me saca de quicio—. Pero, si las cosas se ponen feas, esto va a convertirse en una puta ratonera.

No le falta razón.

—¿Tienes lo que te pedí?

—Sí.

Saca un cheque y un móvil desechable del bolsillo interior de la chaqueta. Antes de entregármelos, se detiene.

—Piénsalo bien, joder.

—No hay vuelta atrás. ¿Qué sabes de los Lombardi?

—A pesar de nuestras advertencias, siguen limpiando el dinero en el casino.

—Bien.

Dante me observa en silencio. Sabe perfectamente lo que significa esa información: echar más gasolina al fuego.

Mis ojos recorren la sala con calma aparente, memorizando rostros, gestos, alianzas disfrazadas de sonrisas.

—Han venido los Puccini.

Dante esboza una media sonrisa.

—Ya sabes lo que significa.

Claro que lo sé.

—Sed de sangre.

—Siempre hacen acto de presencia cuando huelen a debilidad.

—¿Y los Girardello?

—Como cabría esperar —contesta Dante.

Guardo el cheque y el móvil en el bolsillo de mi chaqueta.

—No bajes la guardia.

—Nunca lo hago —afirma mientras observa el salón a mi lado.

Busco a Marena entre la gente. Necesito hablar con ella cuanto antes. Pero cuando voy a su encuentro, Riccardo Lombardi se cruza en mi camino.

Se planta delante de mí con una sonrisa lasciva, incluso cruel. Lleva el traje impecable, pero la arrogancia mal abrochada.

—Enzo DeLuca —saluda tendiéndome la mano—. No esperaba verte tan sociable esta noche.

Se la estrecho y la suelto enseguida.

—Es mi casa. Me gusta saber quién entra en ella.

Riccardo ladea la cabeza, divertido.

—¿Y quién merece quedarse?

Me acerco un poco más, lo suficiente para que solo él pueda oírme:

—Depende de lo bien que sepa jugar.

Sus labios se tensan.

—Siempre he sido bueno en eso.

—No últimamente —replico—. Sigues moviendo dinero sucio a través de mi casino. Y cada ficha que pasa por mis mesas deja un rastro.

Riccardo mantiene la sonrisa, pero sus ojos se endurecen.

—Es un negocio, Enzo. Nada personal.

—Cuando lo haces en mi territorio, se vuelve personal.

Se inclina hacia mí.

—¿Me estás dando un consejo o es una amenaza?

Aprieto los dientes y tenso la mandíbula.

—Digamos que es una advertencia. Las advertencias son gratis —añado—. Los errores se pagan.

Un segundo de silencio. El ruido de la música, las copas, las risas, todo queda en un segundo plano.

—Siempre tan diplomático —murmura irónico.

—Y tú, tan imprudente —comento—. Si sigues blanqueando en mi casino no solo llamarás la atención de los federales. Incitarás a todas las Familias a hacer lo mismo.

Riccardo me observa con detenimiento, como si midiera cada palabra.

—¿Y tú qué harías si la cosa se pone fea?

—Lo que hago siempre: cerrar filas y elegir a quién proteger.

Entrecierra los ojos.

—Tú no proteges, Enzo. Eres igual que tu abuelo, un puto arrogante. Pero, en el fondo, me gusta saber con quién me estoy jugando los cuartos.

—Exacto. Y por eso te aviso antes de que tengamos un problema mayor entre las manos —le recuerdo.

Riccardo da un paso atrás, recuperando la compostura.

—Lo pensaré.

—No hay nada que pensar.

—Los Leonelli no creo que opinen lo mismo.

—No te metas, Riccardo.

—Se dice que tu hermano está marcado por ellos como un puñetero toro.

Debo mantener la calma si quiero proteger a Marena.

Riccardo sigue mi mirada y sonríe de forma maliciosa cuando la ve.

—¿Dónde la tenías escondida? —pregunta con un tono lascivo que da asco.

—Eso no es asunto tuyo.

—Yo no estaría tan seguro.

Se ríe de una manera que llama la atención de otros invitados.

Me acerco a él hecho una furia.

—Si te atreves a tocarle un solo pelo, te mataré.

Sabe que hablo en serio, porque su semblante cambia de repente.

—No te atreverías —dice entre dientes.

—Ponme a prueba.

Y sin más dilación lo dejo allí, solo, digiriendo su propia sentencia de muerte.

***

El salón bulle con el murmullo de las conversaciones y el tintineo de las copas de cristal. Las lámparas de araña proyectan

destellos dorados sobre los vestidos de seda y los trajes negros e impecables. Alguien ríe cerca del piano, donde un músico toca una melodía con una elegancia que parece fuera de lugar en este mundo de venganza y sonrisas falsas.

Cuando Marena me ve, me sonríe. El sencillo y sincero gesto me vuelve loco.

—Estás preciosa —le digo sin poder evitarlo.

—Podría decir lo mismo de ti.

Le devuelvo la sonrisa.

—¿Con quién hablabas? —pregunta mientras un camarero pasa a nuestro lado con una bandeja de champán.

—Con un gilipollas que tiene el ego más grande que el presidente de este país.

Suelta una carcajada que hace girar varias cabezas hacia nosotros.

—¿Te diviertes? —me intereso bajando la voz.

Marena toma un sorbo de su copa, pensativa.

—Uhmmm, ¿quieres que sea sincera?

—Por supuesto.

—Me siento como una diana —confiesa con un murmullo. Sus ojos recorren el salón, deteniéndose en algunos rostros—. Tengo la sensación de que todos quieren lanzar sus dardos contra mí.

Sus ojos me analizan al instante.

—Se están preguntando quién eres —admito sin rodeos—. Nada más.

—¿Solo eso?

—Ajá.

Ella arquea una ceja, incrédula.

—¿Crees que alguien me ha reconocido? —pregunta, y noto cómo se tensa ligeramente.

—No lo creo —respondo con sinceridad—. No creo que nadie recuerde a Fasoli.

Nada más pronunciar esas palabras, me arrepiento. Marena parpadea sorprendida. Sacudo la cabeza.

—Disculpa.

—No, tienes razón. Ha pasado mucho tiempo.

Me mira, buscando mi reacción.

—Marena…

—No, es mejor así —me interrumpe con una determinación que me deja sin palabras.

No sé si habla en serio o si, en el fondo, se está burlando de mí.

Miro a los hombres que la protegen, estratégicamente colocados alrededor del salón. No le pasará nada. No mientras yo respire.

De repente, sonríe. Se acerca y me abraza. Es un gesto espontáneo, casi ingenuo, como si en este instante olvidara que estamos rodeados de gente que no dudaría en matar. Cierra los ojos y respira hondo cerca de mi cuello. Su olor —jazmín— me envuelve, y joder, cómo me excita solo tenerla así, tan cerca. Tan mía y, al mismo tiempo, tan lejos.

Pero sé que esto va a cambiar. Pronto.

Abre los ojos y me sonríe de una manera que casi me para el corazón.

—¿Cuándo voy a conocer a tu padre? —pregunta.

—Pronto —respondo—. Supongo. No le gusta dejar su trono vacío demasiado tiempo.

Su rostro está tan cerca que siento el calor de su aliento. Sus labios, pintados de un rojo suave, parecen hechos para ser besados. Y, por un segundo, casi lo hago. Casi me olvido de todo —de los hombres que nos observan, de las reglas, de mi propio nombre—. Pero me contengo.

Es entonces cuando recuerdo lo que llevo en el bolsillo de la chaqueta. Lo saco con lentitud y se lo tiendo.

—¿Qué es? —pregunta con los ojos fijos en mi mano, como si temiera tocarlo.

—Es para ti.

Deja la copa en una mesa cercana y lo coge. Sus dedos tiemblan ligeramente.

—¡¿Un móvil y un cheque por valor de ciento cincuenta mil dólares?! —exclama escandalizada. Alza la vista hacia mí, con una

mezcla de incredulidad y algo más: miedo—. Enzo, ¿de qué va todo esto?

No respondo. En su lugar, meto la mano de nuevo en el bolsillo y saco la llave del Maserati. Se la pongo en la palma con un gesto decidido.

Ella retrocede un paso, como si la hubiera quemado.

—¿Enzo? —Su voz suena rota.

—Si las cosas se ponen feas —digo, bajando la voz, pero con una intensidad que no admite réplica—, quiero que cojas el coche y te vayas. Que conduzcas lo más lejos que puedas. Sin mirar atrás. Sin decirle a nadie adónde vas. ¿Me has entendido?

Me mira, estupefacta, sin comprender.

—Me estás asustando —confiesa con un hilo de voz.

—Quiero que hagas lo que te pido —le ordeno.

—No sé si te comprendo…

—¡Marena! —elevo la voz más de lo debido, porque necesito que lo entienda—. No hay tiempo para explicaciones. Si pasa algo, no mirarás atrás y saldrás de aquí como alma que lleva el diablo.

Se queda muy quieta, como si el mundo entero se hubiera detenido. Apoyo la mano en su antebrazo y siento cómo tiembla bajo mis dedos.

—Me estás asustando de verdad —repite con los ojos brillantes.

Respiro hondo.

—Es una orden sencilla, Marena. —Suavizo el tono, pero sin ceder ni un ápice—. Confía en mí. Solo haz lo que te pido.

Ella abre la boca para replicar, pero entonces mi padre aparece en lo alto de la escalera, imponente, como un rey que comparece ante su corte. El silencio se extiende a su alrededor, como si hasta el aire contuviera la respiración.

Cuando lo ve, Marena se queda sin aliento.

—¿Ese… es tu padre? —Su voz es apenas un susurro, un sollozo que no llega a romperse.

Asiento.

No hay forma de negar lo evidente. Dejo caer la mano que aún la sujeta y la observo sabiendo que estoy a punto de perderla.

Lo veo en su rostro.

Está regresando al pasado. A lugares que creyó dejar atrás.

Y, si lo nuestro es real, no quiero mentiras entre nosotros. Tiene que saber la verdad, enfrentarse al mundo despiadado en el que vivimos. Observo a mis hombres: no le quitan los ojos de encima. Nadie va a hacerle daño. Y, si alguien lo intenta, lo pagará con su vida.

Los ojos de Marena saltan de mi padre a Bruno y… después a mí. Un triángulo perfecto de poder, traición y ambición. De pronto se lleva una mano a la boca, como si necesitara contener un grito que amenaza con desgarrarla por dentro.

Lo sé.

Ha vuelto a aquella tarde.

A su cumpleaños.

Al día en que su vida cambió para siempre.

Se lleva la otra mano al cuello, donde cuelga la medalla que yo le di cuando ella se desmayó en mis brazos. La aprieta con fuerza. Sus dedos tiemblan. Todo su cuerpo tiembla. Me mira, y los sentimientos encontrados que la invaden se reflejan en su cara.

—Fuiste tú —susurra, como si las palabras le quemaran la garganta.

Lo veo en su rostro: el horror, la rabia, el dolor. Todo se mezcla en una expresión que me parte el alma. Porque sé que, en este instante, he perdido algo que nunca podré recuperar.

—Te juré que te protegería, no que mereciera tu perdón —le digo con rabia contenida—. Y eso es lo que he hecho.

Desvío la mirada hacia mi padre.

Desde lo alto de la escalera nos observa con una calma casi insultante. No intenta disimular su sonrisa. Es provocadora, peligrosa, la de un hombre que acaba de mover la pieza correcta en el tablero.

Quería esto.

Quería que Marena me viera así.

Expuesto.

Vulnerable.

A la vista de todas las Familias.

A nuestro alrededor las conversaciones se apagan poco a poco. Las afiladas miradas se clavan en nosotros. Por orden de mi padre, la música se ha detenido. Solo reina un silencio que se propaga a una velocidad vertiginosa.

Mi padre no es un salvador.

Nunca lo fue.

Es el monstruo que intentó enseñarme a sobrevivir en su propio infierno, y que ahora me arrastra con él.

Nuestros ojos se cruzan.

Y entonces habla, sin levantar la voz, pero haciendo que toda la sala esté pendiente de él:

—Marena Fasoli, es un placer tenerte entre nosotros de nuevo.

Todas las miradas se vuelven hacia ella.

—Joder —mascullo con un impulso de sacarla de allí. Pero hacerlo sería firmar nuestra sentencia.

Marena no se mueve.

La siento respirar a mi lado demasiado deprisa.

—Es él —susurra—. Es el hombre que asesinó a aquel pobre hombre en el muelle.

Me dispongo a asentir, pero ella me detiene cuando sus ojos se clavan en los míos.

—Él mató a mi padre, ¿verdad?

Un murmullo recorre la sala. El nombre de mi familia empieza a correr de boca en boca.

—No supe cómo decírtelo.

Se queda lívida. Da un paso atrás.

—¡Dios mío!

—Marena, yo…

—¿Sigue en pie tu oferta? —me interrumpe.

Cuando mira mi mano, entiendo a qué se refiere.

Ha elegido.

Y no la culpo.

Coge la llave del coche sin mirarme.

Se me cae el alma a los pies cuando veo cómo cierra los dedos alrededor de la llave del Maserati.

—Lo siento —añado con ojos suplicantes y pocas esperanzas de que ella cambie de opinión.

La estoy perdiendo.

Y su silencio me está matando.

—Si te pasara algo, no podría perdonármelo. Ese pecado sería mío, no de mi padre.

Ella alza la vista y me observa con los ojos anegados en lágrimas. No dice nada.

Me mira por última vez. Y entonces se arranca la medalla de un tirón y la deja caer entre ambos. Solo nosotros escuchamos el suave *clin* cuando el metal golpea el suelo.

Un sonido que jamás podré olvidar.

—¿Qué cojones hace la hija de un traidor aquí? —grita alguien desde el fondo del salón.

Los murmullos se convierten en una vocinglería peligrosa. Un mar de voces furiosas y sedientas de sangre.

Sé lo que va a pasar.

—Fue Fasoli quien nos vendió a la policía —escupe alguien desde la multitud.

Siento cómo Marena se queda rígida a mi lado. Sus ojos suplicantes me buscan, como si todavía esperara que pueda salvarla de todo esto.

La agarro de la nuca con fuerza, acercándola a mí.

—¡Corre! —le ordeno.

Ella no se mueve. Sus dedos se clavan en mi brazo.

—¡Enzo…!

No le doy opción. La empujo hacia la salida lateral, justo cuando uno de los Leonelli derriba una mesa. Las copas estallan contra el suelo como si fueran granadas de cristal. El feroz sonido es el detonante.

Y entonces ocurre.

Un destello.

Un estampido seco.

El primer disparo.

La gente grita, se agacha, corre en todas direcciones. Pero yo solo veo una cosa: a Marena, a medio camino de la puerta, con los ojos llenos de terror.

—¡Marena! —El nombre sale de mi garganta como un rugido, gutural, desgarrador. Me lanzo hacia ella, ignorando el caos, ignorando todo menos el instinto de protegerla.

Pero es demasiado tarde.

Otro disparo.

Un grito ensordecedor.

Fabio se desploma a mi izquierda, con la mano en el hombro, la sangre brota entre sus dedos.

—¡Joder! —grita Dante, arrojándose hacia él mientras levanta su arma, listo para matar a cualquiera que se acerque a nosotros.

Una bala silba junto a mi oído.

Otra, que no veo venir, impacta en mi abdomen.

El dolor es instantáneo, como un hierro al rojo vivo atravesándome el vientre. Un dolor cegador me quema las entrañas y me roba el aliento. Es como si alguien me hubiera abierto en canal con un cuchillo al rojo vivo y luego lo hubiera retorcido. El sudor frío me inunda la frente. La respiración se me corta, como si el aire se hubiera vuelto irrespirable.

Pero no me detengo.

No puedo.

Porque Marena sigue ahí, con los ojos clavados en mí y las lágrimas resbalándole por las mejillas. Se lleva la mano a la boca para ahogar un grito y da un paso hacia mí. Sé que, si no la saco de aquí ahora mismo, si no la obligo a irse, la perderé para siempre.

—¡Vete, maldita sea! —le grito con la voz desgarrada.

Siento el calor de la sangre empapándome la camisa, espesa y pegajosa. Pero ya no importa. Nada importa.

Marena me mira una última vez.

Y en sus ojos veo todo lo que nunca nos atrevimos a decir.

Entonces, por fin, corre.

Dante y los nuestros responden al fuego. El salón se convierte en un infierno de balas, humo, insultos y bramidos. El olor a pólvora quema mis fosas nasales. El dolor me taladra, pero me obligo a

permanecer en pie, apoyado en la pared, con los dientes apretados hasta casi partirlos.

Pero solo hay una cosa que veo con claridad: la puerta por la que Marena acaba de desaparecer.

Rezo, como nunca lo he hecho en mi vida, para que no mire atrás.

CAPÍTULO 22

MARENA

El vestido se me enreda en las piernas mientras retrocedo, tropezando con la tela viscosa. Lo recojo con manos temblorosas, pero no puedo apartar la mirada del infierno que se ha desatado en el salón.

Los disparos retumban por todas partes. Cada estampido hace que mi corazón golpee las costillas y contenga el aliento. Los gritos se mezclan con el olor a pólvora y el crujido de los cristales al romperse las copas y las botellas.

Un hombre —con el rostro desfigurado por la rabia— sube las escaleras a zancadas, empuñando un cuchillo que brilla bajo las luces del techo. Su objetivo es claro: Leonardo DeLuca, que intenta incorporarse, tambaleante, con la sangre manando de su cuello como un torrente viscoso y oscuro.

Enzo.

Un grito se me escapa de la garganta cuando su cuerpo se desploma contra el suelo. El mundo se detiene. El estruendo de los disparos, los gritos… todo se desvanece, reemplazado por un silencio ensordecedor. Está herido. Se lleva la mano al vientre, y entonces lo veo: la sangre, oscura y brillante, filtrándose entre sus dedos. Niego con la cabeza, sintiendo cómo el miedo me recorre la espalda.

Quiero correr hacia él. Mis piernas ya están en movimiento, impulsadas por algo más fuerte que el pánico. Pero entonces Enzo alza la cabeza. Sus ojos —oscuros, intensos— me encuentran entre el caos. Y con un gesto brusco, casi imperceptible, mueve la mano.

«Vete».

Y, aunque cada fibra de mi ser se rebela, aunque sienta que lo estoy dejando atrás, me doy la vuelta y salgo despavorida de la casa con el corazón desgarrado y las lágrimas quemándome los ojos.

Corro, horrorizada, hacia el Maserati. El aire frío me golpea el rostro, pero no siento nada. Solo el peso de la llave en mi mano, que aprieto con tanta fuerza que los nudillos me duelen. Un clic. Las luces del coche parpadean, como un faro en medio de la oscuridad. Me lanzo al asiento del conductor, cierro la puerta de un portazo y agarro el volante con las manos temblorosas. Mis dedos se clavan en el cuero, como si eso pudiera evitar que todo se desmorone.

Dejo caer la cabeza sobre el volante y lloro como si no hubiera un mañana.

Enzo podría estar muerto.

No puedo respirar. Me ahogo en un mar de lágrimas. Y entonces oigo un estruendo. El cristal de una ventana estalla en mil pedazos. El sonido me devuelve a la realidad.

Giro la llave con manos temblorosas. El motor ruge. Aprieto el acelerador hasta el fondo. Y salgo de la propiedad como si el infierno mismo me persiguiera. Las ruedas chirrían contra el asfalto, el viento me azota el rostro, pero no miro atrás. No puedo. Porque si lo hago, sé que nunca tendré el valor de seguir adelante.

***

Un mes más tarde
Rangeley, Maine

Escribo todos los días, quizá para no olvidarme de quién soy.

En la cabaña encontré una vieja libreta y un bolígrafo y, antes siquiera de pensarlo, estaba llenando sus páginas:

No sé si está vivo.

No sé si está muerto.

Las palabras me salen a borbotones, como si hubieran estado aguardando este momento dentro de mí. No escribo para recordar, sino para no volverme loca. Para darle voz a este silencio que me persigue desde que salí huyendo de Nueva York.

Llevo treinta días revisando noticias en páginas web hasta que la pantalla me quema los ojos. Busco un nombre, una pista, cualquier cosa que me diga que Enzo sigue vivo. Pero no encuentro

nada. Es como si aquella noche en el salón hubiera sido un sueño, o una pesadilla de la que todavía no consigo despertar.

Conduje con el corazón en la garganta y las manos agarrotadas al volante durante horas, sin rumbo fijo. Las lágrimas me nublaban la vista, y cada curva del camino me alejaba un poco más de todo lo que conocía. Cuando el amanecer teñía el cielo de un rosa pálido, me encontré en Rangeley.

Un pueblo diminuto, escondido entre montañas y lagos, donde el aire huele a pino y el agua refleja un cielo que nunca parece decidirse entre el azul y el gris. Aquí, el mundo se mueve más despacio. Aquí, la gente no pregunta.

El Maserati lo vendí en un aparcamiento de Portland, a un tipo con pinta de pocos amigos y dueño de un taller de desguace.

—No te preocupes, cariño, nadie lo reconocerá —me dijo mientras contaba los billetes con los dedos manchados de aceite.

No pregunté qué haría con él. No quería saberlo. Solo necesitaba que desapareciera, como yo.

Con el dinero, alquilé una cabaña de troncos junto al lago Rangeley. Las mañanas son frías, el viento silba entre los árboles mientras el agua golpea la orilla con una paciencia infinita. A veces, me siento en el muelle y miro el horizonte, preguntándome si Enzo estará haciendo lo mismo en algún lugar o si ya no está en este mundo de los vivos.

Apagué el teléfono y lo olvidé en un cajón. Me compré uno, desechable. Un número que solo tiene una persona: Rick, mi jefe.

Nadie más.

Encontré trabajo en The Red Onion, un bar de paredes forradas de trofeos de caza y fotografías amarillentas de pescadores sonrientes. Sirvo hamburguesas y cervezas, escucho las historias de la gente de aquí y, cuando me preguntan por mí, finjo que no tengo pasado.

Entonces dejan de insistir.

A veces, cuando el lago se queda inmóvil al atardecer, juro que oigo disparos. Pero solo es el hielo rompiéndose en la orilla, y por las noches, cuando cierro los ojos, llegan las pesadillas y el insomnio.

Una no se imagina cómo la rutina puede instalarse en tan poco tiempo.

Desde la ventana de la cabaña puedo ver el lago, casi congelado, cubierto por una fina capa de escarcha que brilla bajo la luz gris del amanecer. Los árboles rodean la orilla, con las ramas cubiertas de hielo, resistiendo como centinelas cada ráfaga de viento gélido.

Huele a tierra húmeda. No hay tráfico, no hay sirenas ni conocidos que me recuerden todo lo que dejé atrás. Solo el silencio interrumpido por el crujir de la grava bajo mis botas o el aleteo de algún pájaro que se atreve a romper la serenidad de este bonito paisaje.

Al día siguiente de llegar a Rangeley, quemé el vestido en la chimenea de la cabaña. Lo vi consumirse despacio. Me quedé observando cómo la tela iba encogiéndose entre las llamas y cómo, con ella, también desaparecía una parte de mí.

Después fui a la tienda más cercana. Compré vaqueros gruesos, camisetas térmicas, un par de jerséis de lana y botas con suela dura, de esas que crujen sobre la grava y no resbalan en el hielo. También un anorak azul oscuro, algo pesado para mi gusto, pero que cumple su función.

Cuando me lo puse, sentí algo parecido a una armadura.

No es bonito.

Es práctico.

Y, ahora mismo, es todo lo que necesito.

El tercer día bajé andando hasta el centro del pueblo. Rangeley cabe en un par de calles mal contadas, con escaparates antiguos, farolas bajas y el olor constante a madera húmeda y café recién hecho.

Caminaba sin un destino claro cuando lo vi: un cartel torcido, pegado con cinta en la puerta de un local de ladrillo oscuro:

SE BUSCA CAMARERA

Las letras estaban escritas a rotulador negro, grueso, sin florituras. Nada de promesas. Solo necesitaban a alguien para

trabajar.

Me quedé mirándolo unos segundos, como si el papel pudiera decidir por mí. Detrás del cristal se veía un bar antiguo, con mesas de madera, una barra larga y luces cálidas que contrastaban con el gris de la calle. Dentro, había un par de hombres con gorros de lana y una mujer mayor removía un café.

Empujé la puerta.

Una campanilla sonó sobre mi cabeza y el olor a grasa, cerveza y sopa caliente me envolvió de golpe.

Me quité los guantes despacio. El corazón me latía demasiado rápido para algo tan sencillo como buscar trabajo.

—Hola… —saludé acercándome a la barra—. He visto el cartel de la puerta.

Un hombre grande, con barba canosa y camisa de cuadros, levantó la vista de una caja de botellines.

—¿Sabes llevar una bandeja?

Asentí. No era del todo verdad, pero necesitaba el trabajo.

—¿Aguantas de pie ocho horas?

Volví a asentir.

Me observó un segundo más, como si intentara averiguar de dónde venía realmente.

—¿Nombre?

—Marena.

—Rick —gruñó—. Si no te importan el frío y los clientes pesados, puedes empezar mañana.

Se escucharon los murmullos de algunos clientes habituales, pero poco más.

Y así, sin preguntas incómodas, sin pasado, sin explicaciones, Rangeley me dio otra oportunidad.

***

—Marena, ¿cómo van esas hamburguesas?

—Casi están —respondo—. Ya voy.

Es la hora punta, ese momento en el que la gente sale de trabajar y busca un sitio cálido donde llenar el estómago, charlar un

poco y ver un partido. No los juzgo. Con el frío que hace, el tiempo así se pasa más deprisa.

—¡Más patatas! —grita Rick desde la barra.

—¿Cómo dices? —pregunto desde la cocina.

—Que necesito más patatas —responde Rick con ese tono autoritario que deja de imponer al tercer día, cuando empiezas a conocerlo de verdad.

Añado más aceite a la freidora, saco la cesta y echo otra tanda. Mientras lo hago, no puedo evitar pensar en Bria: *¿Qué estará haciendo ahora?*

—¡Marena! —apremia Rick desde la barra y resoplo.

—¡Ya van!

Se asoma a la cocina y me mira con urgencia.

—¡Ya voy, Rick! Solo tengo dos manos.

—¿Dónde está Nancy?

Nancy es la camarera. Una joven estudiante de duodécimo grado que se pasa la vida en el lavabo.

—En el baño —indico encogiéndome de hombros.

—¿Otra vez? —gruñe Rick—. ¡Nancy, mueve tu bonito trasero de donde quiera que estés!

La muchacha sale lívida del aseo, con los ojos brillantes y el pelo revuelto. Me mira y me brinda una media sonrisa, agotada.

—¡Sí, jefe…, ya voy! —responde con un hilo de voz mientras se apresura hacia donde yo estoy.

Me muerdo el labio para no reír. Pobre chica.

—Perdón… —susurra mientras se seca las manos con el delantal.

—Tranquila, Nancy, respira. No te preocupes. ¿Estás bien?

No responde y eso me da que pensar. No puedo evitar sentir pena por ella. Creo que está embarazada.

—Releva a Marena —ordena Rick.

Levanto la cabeza de la freidora y lo observo sorprendida.

—¿A mí? ¿Por qué?

—Alguien pregunta por ti.

Me da un vuelco el corazón y, sin pretenderlo, mis ojos buscan la puerta trasera.

Rick y Nancy me miran extrañados.

—Será mejor que salgas, no quiero problemas.

Asiento, le doy unas instrucciones rápidas a Nancy, me desato el delantal y salgo de la cocina.

Rick me señala a un hombre que no he visto en mi vida.

Rodeo la barra y me dirijo hacia él. Me espera de pie, junto a la máquina de dardos.

Es alto, demasiado para pasar desapercibido en un sitio como este. Lleva un abrigo oscuro, sencillo pero caro. Tiene el pelo entrecano, corto. La mandíbula cincelada y los labios tensos le dan un aire de alguien que no cede ante nada. No sonríe. Cada movimiento suyo transmite control.

Me detengo.

—¿Sí?

Sus ojos claros se clavan en los míos.

—¿Marena Fasoli?

Mi estómago se contrae.

—Depende de quién pregunte.

Inclina la cabeza, evaluándome, con la calma y precisión de alguien que sabe lo que hace.

—Carlson. Agente especial.

No dice de qué. Solo eso. Agente especial.

Saca una placa con un gesto rápido, lo justo para que la vea antes de guardarla otra vez.

El ruido del bar se mezcla con un triple que hace estallar a algunos hombres que están viendo el partido de baloncesto.

—No he hecho nada —respondo bajando la voz.

—No estoy aquí por usted.

Eso me tranquiliza.

Carlson señala una mesa libre junto a la pared.

—¿Podemos hablar?

Miro alrededor. Rick me observa desde la barra. Nancy finge secar vasos mientras no pierde detalle.

Asiento.

Nos sentamos.

Los hombres, que están viendo el partido, rugen otra vez. Supongo que su equipo favorito ha encestado de nuevo.

Carlson apoya los antebrazos sobre la mesa.

—Busco a Enzo DeLuca.

Me quedo paralizada, echo un vistazo a mi alrededor. Habría sido difícil saber quién estaba más sorprendido, si los clientes por el triple de su jugador favorito o yo al escuchar el nombre de Enzo. Humedezco los labios e intento no delatarme con ningún gesto. Mentir no entra dentro de mis planes.

Respiro algo más tranquila. Si lo buscan, es porque sigue vivo.

—¿Por qué lo busca?

—Eso es confidencial.

Asiento despacio.

—Lo siento. No sé dónde está.

Carlson se esfuerza al máximo en no arrugar su entrecejo, pero sé que está decepcionado por mi respuesta.

—¿Sabe que las Familias están en pie de guerra?

—No sé nada de eso.

Carlson frunce los labios y desvía la mirada hacia la televisión, donde el partido continúa ajeno a nosotros.

—He hecho el viaje en balde, ¿verdad? —murmura—. No me va a decir nada.

—No puedo decirle lo que no sé.

Desde la barra, Rick me observa. Levanta la mano con impaciencia: quiere que vuelva a la cocina.

—Lo siento, mi jefe me reclama. Debo volver al trabajo.

—Marena…

Carlson eleva la vista justo cuando me dispongo a levantarme.

—¿Por qué se fue de Nueva York?

—Quería cambiar de aires.

Entrecierra los ojos, como si la respuesta no le satisficiera. Mira a su alrededor y esboza una sonrisa falsa.

—¿Aquí? ¿En medio de la nada?

—Usted me ha encontrado, ¿no?

—Al FBI no se le escapa nada.

—Al parecer, sí —replico con calma—. Siguen buscando a Enzo.

Intento que no se note el pequeño triunfo que me recorre por dentro.

—Está en el bando equivocado, Marena.

—No estoy en ningún bando, Carlson.

Se recuesta en la silla despacio, sin apartar los ojos de mí, como un depredador que calcula la distancia antes de atacar.

—¿Sabe qué? Fui al cementerio. A veces, voy a pensar… —Levanta la mano y gira el dedo junto a la sien—. La tumba de su madre tenía rosas rojas.

Me repongo de mi sorpresa inicial.

—A mi madre le encantaban.

—Pero usted está aquí. —Inclina la cabeza—. ¿Cómo es posible?

—Las floristerías tienen recursos maravillosos. Encargué que llevaran todas las semanas rosas a mi madre —miento.

—¿El nombre de la floristería?

Me tenso.

—No lo recuerdo ahora mismo.

Carlson suspira despacio, decepcionado. Se inclina hacia delante, hasta invadir mi espacio personal. Me revuelve el estómago.

—Protegerle no es una buena idea.

—No estoy protegiendo a nadie.

—No la creo.

—Pues peor para usted —admito sin levantar la voz, aunque el pulso me martillea las sienes.

—Sé de buena tinta que es usted su amante.

Todos mis remordimientos, los de Enzo, los errores de mi padre y su oscuro pasado me han traído hasta aquí. Y, aunque la situación me está destruyendo, también me está haciendo más fuerte y segura de mí misma.

—Se equivoca, entre Enzo DeLuca y yo no hay nada.

—Es un hombre peligroso —añade con voz tensa—. Mató a su padre.

Puedo ver cómo le tiembla el músculo de la mandíbula. Le regalo una sonrisa ladeada y me trago la bilis que me está subiendo por la garganta. Vuelo a sentarme despacio, sin apartar los ojos de él.

—¿Cómo puede estar tan seguro de eso? —pregunto. Carlson apoya los codos sobre la mesa, con esa calma calculada que me pone los nervios de punta.

—Su padre colaboró con nosotros —expone, como si eso lo explicara todo—. Nos dio nombres, fechas, lugares…

La información no me sorprende. Respiro hondo, pero el aire no llega a mis pulmones. Solo queda un sabor amargo en mi boca.

—Le dio algo más que eso, agente —le interrumpo, con una voz que no reconozco como la mía—. Les dio la vida a cambio de nada. Y ustedes… Ustedes, lo mataron. Lo obligaron a delatar a los suyos, ¿verdad? —Las palabras salen antes de que pueda detenerlas, cargadas de una rabia que me devora por dentro.

Carlson no se inmuta. Solo me observa con esos ojos fríos, como si ya hubiera visto este espectáculo demasiadas veces.

—Esa gente es peligrosa, Marena.

Pienso en Enzo. En sus manos sobre mi piel, en las noches que me susurraba que todo saldría bien, en la forma en que me miraba como si fuera lo único que importaba. Y entonces algo dentro de mí se rompe.

—Son intensos, sí —digo con una sonrisa que no llega a mis ojos—. Pero no más que los que juegan a ser dioses desde su oficina. Ustedes también tienen sangre en las manos, agente. Solo que la suyas vienen con un sello oficial.

El ruido del bar sigue a mi alrededor: risas, vasos, el narrador del partido…, pero para mí todo se apaga. Aprieto los dedos bajo la mesa hasta que las uñas me dibujan medias lunas en la palma. El dolor me mantiene anclada a este momento, porque si me dejo llevar, sé que me ahogaré en mi propio mar de lágrimas… *y, esta vez, no habrá nadie que me salve.*

Me levanto de golpe. El taburete chirría contra el suelo, rompiendo el murmullo del bar.

—Tengo que irme…

Carlson se inclina hacia delante, bajando la voz como si eso fuera a cambiar algo:

—Te estás equivocando.

Las palabras se me atragantan, porque sé lo que eso significa: elegir entre la seguridad y la verdad. Elegir entre olvidar o arriesgarlo todo.

—No sé dónde está Enzo DeLuca. Pero, de saberlo, tampoco se lo diría.

—Marena…

—El deber me llama. Buen viaje, Carlson.

Me doy la vuelta y camino hacia la barra. Cada paso es una batalla contra el instinto que me grita que corra, que busque respuestas, que no deje las cosas así. Pero sé una cosa: si vuelvo atrás, no habrá redención. Solo más sangre. Y, esta vez, no estoy segura de poder sobrevivir a ello.

***

El frío de la noche me cala hasta los huesos mientras subo el sendero de grava hacia la cabaña. Las luces del bar aún parpadean en mi retina, mezcladas con el eco de las risas, los vítores, los insultos mezclados con la cerveza agria derramada. Las botas pesan como si llevaran plomo en las suelas. Cada paso es un esfuerzo, pero no puedo relajarme. No con lo que Carlson me ha soltado esta noche.

¡Vaya hijo de puta!

Sus palabras siguen revoloteando en mi cabeza. Y las rosas rojas en la tumba de mi madre. Ahogo un sollozo y continúo caminando.

Estoy tan lejos de ella, tan lejos de todo y todos.

Antes de girar el pomo, mis dedos buscan la cinta adhesiva que dejé pegada entre el marco y la puerta. Sigue intacta. Gracias a Dios. Respiro hondo, aunque el alivio dure solo un segundo.

Abro la puerta con sigilo, como si el más mínimo ruido pudiera despertar alguno de mis fantasmas. Entro, cierro de un golpe y echo el cerrojo. El *clic* metálico resuena en el silencio de la

cabaña. Por un instante me quedo apoyada contra la madera, escuchando. Nada. Solo el viento afuera, arrastrando nieve y ramas secas contra los cristales.

El frío es tan intenso que ya no siento los pies ni las manos. Me limpio las lágrimas con los dedos y sollozo como cada noche cuando llego a la cabaña.

Me enamoré de Enzo. Es el hombre que me hace sentir mejor y más a salvo de lo que jamás me he sentido estando sola. Incluso las cosas que me irritan de él me resultan, de un modo absurdo, reconfortantes.

Me tiemblan las comisuras de los labios, pero es de los nervios, de pensar en él.

Me quito el anorak y lo dejo caer sobre la cama, pero mis músculos no se relajan.

—Enzo… —pronuncio su nombre como una plegaria y cierro los ojos un segundo.

Cuando los abro, el lago aparece tras la ventana: negro y quieto, como un espejo roto bajo la luna. Debería ser hermoso. Debería calmarme. Pero cada sombra en el agua me hace pensar en alguien agazapado entre los árboles.

Me levanto de golpe, agotada e inquieta. Vuelvo a la puerta y arrastro el viejo baúl de madera hasta colocarlo delante. Cada centímetro que lo desplazo cruje y chirría.

Una vez en su sitio, me quedo mirando el cerrojo, el baúl y la puerta.

Y sé que, aunque el mundo entero se detuviera, hay algo que nunca podré controlar: el miedo.

A la mañana siguiente, despierto con los primeros rayos del amanecer. La luz pálida se cuela entre las rendijas de la cabaña y me arranca del sueño antes de que el frío termine de hacerlo.

Me levanto despacio, todavía cansada. Apenas he dormido. Busco mi cámara de fotos, que está junto al ordenador sobre la pequeña mesa de madera. Es lo primero que acaricio cada mañana, como si así pudiera recordar quién era antes de huir.

Dos pequeños caprichos que me autorregalé con la venta del coche, con la esperanza de no perderme en este lugar… ni en mí

misma.

Pienso en Bria y respiro hondo.

Me pregunto dónde estará y qué estará haciendo en este momento. Seguro que bailando, persiguiendo su sueño ante un espejo mientras baila.

Por una milésima de segundo me asalta la tentación de abrir el cajón y encender el móvil, comprobar si hay alguna llamada perdida de ella o de Enzo.

Pero no lo hago.

Me pongo el anorak encima del pijama, me calzo las botas a toda prisa y abro la puerta.

El frío me golpea como una bofetada. El aire de Rangeley se cuela por la garganta y me quema los pulmones al respirar. La escarcha cruje bajo mis pasos mientras avanzo hacia el lago, con las manos en los bolsillos y el corazón latiéndome demasiado deprisa.

El sol intenta abrirse paso entre las nubes, pero estas lo contienen, espesas y grisáceas, como si no quisieran dejarlo salir del todo. La luz se filtra en hilos pálidos sobre el lago, dibujando reflejos temblorosos en el agua helada.

Levanto la cámara y encuadro el instante. Aprieto el disparador e inmortalizo el momento.

—Es bonito vivir aquí.

Doy un salto al escuchar la voz grave a mi espalda.

—¡Carlson! —grito, girándome de golpe—. ¿Qué hace aquí?

Me paso los dedos por el pelo, como si pudiera domar la maraña que el viento ha enredado en mi melena. Él no se inmuta. Tiene las manos en los bolsillos del abrigo y la mirada clavada en el lago.

—Antes de irme, quise venir a verla.

—¿Y cómo ha sabido dónde encontrarme?

Se encoge de hombros.

—Es un pueblo pequeño.

Me paso la lengua por los labios resecos y bajo la cámara. El frío no es lo único que me eriza la piel.

—Pierde el tiempo. Ya le dije que no sé nada.

Nuestras palabras salen envueltas en volutas de vaho. Carlson ladea la cabeza, estudiándome.

—Quizá esta noche recordó algo.

—Siento desilusionarle, pero no.

Da un paso hacia mí. Instintivamente, retrocedo.

—Cuando una persona huye tan lejos, no lo hace porque no tenga recuerdos —dice—. Lo hace porque tiene demasiados.

Aprieto la cámara contra el pecho.

—No estoy huyendo. Solo intento retomar mi vida.

Carlson arquea una ceja.

—¿Aquí?

—Este es un lugar tan bueno como cualquier otro.

Sonríe de un modo tan frío y malicioso que un escalofrío me recorre la espalda.

—Vivir no es desaparecer, Marena.

Levanto la barbilla, herida de orgullo.

—Eso es asunto mío —susurro—, no suyo.

El viento sacude las ramas de los pinos y el lago cruje a lo lejos, pero él parece no escucharlo.

—No va a venir a buscarla. ¿Lo entiende?

Antes de que pueda responder, se da la vuelta y se aleja por el sendero, con las manos hundidas en los bolsillos del abrigo.

Me quedo allí, frente al lago, temblando, con más preguntas que respuestas.

CAPÍTULO 23

MARENA

La nieve cae despacio cuando regreso del bar. No es una tormenta, solo una pequeña ventisca que cae sobre Rangeley. El frío me entumece las mejillas y aprieto el anorak contra el cuerpo, buscando calor mientras avanzo por el sendero que me lleva a la cabaña.

Esta noche, después de hacer un par de visitas al baño y regresar más lívida que nunca, le he dicho a Nancy que debería hablar con sus padres. Al instante, se ha echado a llorar y al abrazarla me ha confesado que está embarazada. Así nos ha encontrado Rick. Ha negado con la cabeza y soltado un gruñido de frustración antes de marcharse.

Enfadada, molesta y dolida miro la cabaña a lo lejos. En el fondo, no puedo evitar envidiar a Nancy: va a tener un hijo del hombre que ama.

Intento borrar esos pensamientos de un solo plumazo. El frío me atonta, envolviéndome en un abrazo helado. No debería estar pensando en ello. Miro a mi alrededor y la soledad sigue ahí, más intensa que nunca. Han pasado un par de días desde que vi a Carlson, espero que se haya ido muy lejos y no vuelva nunca.

La idea de regresar a Nueva York se aferra a mí con insistencia. Echo de menos a Bria y mi antigua vida.

Entonces me detengo en seco.

Hay huellas en la nieve.

No son mías.

El corazón se me acelera a un ritmo alarmante. Miro alrededor, expectante. Los pinos se alzan oscuros, quietos, como testigos mudos. El lago, bajo una capa de hielo, parece contener su aliento.

Con más miedo que precaución, sigo las huellas hasta el porche.

Podría huir en dirección contraria, pero no sé por qué no lo hago. La puerta está cerrada, pero no exactamente como la dejé.

Me tiemblan las manos, cada fibra de mi ser.

Trago saliva.

Empujo despacio.

La chimenea está encendida y el calor de las llamas acaricia mi rostro. Me entra el pánico y siento que el corazón se me va a salir del pecho de un momento a otro. Intento pensar, pero es inútil.

Ni siquiera tengo un arma para defenderme.

—Joder —murmuro. Intentando no entrar en pánico.

Apenas he dado dos pasos cuando freno en seco. Las botas mojadas han dejado pequeños charcos sobre la madera, pero creo que ahora ese es el menor de mis problemas. El silencio se intensifica. Huele a leña y a algo más que no logro distinguir.

—Marena.

La voz surge desde la penumbra. Es casi un susurro.

Me quedo inmóvil.

Delante de la chimenea, entre luces anaranjadas y sombras largas, alguien se incorpora despacio.

Enzo.

Tardo un segundo en reconocerlo.

Está más delgado y con barba de varios días. Lleva puesto un abrigo oscuro que, por alguna razón, no se ha quitado. Tiene la mirada cansada… pero, al verme, se enciende con una intensidad que me roba el aire.

No puedo moverme.

No respiro.

Solo lo miro, como si fuera un espejismo a punto de desvanecerse.

Él tampoco hace ningún movimiento.

Permanece allí, con las manos a los lados del cuerpo, tenso, como si temiera que yo saliera corriendo si se acerca demasiado.

—Sabía que venderías el coche —dice al fin, con una tristeza que no logra ocultar—. Eres una mujer inteligente.

La garganta se me cierra. No puedo hablar, ni siquiera respirar.

—Creí que estabas muerto —susurro.

Enzo lo niega, despacio.

—Yo también lo pensé durante algunos días.

Doy un paso. Luego otro. Mis piernas tiemblan. Todo mi ser tiembla.

—Te he buscado en internet… en mis sueños —confieso—. Cada noche.

Sus ojos se oscurecen.

—Yo también te busqué a ti.

Nos detenemos a pocos metros.

La chimenea crepita entre nosotros como el único testigo de nuestro reencuentro. Afuera, la nieve resbala con suavidad sobre el tejado, como si el mundo entero se hubiera detenido para regalarnos este instante.

Me embarga la emoción. La siento apoderarse de mi cuerpo y correr por mis venas para compensar la distancia que nos separa.

Porque, pese a todo…

Somos nosotros.

—Hola, Marena —dice al fin.

Y mi nombre en sus labios es todo lo que necesito escuchar antes de echarme a sus brazos.

CAPÍTULO 24

ENZO

Me despiertan sus dedos lentos y suaves, recorriendo la barba que me he dejado estos días. No quiero abrir los ojos. No todavía. Porque si los abro y no está… no sé si podría soportarlo.

He soñado con Marena demasiadas veces. La he perdido y recuperado en sueños tantas noches que ya no sé dónde termina la fantasía y empieza la realidad.

Pero entonces siento su aliento, cálido y lento, rozándome la piel.

Es ella.

Sus dedos descienden despacio, como si estuviera memorizando cada centímetro de mí. Llegan a mi hombro y se detienen en la cicatriz. La recorre con una ternura que me parte en dos.

Su mano continúa bajando, trazando un camino invisible sobre mi piel, hasta llegar al vientre. Allí encuentra otra cicatriz, más reciente. La roza con cuidado, como si temiera hacerme daño… como si supiera que esa herida marcó un antes y un después en nuestras vidas.

Contengo la respiración.

No me atrevo a moverme.

Abro los ojos, al fin.

Marena está inclinada sobre mí, con el pelo cayéndole por los hombros y los labios entreabiertos. La luz tenue de la chimenea le dibuja el perfil y convierte su piel en algo casi irreal. En su mirada hay miedo, alivio y una emoción más honda que no sé descifrar del todo.

—Sigues aquí —susurra.

Asiento despacio, como si un gesto brusco pudiera romper el momento.

—No me iré a ninguna parte.

Ella deja escapar el aire que llevaba reteniendo y apoya la frente contra la mía. Su respiración se mezcla con la mía, insegura al principio, hasta volverse serena.

—Pensé que volvería a despertarme sola —confiesa.

Levanto una mano y aparto un mechón de su cara.

—Estoy aquí.

—El agente especial Carlson ha estado en Rangeley —susurra.

Beso su frente.

—Lo sé.

—¿Cómo puedes saberlo?

—Así es como te he encontrado.

Eleva un poco la cabeza y frunce su precioso ceño, confundida.

—Sabía que, tarde o temprano, el FBI te relacionaría conmigo y vendría a buscarte. Le he seguido hasta aquí. Quieren respuestas.

—Bueno, al igual que yo —dice—. Así que no los voy a juzgar por eso.

Esbozo una sonrisa.

—No, supongo que no.

—No me has preguntado qué quería.

—Sé de sobra lo que quería Carlson: mi cabeza en una bandeja de plata —hablo sin mirarla, como si evitar sus ojos me facilitara contarle la verdad—. La tarde en la que murió tu padre estuve allí.

Permanece en silencio.

—Lo sé. Lo he recordado todo. Estas últimas semanas, he podido pensar en ello. Incluso he empezado a escribir un diario.

—Un diario, ¿eh?

—Sí. Es más fácil recordar cuando escribes.

—Me parece bien. —Me sorprendo a mí mismo rozándole la frente con los labios. Pero ya es demasiado tarde para detener ese gesto—. Yo no lo maté, Marena.

Ella no se inmuta.

—Eso ya lo sé. Fue tu padre.

Frunzo el ceño, sorprendido.

—Carlson es más hablador que oyente —dice al fin.

No puedo estar más de acuerdo.

—¿Lo conoces?

—Por desgracia, sí. Tiene problemas para controlar su carácter.

Echo la cabeza atrás e inhalo despacio.

—Te quiere vivo o muerto.

—No conseguirá ninguna de las dos cosas.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Porque lo ha intentado más veces de las que recuerdo y nunca lo ha conseguido —explico mirando al techo—. Él me odia y yo a él. Hasta ahí llega nuestra relación. El hombre que traiciona a los suyos no vive para contarlo.

—¿Eso ocurrió con mi padre?

—Sí. No le juzgo, Marena. De verdad que no. Se vio entre la espada y la pared, y tuvo que elegir.

—¿A quién eligió?

—A su hija. A ti.

La miro y me encuentro con la expresión que estaba temiendo: los ojos brillantes y sus labios fruncidos.

—De haber estado en su lugar, yo habría hecho lo mismo.

—¿En serio?

—Sí —afirmo sin vacilar.

—Gracias.

Aspira con suavidad.

—¿Por qué? —pregunto.

—Por cuidar de mí.

—Solo hice lo que debía.

—Hiciste más que eso, Enzo. Me has salvado la vida dos veces.

Me sostiene la mirada, tan llena de esperanza que me deja sin palabras.

—¿Has sido tú quien ha llevado rosas a la tumba de mi madre?

—Es lo mínimo que podía hacer por ti y por ella.

—Es un detalle muy bonito.

—Es un detalle, sin más —digo—. Si es importante para ti, para mí también lo es.

Entierra el rostro en mi hombro y lo besa.

—Gracias.

Le aparto el pelo enmarañado de la cara y la beso en la frente.

—No hay nada que agradecer.

—Cuéntame qué pasó después de irme de la fiesta —murmura en mi boca.

Me paso la mano por el pelo, con una aflicción que no logro contener.

—Fue una carnicería, Marena.

La siento tensarse a mi lado. Me mira confundida. En sus ojos se mezcla la angustia, la tristeza y algo más que no logro descifrar.

Me reprocho haberlo dicho. Sé que está reviviendo lo ocurrido aquella noche y me odio por haberla arrastrado de nuevo hasta allí.

—¿Fabio está bien?

—Físicamente, sí. Es un hombre duro.

—¿Qué quieres decir?

—Creo que echa de menos a Bria, pero no lo confesará nunca.

La oigo suspirar.

—Yo también la echo de menos.

Acaricio su melena y dejo que mis dedos la peinen despacio.

—Lo sé.

—¿Sabes dónde está?

Niego con la cabeza.

—No.

Compartimos un rato en silencio. Un momento en el que me podría quedar una eternidad, sin moverme, escuchándola respirar. Me gustaría volver a hacerle el amor.

—¿Y Dante? —pregunta de repente, dejando a un lado mis elucubraciones.

—Él está bien. Nos salvó la vida, Marena. Ese cabrón… nos salvó.

La estrecho contra mi torso con una desesperación que no intento ocultar, y beso su pelo. Está aturdida y la entiendo. Yo también lo estuve mucho tiempo. Convaleciente y convencido de que la había perdido.

—Es un buen hombre.

—Uno de los mejores que conozco.

—¿Tu padre?

Tardo unos segundos en responder:

—Murió.

—No voy a mentirte diciendo que lo siento.

Cierro los ojos un instante, buscando una paz que llevo años persiguiendo sin encontrar. Siento su cálida mano sobre mi pecho y la sujeto con suavidad.

—Estoy seguro de que Lucifer está hasta los mismísimos cojones de tenerlo en el infierno.

No tengo derecho a pedirle nada, y eso me cabrea. He torturado, he matado, he llorado y he suplicado. Pero nada es comparable a lo que siento por Marena.

—¿Tu hermano?

Me tomo mi tiempo para responder:

—Sigue en el hospital.

Suelta mi mano y me acaricia los dedos.

—Entiendo que es grave.

—Sí.

—Entonces…, ¿quién es el nuevo Don?

No contesto de inmediato.

—Yo.

Me aparto un poco y examino su expresión de desconcierto.

—¿En serio? ¿Y Bruno?

—Ha salido de un coma, pero necesita tiempo para recuperarse.

Se tensa entre mis brazos y no me gusta esa sensación.

—Sé que no es lo que esperabas.

—No, claro que no.

—Marena, no puedo darte la vida que deseas. —Hago una pausa, buscando la forma correcta de decirlo—: Si no quieres volver

conmigo, lo entenderé.

Es evidente que le incomoda la conversación.

—No quiero volver a huir.

Me llevo su mano a los labios y la beso con dulzura.

—Entonces, ¿qué quieres?

No decimos nada, dejando que el silencio inunde la habitación. Es incómodo. La preocupación me invade de una manera que llega a ser dolorosa. Y hace que la espera se me haga eterna.

—Quiero volver a Nueva York, contigo.

Siento un alivio tremendo. Absolutamente tremendo.

—¿Estás segura?

CAPÍTULO 25

MARENA

Vivir sin él ya no es una opción. No puedo cambiar el pasado, pero sí decidir cómo será el futuro. Y ese futuro lo quiero a su lado.

—No pienso pasar el resto de mi vida sirviendo hamburguesas —indico.

—Lo siento…

—Fue mi decisión —le interrumpo, aunque no hay reproche en mi voz—. No la tuya.

Sus ojos, oscuros y cansados, se clavan en los míos.

—Pero yo fui el responsable de que acabaras aquí, en medio de la nada.

Me encojo de hombros, intentando aligerar el peso de mis palabras.

—Rangeley es un pueblo bonito cuando llegas a conocerlo de verdad.

Él me observa en silencio, pensativo.

—¿Qué? —pregunto.

—Volver a Nueva York implicará ciertos cambios, Marena.

No es lo que esperaba oír, pero tampoco me sorprende. Alzo la barbilla, desafiante, aunque el corazón se me encoge.

—No tengo miedo a los cambios —expreso con más seguridad de la que siento.

Va a decir algo, pero no se lo permito. Me abalanzo sobre sus labios y pongo fin al interrogatorio. Mis dedos se deslizan por su pecho, pero su boca es mucho más voraz que de costumbre y parece influir en sus manos, que cada vez se mueven con más urgencia.

—Dios. —Se tensa, como si tuviera miedo.

No pienso detenerme. Deslizo la mano hacia abajo, hasta su ingle. Lo siento duro, tenso. Enzo traga saliva, sus ojos —ya oscuros

de por sí— se vuelven casi negros cuando lo acaricio con suavidad. Su boca entreabierta me echa un aliento caliente en el rostro, y sé que está a punto de perder el control.

—¿Estás segura de esto?

—Uhmmm.

Me muerdo el labio inferior y vuelvo a besarle. Sus caderas se elevan hacia mí, un movimiento instintivo, casi desesperado. No quiere que pare. Y no pienso hacerlo.

Él parece perder la concentración.

—Marena, baja el ritmo —pide, casi suplicando, mientras gime.

Soy más joven, menos experta, pero ahora mismo eso no importa. Lo tengo exactamente donde quiero: rendido, sin aliento, atrapado en el ritmo de mis caricias. *Está duro y palpitante bajo mi mano. Su respiración se acelera. Y a mí me encanta.* Y cuando sus dedos se hunden en mi cadera, con una urgencia que no deja lugar a dudas, sé una cosa:

No voy a detenerme.

Seguir con nuestro beso, profundo y hambriento, es fácil. Evitar que mi mano se acelere es más complicado. Soy consciente de que está a punto de correrse.

De repente, me agarra la muñeca y me detiene.

—¡Joder, Marena! —Su voz es ronca, desgarrada—. Si sigues así, voy a correrme.

No me da tiempo a reaccionar. Se inclina sobre mí y me muerde el hombro, con una mezcla de desesperación y deseo. El dolor se funde con el placer y un escalofrío me recorre la espalda.

—Te quiero —susurra y luego me besa la marca que sus dientes han dejado en mi piel—. ¿Sabes lo que significa?

Lo sé. Lo sé perfectamente.

—Sí. —Acerco la mejilla a su cara y disfruto del roce de su barba.

Tomo aire cuando su rodilla abre mis piernas con un movimiento rápido, casi posesivo.

—Hay muchas familias que dependen de mí. No puedo dejar de ser quien soy.

No puedo responder, porque en ese instante me embiste con una fuerza que me deja sin aire. Creí que se detendría antes. Al oírme gritar, pero no lo hace. Se retira solo para volver a clavarse en mí con un gruñido animal, más profundo, más exigente. Los primeros empujones son para ajustar el ritmo, pero de pronto se vuelve implacable. Sus dedos se hunden en mi piel, como si quisiera fundirse conmigo, y cada embestida me arranca un grito, un jadeo, un sonido que nace desde lo más hondo.

—Piénsalo, Marena… —susurra en mi oído, sin detener el ritmo despiadado con el que me embiste una y otra vez.

No puedo respirar, mucho menos pensar.

—No puedo cambiar lo que soy —me dice sin bajar el ritmo, como si esas palabras fueran una confesión y una advertencia al mismo tiempo.

La penetración es tan profunda, tan salvaje, que dejo que un grito me estalle en la garganta y llene la habitación. No puedo hablar. No puedo respirar. Solo puedo aferrarme a él, rodearle la cintura con las piernas y dejar que el placer me arrastre.

—¡Sí!, Enzo, ¡sí! —grito su nombre cuando una ola de éxtasis me atraviesa, y las contracciones largas y palpitantes de mis entrañas me dejan sin aliento.

Enzo gruñe, masculla palabras ininteligibles contra mi cuello y se deja llevar por el orgasmo, temblando sobre mí.

—¿Estás dispuesta a pasar el resto de mi vida conmigo? —gime sin salir de mí.

Parpadeo, aturdida. ¿He oído bien? Estoy tan exhausta, saciada.

—¿Lo harás? —insiste, cogiéndome de la cintura.

Levanto la cabeza muy despacio, mirándole a los ojos.

—¿Me estás pidiendo matrimonio, Enzo DeLuca?

—Te quiero en mi vida. Hoy y siempre —confiesa.

Desnuda, con el pelo revuelto, las sábanas enredadas en las piernas y el corazón aún acelerado, sonrío.

—Sí.

Sus cejas se arquean, casi imperceptiblemente, como si no terminara de creerlo. Pero entonces su mano se enlaza en mi nuca y

me atrae hacia él en un beso largo, excitante y profundo, que sabe a promesa y a redención.

Cuando se separa, solo un poco, sus ojos buscan los míos, como si necesitara ver la verdad en ellos.

—¿Esperabas otra respuesta?

Niega con la cabeza.

—No.

Ladeo la cabeza para mirarlo, estudiando cada línea de su rostro. Hay algo distinto en él: una calma que no solía estar ahí.

—¿Seguro?

Sus dedos acarician mi mejilla, como si memorizara el contorno de mi rostro.

—Nunca he estado más seguro de nada en mi vida.

—Te quiero, Enzo.

Me roba un beso y siento cómo su cuerpo se relaja contra el mío, como si al fin hubiera encontrado un lugar al que pertenecer.

—Gracias a Dios —suspira, y su aliento tiembla contra mi boca, cargado de alivio y sorpresa a la vez—, porque no sé qué he hecho para merecerte.

No quería heredar la sangre ni el apellido de mi padre. Nunca quise ese mundo. Y, sin embargo, el destino me empujó hasta Enzo y, contra todo pronóstico, me trajo hasta aquí.

A su lado.

Ahora sé que no soy la hija de un traidor, sino alguien que por fin ha aprendido a elegir su propio camino.

Volvemos a Nueva York.

Donde todo empezó.

Donde todo volverá a comenzar.

FIN

EXTRA

Enzo, 13 años. Mansión de los DeLuca
El Juramento

Tenía trece años la primera vez que entendí que mi apellido no era solo un apellido. Aquella noche de julio, pesada y húmeda, la casa del abuelo rebosaba risas ahogadas y murmullos. El olor a tabaco negro y *whisky* caro se mezclaba con la humedad que se colaba por las ventanas entreabiertas. Las lámparas de cristal derramaban una luz cálida, pero implacable, sin dejar rincón ni sombra donde esconderse.

Hablaban en voz baja, con esa serenidad inquietante de quien está acostumbrado a guardar secretos. Vestían trajes oscuros, hechos a medida, relojes de alta gama que brillaban al contacto con la luz y anillos con el escudo familiar grabado en oro.

Eran los soldados de mi abuelo.

Al otro lado del salón estaban las mujeres.

Vestidas de negro. Calladas. Bajaban los ojos al suelo ante el menor movimiento, como si un gesto mal interpretado pudiera costarles algo más que una reprimenda. Entre ellas, una joven madre apretaba a su bebé contra el pecho —la esposa de Vittorio Fasoli, el hombre de confianza del abuelo—, intentaba acallar a la niña, que no tendría más de un año. La pequeña se removía incómoda, soltando algún que otro quejido, casi asfixiado contra el hombro de su madre.

La mujer le cubría suavemente la boca con la palma, temerosa de llamar la atención en la sala.

Yo no pertenecía a ninguno de los dos grupos.

Aún no.

Ni siquiera llevaba traje. Solo una camisa blanca que me quedaba grande, un pantalón oscuro y unos zapatos nuevos que me apretaban los dedos.

Me quedé pegado a la pared, medio oculto en la penumbra, observando sin que nadie pareciera reparar en mí. O fingiendo que no lo hacían.

El abuelo estaba de pie junto a la chimenea. Recto. Imponente. No necesitaba elevar la voz: cuando hablaba, el resto callaba.

Alzó la copa.

Los hombres se irguieron al unísono.

—Por la sangre derramada y por la que será necesaria —dijo —. Lealtad hasta la muerte.

No hubo vítores ni nadie aplaudió.

No hacía falta.

Uno a uno fueron acercándose.

Murmuraban el Juramento con frases breves, casi ceremoniales.

Lealtad.

Silencio.

Respeto al apellido DeLuca.

Protección de los nuestros por encima de todo.

Extendían la mano.

El abuelo la estrechaba sin prisa, clavando los ojos en los suyos, como si midiera el peso exacto de cada promesa.

Y el pacto quedaba sellado.

Yo observaba sus gestos. La presión contenida en los nudillos blanquecinos. La forma en que sostenían la mirada sin parpadear, sin vacilar, como si apartar los ojos fuese una traición en sí misma.

Quería ser uno de ellos.

Quería que, cuando llegara mi turno, nadie dudara de mí.

No entendía el verdadero alcance de aquellas palabras. Solo sabía que mi apellido era un escudo.

Y también una carga.

Entonces mi abuelo levantó la cabeza y recorrió el salón con la mirada.

El murmullo se apagó.

Sentí varios pares de ojos clavarse en mí.

Los de mi padre.

Los de Bruno.

Ninguno reflejaba orgullo.

Había algo más. Una advertencia velada.

El abuelo me sostuvo la mirada durante un segundo que se me hizo eterno.

El aire se volvió espeso. El pulso me martilleaba en las sienes y la camisa empezaba a pegarse a la piel por el sudor.

Luego me hizo un gesto casi imperceptible con la cabeza.

No me llamó por el nombre. No hizo falta.

Y mis piernas obedecieron antes de que mi mente pudiera comprender lo que estaba ocurriendo.

Di el primer paso.

Y supe, incluso antes de cruzar la distancia que nos separaba, que ya no habría marcha atrás. Cuando me detuve ante él, levanté el mentón.

Sonrió. Apenas una ligera curva en sus labios. Un gesto reservado para muy pocos.

—La lealtad no se impone —dijo—. Se elige.

Extendió la mano.

Yo hice lo mismo.

No temblé.

Ni siquiera parpadeé.

Repetí las palabras que me fue dictando, una a una.

Lealtad al apellido.

Protección de los nuestros.

Silencio frente a los enemigos.

Fidelidad sin condiciones.

Cada frase sonó como una sentencia.

Nadie había pronunciado ese juramento a mi edad.

Lo supe por la expectación que me envolvía.

Nadie habló.

Nadie objetó.

Nadie se atrevió a interrumpir.

Cuando terminé, la mano de mi abuelo apretó la mía con fuerza.

No era afecto.

Era reconocimiento.

A mi alrededor, los hombres inclinaron la cabeza. No por simpatía, sino porque acababa de entrar en la cadena de mando.

Ya era uno de ellos.

Ya no tendría que esconderme entre las sombras nunca más.

Había elegido proteger a los míos.

O eso creía.

El abuelo me revolvió el pelo con un gesto breve, casi impropio en él.

—Ya no eres un niño, Enzo. Ante mis ojos y ante los de mis hombres, eres mi sucesor. No lo olvides.

Asentí.

Me ardían los ojos, pero no dejé caer una sola lágrima. Llorar era una debilidad.

Y la debilidad no se perdonaba.

Su mano se apartó. Jamás volvió a tocarme así ni a tratarme como a un crío.

Entonces bajó la cabeza y, solo para mí, murmuró:

—No olvides lo que acabas de jurar. Esta misma noche tendrás ocasión de demostrarlo.

No entendí del todo sus palabras.

Di dos pasos atrás e incliné la cabeza a modo de respeto, tal y como había visto hacer a los demás.

Cuando levanté la mirada de nuevo, allí estaba Vittorio Fasoli.

En sus ojos había algo parecido al orgullo.

En los de mi padre y Bruno, no.

Estaban atónitos por lo que acababan de presenciar.

Y eso lo cambiaba todo.

No habían pasado ni veinte minutos, el Juramento aún retumbaba en mis oídos, cuando un disparo desgarró la noche.

Seco. Cercano.

Nadie se movió.

Las mujeres no apartaron la vista del suelo. Los hombres mantuvieron la postura, rígidos como estatuas.

Vittorio Fasoli emergió del sótano.

Llevaba la pistola colgando de la mano derecha y la camisa manchada de sangre a la altura del hombro izquierdo. No sudaba. No temblaba. Su respiración era regular, casi tranquila.

Caminó hasta el centro del salón y dejó el arma sobre la mesa, junto a los vasos de *whisky*. El metal golpeó la madera con un sonido sordo que nadie comentó.

—Está hecho —indicó.

Mi abuelo asintió, como si acabaran de servirle un café.

El silencio se volvió denso y expectante.

Las esposas permanecían inmóviles, con la respiración contenida.

—Nadie mancha el apellido DeLuca —dijo mi abuelo, alzando la voz lo justo para que todos lo oyeran—. La traición se paga con sangre.

No hubo reacción.

No hacía falta.

Allí todos entendían el mensaje.

Si alguien hablaba, podía ser el siguiente.

Y entonces la niña empezó a llorar.

Un llanto agudo, insistente.

Giré la cabeza.

La vi en brazos de su madre, que intentaba acallarla mientras sus manos —pequeñas, finas, temblorosas— se aferraban al cuerpecito de la niña como si pudieran protegerla. La pequeña tenía el rostro enrojecido, los puños cerrados, el cuerpo rígido por el llanto.

—¡Haced callar a esa mocosa! —tronó mi abuelo.

Nadie se movió.

Las demás mujeres, en vez de ayudar, se apartaron.

La esposa de Fasoli levantó la vista y me encontró observándola.

En sus ojos había miedo y algo más que se me escapaba.

Apretó a la niña contra su pecho y cerró los ojos un instante.

Dudé un segundo y me acerqué a ella.

La pequeña me vio y parpadeó con las pestañas húmedas. El llanto se convirtió en un sollozo entrecortado. Abrió mucho los ojos, sorprendida por mi presencia.

Verdes, como dos esmeraldas brillantes. Extendí el dedo por puro instinto. Sus manitas pequeñas lo atraparon con una fuerza

inesperada. Y, poco a poco, dejó de gimotear.

El salón entero pareció contener la respiración.

La mujer de Fasoli respiró aliviada y agradecida.

—Gracias —susurró.

Vi cómo su marido guardaba el arma y murmuraba algo al oído de mi abuelo.

Mi padre se tensó.

Lo vi en el gesto rígido de su mandíbula, en la forma en que apretó los puños hasta que los nudillos blanquearon. Por primera vez comprendí algo que hasta entonces solo había intuido: la envidia puede pudrir a un hombre por dentro.

Vittorio Fasoli había ocupado el lugar que él creía suyo. El de hombre de confianza del abuelo.

El mundo pareció detenerse cuando dos hombres atravesaron el salón con un peso muerto envuelto en una sábana.

Nadie apartó la mirada.

—La traición se paga con sangre —murmuró alguien.

Los demás asintieron.

Años más tarde supe quién era aquel hombre cubierto con la tela blanca: era uno de los nuestros. Había intentado huir. Colaborar con la policía. Creyó que podía escapar.

Nadie escapaba.

—Enzo…

Miré a la mujer.

—Acabas de hacer el Juramento, ¿verdad? —preguntó con la voz rota.

—Sí.

Sus dedos acariciaron el cabello de la niña, todavía aferrada al mío.

—Prométeme algo —susurró, inclinándose lo suficiente para que solo yo pudiera oírla—: Pase lo que pase, si algún día falta su padre o falto yo… no la dejes sola, protégela.

No entendí del todo lo que implicaban sus palabras.

Ni siquiera sé por qué asentí.

Quizá porque acababa de jurar proteger a los míos.

Y, en aquel instante, ella también era de los míos.

La niña me miraba con los ojos aún húmedos.

—¿Cómo se llama?

—Marena —respondió la mujer.

Apreté con suavidad su pequeña mano.

—Lo prometo.

No fue una frase grandilocuente, pero sí sincera.

La mujer cerró los ojos un instante, aliviada.

—Aún eres muy joven, pero algún día…

No escuché el resto.

Al levantar la mirada, vi a mi padre observándonos desde el otro lado del salón. No parecía orgulloso.

Tampoco enfadado.

Era algo peor.

Una tensión fría, contenida contra mí.

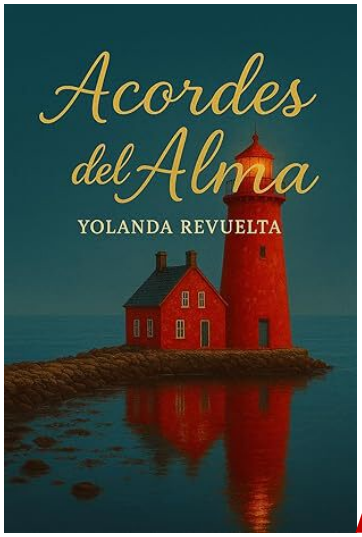
Comprendí entonces que aquella promesa tenía testigos.

La niña seguía aferrada a mi dedo.

Aquella noche juré dos veces.

Una ante mi abuelo.

Y otra ante Marena.



ACORDE DEL ALMA

Adrien, un pianista marcado por el fracaso, llega a Camaret-sur-Mer con la intención de dejar atrás un pasado que lo atormenta. En ese pequeño puerto bretón, donde el viento parece arrastrar viejas leyendas y promesas olvidadas, busca el silencio que la música ya no le ofrece.

Elara, dueña de una tienda frente al mar, ha aprendido a convivir con las ausencias y a reconstruir su vida entre objetos antiguos y recuerdos. No imagina que la llegada de Adrien alterará su calma y despertará emociones que creía dormidas.

Cuando la música de él y la fuerza serena de ella se entrelazan, ambos descubrirán que el alma puede hallar su redención donde menos lo espera: en un puerto olvidado, en una melodía compartida, en un amor capaz de sanar las heridas más profundas.

SI LO QUIERES PINCHA AQUÍ



NAVIDAD EN WINTER HOLLOW

n el pequeño y pintoresco pueblo de Winter Hollow, **Emma** ha aprendido a vivir con el dolor del fin de su relación con Liam, el amor de su juventud. Aislada en su propia tristeza, ha intentado seguir adelante sin mirar al pasado, siendo propietaria de una acogedora tienda de regalos que heredó de su abuelo, dejando atrás los recuerdos.
Liam, arquitecto y restaurador de edificios históricos, regresa a Winter Hollow años después, movido por la nostalgia y un deber profesional: restaurar el viejo teatro del pueblo. Pero a medida que se reencuentra con el lugar y las personas que dejó atrás, se da cuenta de que lo que realmente anhela es una segunda oportunidad con Emma. Ambos, sin embargo, cargan con los fantasmas de un pasado doloroso, marcado por secretos y decisiones que cambiaron sus vidas para siempre.

SI LO QUIERES PINCHA AQUÍ



OTOÑO EN WINTER HOLLOW

Sam Hodward, el carismático alcalde de Winter Hollow, está acostumbrado a velar por su pequeño pueblo. Pero cuando Tricia, la amiga de Emma y ahora madre primeriza, llega en busca de estabilidad tras un periodo tumultuoso, Sam le ofrece su antigua casa familiar como refugio.

Sin embargo, lo que comienza como un gesto altruista pronto se convierte en una convivencia cargada de emociones, donde los recuerdos de un pasado doloroso y las responsabilidades del presente se entrelazan.

Mientras el otoño tiñe Winter Hollow de tonos cálidos y las tradiciones del pueblo mantienen a todos unidos, **Tricia Burton** se enfrenta a los desafíos de la maternidad y a sus propias inseguridades. Se encuentra atrapada entre su gratitud hacia Sam, el deseo de no depender de nadie y el miedo a que su exmarido

regrese y haga de su vida un infierno.

SI LO QUIERES PINCHA AQUÍ

YOLANDA REVUELTA



Nació un 17 de enero de 1973 en Cantabria.

Cuando la lectura infantil pasó a formar parte de su baúl de recuerdos de pequeña, otro tipo de obras llegaron a sus manos, más

acordes con la adolescencia por la que estaba pasando. Así conoció a los protagonistas de Tempestad Salvaje, de la autora Johanna Lindsay, donde se perdió entre los rincones del Oeste. Desde ese momento se convirtió en una voraz lectora del tan maravilloso género de la romántica, viajando y compartiendo adorables momentos, sintiendo mayor afinidad por las historias ambientadas donde los ranchos y el sol llenan el campo con sus características.

Y así continuó escribiendo también en la adolescencia, plasmando sus ideas en sus ratos libres, volcando sus pequeñas historias de amor producto, a veces, de sus propias experiencias y sus hormonas revolucionadas por la etapa por la que estaba pasando. Y ya nunca dejó de hacerlo.

Cree fervientemente en el proverbio "un amigo es un tesoro", por lo que disfruta de hablar, reír y divertirse enormemente con los suyos.

Hoy vive su propia historia de amor junto a su esposo, con quien ha tenido a su mayor inspiración, su hija Carla.

La mente de esta autora seguirá deleitándonos con bellas historias, pues en ella el bullicio que los cientos de personajes crean con sus diálogos nunca dejará de sonar.

Actualmente cuenta con veinticuatro novelas publicadas y sigue buscando historias que contar.

Su lema: *«Los sueños se cumplen si no los abandonas»* es el que la acompaña incansablemente, y es el que le da fuerzas en este camino del mundo de las letras.

OTROS TÍTULOS DE LA AUTORA

Contemporánea:
Donde me lleven tus sueños.
Y de repente, un extraño.
El país de los vientos fríos.
Un instante eterno.
El silencio antes del invierno.
Silencio letal.
Despertar en tu mirada.
Perdido en la tormenta (Esencia Irlandesa).
El infierno lleva tu nombre.
Espíritu Guerrero.
Tormenta de viento y ceniza.
Acordes del alma.

Histórica:
Preludios del pasado.
Vientos de otoño.

Mafia:
Redención Enzo.

Trilogía Clan MacKinlay:
Caricias del destino.
Caricias del poder.
Caricias del ayer.

Bilogía Skye:
La sombra de una mentira.
La promesa de no olvidarte.

Trilogía coraje:
Corazón y coraje.
Hielo y coraje.
Orgullo y coraje.

Colección Delicatessen:

Noches en la niebla.
Alma entre brumas.
El vuelo de las mariposas.
Mentiras legales.

Serie Lake House:

El espíritu del Alce.
Regreso a Wolcott.
Un refugio en Lake House.
Nuevos tiempos.
Promesas rotas.

Bilogía Winter Hollow:

Navidad en Winter Hollow.
Otoño en Winter Hollow.

Me puedes encontrar en:

SCAN ME

YOLANDA REVUELTA
LOS SUEÑOS SE CUMPLEN SI NO LOS ABANDONAS